

Vida de San Vicente Pallotti

Fundador de la Sociedad del Apostolado Católico

por
Juan Santos Gaynor
Sacerdote del Apostolado Católico

Buenos Aires 1963

Reservados
los derechos
del autor
Hecho el depósito
que previene
la ley

Este libro terminose de imprimir el día de la Canonización de San Vicente
Pallotti, 20 de enero del año 1963, en los Establecimientos Gráficos
Esmeralda, Chile 2331
Buenos Aires, República Argentina

ÍNDICE

	Pág.
Prólogo.....	5
CAPÍTULO I Sus orígenes.....	8
CAPÍTULO II Primeros pasos en el apostolado sacerdotal.....	23
CAPÍTULO III Fundación de la Sociedad del Apostolado Católico.....	37
CAPÍTULO IV La Sociedad sometida a prueba	51
CAPÍTULO V Un apostolado universal.....	64
CAPÍTULO VI Los apremios	74
CAPÍTULO VII Los milagros	88
CAPÍTULO VIII Sus escritos.....	96

Imprimi Potest

Romae die 19 Maii 1962
Gulielmus Moehler S. A. C.
Rector Generalis

Nihil Obstat

2 Iulii 1962
Nicolaus Ferrara S. R.C.
Adessor Fidei Sub-Promot. Gralis.

Imprimatur

E. Vicariatu Urbis, die 9 Iulii 1962
Aloysius Card.
Provicarius

Concordat cum originali

Die 10 Decembris 1962
Cornelius Ryan S. A. C.
Censor ad hoc

Imprimatur

Mercedes (B. A.), die 15 decembris 1962
Anuntiatu Serafini
Episcopus Mercedensis

LA VIDA DE SAN VICENTE PALLOTTI

PRÓLOGO

Cierto día del mes de enero del año 1848 cuatro personas conversaban en la ciudad de Roma, la cual estaba presa de una gran agitación. El Papa --Pío IX- recién había creado un Consejo de Estado para los Estados Pontificios y meditaba una constitución. No había acuerdo general con lo que el Pontífice acababa de hacer ni con lo que proyectaba; los liberales se resistían porque las reformas les parecían demasiado limitadas, los reaccionarios porque pensaban que se estaba abriendo la puerta a los demagogos y a las oscuras fuerzas que se atrincheraban detrás de ellos.

Estas cuatro personas eran: el padre Joaquín Ventura, un monseñor de la Corte Papal cuyo nombre no conocemos, un señor Marchetti y el arcedeán anglicano de Chichester, Inglaterra. Sobre las cabezas de dos de ellos pesaba la mano del destino. El padre Ventura había sido General de su comunidad, que era la de los Teatinos, la famosa orden de la Contrarreforma que había jugado un gran papel en aquella época histórica, tanto casi como los jesuitas mismos. Ventura era conocido en toda Italia como predicador; era además un escritor de valer sobre temas teológicos y filosóficos. Se inclinaba por el Tradicionalismo, que estaba de moda en ciertos círculos; auspiciaba en política una solución liberal a los problemas que trabajaban a los estados, que dividían entre sí el territorio italiano en aquella época. Hombre amable y sincero, su apoyo a los constitucionalistas liberales era más afectivo que otra cosa; no estaba fundado en el conocimiento profundo y exacto de las personalidades que llevaban las voces cantantes en ese movimiento ni de los inconfesables motivos que los animaban. Dentro de poco tiempo el padre Ventura huiría de Italia, harto y desilusionado y moriría en Francia en el año 1861, en situación de exilado. El arce deán de Chichester se llamaba Enrique Eduardo Manning y gozaba de la amistad de la generación liberal de la época en su país: los Wilberforce, célebres por su campaña para la abolición de la esclavitud, y Gladstone, que llegaría a ser Primer Ministro de la Gran Bretaña. Manning parecía destinado a una gran carrera dentro de la iglesia anglicana a pesar de sus coqueteos con el famoso Movimiento de Oxford y de una cierta ternura hacia el catolicismo romano; predecían para él una mitra anglicana, quizá el solio mismo de Canterbury... Pero cuatro años después de esta conversación renunciaría a la iglesia anglicana, ingresaría en el catolicismo, se ordenaría sacerdote, fundaría una comunidad masculina de clérigos, sería consagrado arzobispo de Westminster, jugaría un papel decisivo en el Concilio Vaticano y alcanzaría el capelo cardenalicio. No tenemos datos sobre las carreras de los otros dos interlocutores.

Estos señores, todos hombres de iglesia excepto Marchetti, hablaban del progreso de las ideas liberales en Italia y de las posibilidades de su aceptación lisa y franca por parte de las fuerzas conservadoras en la iglesia. El arcedeán escuchaba y tomaba notas para su Diario. Estaban de acuerdo, según parece, en que un gran obstáculo se oponía al éxito del movimiento liberal: el Abate Vincenzo Pallotti, a quien catalogaban entre los "oscurantistas" según rezaba la jerga de la época. De la conversación se puede inferir que la influencia de este Abate no provenía de fuentes políticas, pues no ocupaba ningún puesto de relieve en la ciudad; era apenas rector de una iglesita poco conocida y regenteaba una minúscula organización de eclesiásticos que había creado y algunas sociedades benéficas que había fundado. Su influencia procedía más bien del hecho de que se lo consideraba un santo. "Pallotti santifica el oscurantismo" dijo el monseñor cuyo nombre no conocemos. Y el padre Ventura relataba que Pallotti había estado con el Papa hacía poco y lo había alarmado refiriéndole que el número de confesiones y comuniones en la ciudad decrecía notablemente... De conformidad con las disquisiciones de su lógica interior, el padre Ventura había logrado convencerse de que esto, vistas todas las circunstancias, no estaba mal. "Ahora los hipócritas se dejan ver la cara", decía Ventura.

El arcedeán ya había oído hablar de Pallotti. Llegado a Roma dos meses antes, se entrevistó con el gran Newman que estaba concluyendo sus estudios y su preparación para el sacerdocio, y luego Newman lo acompañó hasta su alojamiento. "Newman me contó que hay un sacerdote en Roma llamado Pallotti, conocido por su santidad, confesor de mucha gente principal, cardenales, etc., que ha establecido una especie de comunidad". Y algunas semanas más tarde el arcedeán escuchó de su cicerone que "el Abate Pallotti es un santo, fundador de una comunidad de clérigos regulares, se pasa la vida atendiendo a los enfermos y confesando, es el confesor del Papa". Manning se interesa por el caso, una tarde, volviendo a su casa, entra en la iglesita de Pallotti, se informa del título de su Sociedad y de la cantidad de sus miembros y anota; sin comentarios, que hay una rama de ella en Londres. Y ahora, en la reunión que hemos recordado, oye opiniones discordes sobre Pallotti.

La conversación, aparentemente sin trascendencia, de estos hombres en ese día invernal, no era sino un nuevo planteo de un grande y eterno debate: si la bondad humana, o si se prefiere la santidad, debe ser empleada para una finalidad radicada en la sociedad humana, o si su verdadero fin no es otro que la Religión y la Divinidad. Sabemos ahora que estos hombres estaban totalmente equivocados cuando afirmaban que el Abate Pallotti estaba envuelto en las corrientes políticas de la época. No hay rastros de ninguna opinión política en sus escritos y en su voluminosa correspondencia. Su única preocupación era la Religión, la Iglesia, la unión de los hombres con Dios, los medios de la santidad. Dado que en su propia persona logró esta unión con Dios y pudo enseñar a otros a lograrla también, la Iglesia ha elevado a los altares a San Vicente Pallotti, la figura apostólica más relevante de Roma en el siglo diecinueve.

Las vidas de los santos merecen ser examinadas no sólo por la influencia que hayan podido ejercer sobre sus semejantes y contemporáneos, sino también porque han sabido triunfar heroicamente en la lucha suprema en que el hombre está empeñado: el gobierno de su propia natura y su autoelevación, ayudado por la Gracia, a las alturas serenas donde la Divinidad se complace habitar. El propósito de este librito es dar una idea de los factores de esta lucha en la vida de San Vicente Pallotti, y de los medios empleados. Porque su vida fue de tipo apostólico, sus realizaciones externas tendrán su parte en esta historia.

CAPÍTULO I

SUS ORÍGENES

La genealogía de San Vicente Pallotti puede ser fácilmente reconstruida desde mediados del siglo dieciséis. Sus antepasados vivieron desde entonces en adelante en el villorrio de San Giorgio de la comuna de Cascia en la Umbría, esa región montañosa tan célebre porque recogió los pasos de San Francisco de Asís y de Santa Rita de Cascia. Estos antiguos Pallotti (en la pronunciación italiana la "elle" suena como "ele") eran agricultores que poseían su propia parcela de tierra, la cual fue sub dividiéndose sucesivamente a la largo de las generaciones, hasta que las heredades se hicieron demasiado pequeñas para sustentar otra nueva familia. Este era el proceso generalizado de la campiña italiana en la región; los hijos de los campesinos empobrecidos debieron en su mayor parte emigrar, aquellos que podían hacerlo, a los grandes centros de población, para poder allí ganarse la vida y quizá mandar algún subsidio a la casa paterna y a los parientes que habían quedado en el solar.

Años después de la muerte de Vicente Pallotti, cuando su renombre adquirió mucho lustre por el proceso de beatificación que se encauzaba, algunos biógrafos se encargaron de afirmar que los Pallotti eran una familia de nobles venidos a menos; un eco quizá de una tendencia bastante generalizada de los antiguos hagiógrafos, estimulada posiblemente por el hecho de que un sobrino de Vicente llegó a ser cardenal y blasonaba un escudo de armas. Pero es una pura leyenda; se ha establecido que la familia de Vicente fue, por muchos siglos, una familia de campesinos.

Estos campesinos de la Umbría -y en particular los de la Norcia- han demostrado durante siglos mucha habilidad, no sólo en el cultivo de la tierra sino también en el almacenamiento y la conservación de los alimentos. (De esto hay un eco en el dialecto romano hasta el día de hoy, en que un "norcino" quiere decir un carnicero de cerdos). En épocas anteriores a la era industrial, cuando aún no había grandes fábricas para absorber la población migratoria de los pueblitos, era natural que estos emigrados buscaran ubicarse en las ciudades en las ocupaciones para las cuales tenían alguna destreza. Los de la Umbría y de la Norcia (fracción a la cual pertenecía entonces la comuna de Cascia) se dedicaban con preferencia al comercio de alimentos en Roma. Así fue con Pedro Pablo Pallotti, padre de Vicente, que a la edad de dieciséis años dejó su pueblo natal de San Giorgio y en compañía de un hermano se vino a Roma. Antes de su salida la propiedad familiar sufrió una subdivisión, en la cual le tocó una pequeñísima fracción a Pedro Pablo, menos de una hectárea. La dejó a su madre viuda para que la explotara. En Roma encontró trabajo en un almacén de alimentos; después de algunos años fue habilitado como socio y finalmente pasó a propietario de este comercio. Debía poseer visión de negocios, este Pedro Pablo, porque al final de

su vida se había hecho dueño de varios comercios de este tipo en diversas partes de la ciudad.

En el año 1790, cuando tenía treinta y tres años, Pedro Pablo se casó con María Maddalena de Rossi, nacida en Roma pero descendiente, también ella, de una familia cuyas raíces estaban en Cascia. Se afirma con alguna probabilidad que vió la luz en la isla de San Bartolomé, la famosa isla que divide las aguas del Tíber en las cercanías del puente romano de Sublicio, aquel cuyo arco supérstite provoca la curiosidad de los turistas hasta el día de hoy. María Maddalena tenía una hermana monja, que fue expulsada de su convento durante las persecuciones de la Revolución Francesa y se fue a vivir con su hermana casada; estuvo en el hogar de los Pallotti durante la infancia de Vicente.

Los esposos Pallotti alquilaron dos pisos de una casa situada en pleno centro de la Roma renacentista, a poca distancia del magnífico palacio de la Cancillería Romana; esta casa existe todavía sin alteraciones sustanciales en su aspecto exterior por lo menos. Allí vivieron Pedro Pablo Pallotti y María Maddalena de Rossi hasta la muerte de entrambos: allí nacieron sus hijos y allí vivió Vicente Pallotti hasta que, muertos sus padres, se juntó con sus compañeros en la residencia de la comunidad que había fundado. Después de su ordenación sacerdotal Vicente obtuvo permiso para erigir un oratorio privado en uno de los aposentos de esta casa, donde, a veces, decía misa y escuchaba las confesiones de algunos penitentes.

Los esposos Pallotti tuvieron diez hijos, cinco de los cuales murieron en la infancia. Los sobrevivientes fueron todos varones, ninguno de los cuales contrajo matrimonio, de manera que hoy no hay descendientes directos de la pareja. De los hijos supérstites, uno murió a la edad de quince años, otro, ya hombre, en 1827, San Vicente en 1850, y los otros dos le sobrevivieron. Ninguno de ellos, exceptuado Vicente, se distinguió en la vida; uno fue comerciante al por mayor, pero sin mucha suerte, de manera que tuvo a veces que acudir a su hermano sacerdote para salir de apuros; el otro vivió de rentas familiares. Pedro Pablo debió darse cuenta de las pocas posibilidades de estos hijos porque al morir dejó sus bienes a Vicente con el encargo de proveer a sus hermanos como mejor pensase.

Pedro Pablo Pallotti y su familia serían clasificados hoy como pertenecientes a la pequeña burguesía, campesinos convertidos en comerciantes, gente de la clase media; aquella clase que tantas veces se ha denominado la columna vertebral de la cultura occidental. Esta pareja —Pedro Pablo y María Maddalena-- fueron los progenitores de un santo y por consiguiente interesa saber cuáles eran sus actitudes religiosas. Pero antes de hacerlo conviene tener presente que el fenómeno del descreimiento religioso, tal como se ha presentado en la escena de la cultura latino-occidental en los últimos doscientos años, ha seguido una trayectoria más o menos uniforme. El rechazo del cristianismo, como una teología y como un estilo de vida, se manifestó primero en las clases superiores de la sociedad: los aristócratas, los altos comerciantes, los

intelectuales. Un par de generaciones más tarde, el fenómeno se dejaba ver en la clase media, entre los profesionales, los empleados públicos, los pequeños comerciantes y la gente urbana. Finalmente llegaba la incredulidad a envenenar a la clase obrera y a los campesinos. (Sería quizá una generalización excesiva afirmar que el proceso de la recristianización de estas sociedades se hace a la inversa, aunque haya muchos indicios que señalan en esa dirección). La irreligiosidad notoria de las clases dirigentes en Francia y en España antes de la Revolución Francesa, había por cierto afectado a esa misma clase en Italia en la época. Aquí también el ácido corrosivo del jansenismo había estado operando y el escepticismo refinado tenía bastantes devotos. Las gentes del pueblo, en cambio, los habitantes de la campaña y la pequeña burguesía, no habían, todavía, sufrido en su fe.

Tenemos muchos testimonios acerca de la acendrada religiosidad de los esposos Pallotti y de su fidelidad a las prácticas religiosas. El mismo San Vicente lo atestigua en una Memoria que escribió sobre su madre, donde relata su abnegación frente a las penas de una larga vida y la manera piadosísima en que se preparó para la muerte. Los detalles fueron dados a conocer en el proceso de beatificación de Vicente, por testigos oculares. Por la misma fuente nos enteramos de la educación moral que esta madre impartió a sus hijos. "Tuvo el máximo cuidado (dice Vicente en esta Memoria a que aludimos) en instruirnos en la doctrina cristiana y en inspirarnos el temor de Dios y el horror al pecado; ella misma hacía todos los quehaceres domésticos para no exponernos al posible mal ejemplo de sirvientes despreocupados. No sólo nos aisló de la tentación, sino que también nos mantenía ocupados en obras buenas, en la oración, en el estudio y en tareas útiles..." El padre, comerciante atareado, solía escuchar misa todos los días y los domingos llevaba sus hijos al templo donde acostumbraba escuchar varias misas.

La niñez de Vicente Pallotti no refleja, en sus detalles materiales, casi ninguna de las tribulaciones de la época y del lugar. Concurrió a la escuela, jugó con sus compañeros entre los ruinosos restos de la Roma imperial, formó parte de las cofradías y sodalicios para niños, concurría a los oficios religiosos en las iglesias cerca de su casa. Pero durante esta misma época, dos papas fueron tomados prisioneros y llevados al extranjero. El primero de ellos, el anciano Pío VI, murió en el exilio después de haber estado un año prisionero de los franceses. El cónclave en que fue elegido su sucesor tuvo que ser convocado en Venecia porque la ciudad de Roma no ofrecía garantías. El pontífice que resultó electo --Pío VII-- fue después violentamente removido de su solio por Napoleón y llevado prisionero a Francia donde permaneció encerrado durante cinco años. Dos ejércitos franceses, primero el republicano y luego el imperial, ocuparon militarmente la ciudad de Roma en el período de la niñez de Vicente Pallotti y tras esas ocupaciones se constituyeron gobiernos hostiles a la Santa Sede y a los sentimientos íntimos de la población. Para mantenerse, estos gobiernos títeres buscaron y obtuvieron el apoyo de los elementos del bajo fondo de la población.

Las sociedades secretas proliferaron, algunas de ellas organizadas por hombres patrióticos o por simples aventureros influidos por la idea de expulsar a los invasores; otros se inspiraban en las directivas secretas de los gobiernos ocupantes para fines de contraespionaje, como se diría en el léxico de nuestra generación. Bien se sabe que en tales circunstancias las dos jurisdicciones —la civil y la eclesiástica- sufren mengua, la autoridad paternal queda reducida, la religión y la moral se relajan. Pero el niño Vicente Pallotti pasó a través de todo, sin ser afectado y esto lo debió, después de Dios, a sus buenos padres.

Vicente aprendió sus primeras letras en una escuelita de barrio y luego pasó al famoso colegio —que existe todavía- regentado por los padres escolapios, llamado de San Pantaleón. En él hizo una parte de sus estudios secundarios y los concluyó en el Colegio Romano, el gran establecimiento de la Compañía de Jesús en Roma, que, después de la supresión de la orden, había pasado a manos de un grupo de sacerdotes seculares. En este establecimiento comenzó sus estudios filosóficos, para luego concluirlos y emprender la teología, en la Universidad de Roma.

Los testigos del proceso y los primeros biógrafos de San Vicente se han preocupado en señalar que aun en su extrema juventud ya mostraba especial interés en las cosas de la religión. Cuentan cómo, muy niño aún, contemplaba fijamente una imagen de la Virgen; cómo empezó a preocuparse por el cultivo de la virtud a una edad en que los niños generalmente no tienen noción de estos valores. Daba la sensación de ser un niño tranquilo y modesto en sus ademanes, que iba y venía casi sin ser advertido por las populosas calles de su barrio. La dulzura de su trato y su sencillez llamaron sin embargo la atención de los vecinos y algunos dieron testimonio de ello cincuenta años más tarde. Recordaban también que mostraba mucha compasión por los pobres y menesterosos, a quienes socorría con alimentos y con ropa, llegando hasta despojarse a sí mismo para regalarles.

Una fecha capital en el desarrollo de la vida espiritual de Vicente está señalada por el año 1807, cuando tenía 12 años. Fue el momento en que se puso bajo la dirección espiritual de un santo sacerdote llamado Bernardino Fazzini, quien fue su confesor hasta que falleció en 1837. Vale la pena detenernos un poco en este padre Fazzini, dado que el director espiritual juega siempre un papel tan importante, hasta puede decirse decisivo, en toda historia de santidad. Sabemos que Fazzini era sacerdote secular, párroco de una iglesita ubicada cerca de la casa paterna de Vicente. En su ancianidad, casi ciego, semi paralítico e imposibilitado de cumplir con sus deberes parroquiales, se retiró a un hospicio donde ejercía de capellán. Murió, como hemos dicho, en 1837, cuando tenía ochenta años de edad, y su hijo espiritual lo acompañó en su última enfermedad y cerró sus ojos cristianamente. Nuestro conocimiento de Fazzini se basa en gran parte en los datos que dejó Pallotti sobre él; podemos colegir que clase de hombre era por la clara e intergiversable orientación que imprimió a la vida espiritual de su dirigido. Por cierto la influencia de Fazzini fue

decisiva en Pallotti, hasta en la fundación de la Sociedad del Apostolado Católico; lo cual está corroborado por este hecho: al confeccionar Vicente, en el año 1835, el elenco de los miembros de la Pía Unión del Apostolado Católico, puso primero de todos en la lista el nombre de Fazzini y a continuación el suyo propio.

Colegimos que la dirección espiritual de Fazzini seguía las líneas tradicionales de la ascética cristiana, esa ascética que remonta a la primera edad del Cristianismo. Sabemos que a temprana edad inculcó la práctica de la mortificación corporal al joven Pallotti, pues se dio cuenta desde el principio que este joven poseía dotes excepcionales y estaba recibiendo gracias muy singulares, para cooperar con las cuales era necesario que entrara por el camino de la mortificación y la penitencia. La familia del joven Pallotti se enteró de estas prácticas penitenciales, a pesar del sigilo con que las ocultaba; su madre concurreó a casa de Fazzini para que desaconsejara a su dirigido, en vista de la endeble salud del mismo, la que podría resultar notablemente perjudicada, a juicio de ella, con esas mortificaciones. La respuesta de Fazzini brilla por su sencillez. Se limitó a decirle a la buena señora que el dedo de Dios estaba dirigiendo el asunto. "Digitus Dei est hic". Y ante este juicio lapidario, la buena señora recobró la tranquilidad.

Parece probable que ya en su niñez Vicente Pallotti sentía una fuerte atracción a la vocación sacerdotal. Que esta vocación estaba en sus pensamientos se desprende de lo que sucedió una vez que su madre lo encontró jugando a la pelota por la calle. Sorprendida, quizá porque no era su costumbre divertirse de esta manera, o posiblemente porque se mostraba un tanto bullicioso, la madre le reprochó y Vicente contestó con estas palabras: "No se preocupe, madre, que todavía me alcanzará a ver celebrando misa en el altar de San Felipe Neri". Sabemos también que sus padres tuvieron especial cuidado con su aprendizaje del latín, como si la idea de que Vicente sería sacerdote estuviera aceptada en la familia.

Pero las vocaciones no se producen. Dios es quien las confiere y a los humanos --padres, maestros, directores espirituales— sólo les incumbe cultivarlas. Esta fue la gran tarea de Bernardino Fazzini.

Llegó un momento en que Vicente Pallotti se sintió poderosamente atraído por los grandes ideales y por las austeridades de la gran orden capuchina y deliberó si era su vocación ingresar en ella o no. Buscó, naturalmente, el consejo de su director, cuya opinión fue decisiva. Se basaba ésta en dos consideraciones: primero, la salud de Vicente no era como para soportar fructuosamente las austeridades de esta vida conventual; y segundo, la vocación especial de Vicente debía ser desarrollada no en un claustro sino en el mundo. Este consejo fue aceptado por Vicente sin titubeos. Retuvo, por cierto, su estima y veneración por la orden capuchina toda su vida y obtuvo permiso para llevar de noche el hábito de la orden y así lo hizo durante muchos años. Ese hábito se conserva hoy entre las reliquias del museo pallottiano de Roma.

La decisión de ingresar en el clero secular fue tomada por Vicente en el año

1810, a los quince años. Echemos una mirada al estado de la formación eclesiástica en esa época y lugar. Como es bien sabido, desde edades remotas la munificencia de los papas y de muchas personas piadosas había dado origen a una gran cantidad de espléndidos colegios, seminarios y universidades en Roma dedicados a la formación clerical. Allí podían los jóvenes que se preparaban para el sacerdocio obtener una esmeradísima educación en las ciencias eclesiásticas. Mas el triunfo de la Revolución Francesa en todo el continente europeo barrió en Roma y en el resto de Europa con todas estas antiguas y venerables instituciones, cuyas rentas fueron confiscadas y los edificios, en muchísimos casos, destinados a otros usos. Por consiguiente, en la Roma de la juventud de Vicente Pallotti los seminarios y colegios estaban clausurados y los aspirantes al sacerdocio debían proseguir sus estudios mientras vivían con sus padres o en casas privadas. Es verdad que la Universidad de Roma mantenía abiertas sus puertas y se enseñaba en ella la filosofía y la teología, pero esta gran institución había sido obligada a reorganizarse según el modelo común de todas las universidades imperiales de la época. La vida en común de los seminaristas, que desde el Concilio de Trento en adelante había sido norma en toda la Iglesia de Occidente, se había vuelto imposible en Roma y en casi toda Europa.

Esto explica por qué Vicente Pallotti debió continuar residiendo con sus padres en todo el periodo de sus estudios eclesiásticos. Las autoridades de la Iglesia no dejaban, sin embargo, de proveer como mejor podían a la formación de estos estudiantes, que en cada parroquia o centro estaban sometidos a la vigilancia especial del párroco del lugar, el cual se preocupaba de la asistencia de estos grupitos de clérigos y aspirantes a los actos de piedad en común. Había también cofradías y centros de reunión especialmente para ellos donde podían estimularse mutuamente y suplir de alguna manera la falta de vida comunitaria, tan característica de la formación seminarística.

La época también se destacó por su oposición a la indumentaria especial de estos clérigos. En los países latinos estamos familiarizados con la sotana como el típico vestido del eclesiástico, sacerdote o seminarista. El vestido talar es un uniforme que se viene heredando desde una era muy remota.

Durante siglos lo llevaban los profesores, los abogados y otros profesionales. El clero, tradicionalista, lo conservó cuando los otros pasaron a nuevos estilos.

La veste talar clerical tuvo sin embargo sus alternativas, pues hubo una época en la historia de Europa -el siglo dieciocho- en que este vestido típico se utilizaba principalmente en las funciones en las iglesias; por la calle los clérigos llevaban un hábito corto -*el habit court*-- que los distinguía de los seglares por su color negro. Los religiosos, es verdad, llevaban siempre el hábito de su orden. La Revolución Francesa y su secuela de persecución barrió con las formalidades tradicionales de la vestimenta eclesiástica y los clérigos, durante varias decenas, debieron usar vestimenta civil en público. Caído Napoleón se produjo una reacción, sobre todo entre el clero joven, en

favor de la sotana como vestido preferido de los clérigos, movimiento que en Roma encontró el beneplácito de la autoridad eclesiástica. Vicente Pallotti fue entre los primeros de la generación joven de sacerdotes que bregó por restablecer el vestido tradicional de los clérigos, corriente que luchaba por restaurar a la vocación sacerdotal el sentido pleno de su significado y su gravitación en el mundo.

Vicente Pallotti continuó pues residiendo con sus padres durante todo el período formativo de su carrera sacerdotal. Lo hacía bajo el control constante de su director espiritual. La naturaleza apostólica de la vocación de Vicente ya se perfilaba y su director consideraba necesario cultivarla por su contacto con sus compañeros y por el desarrollo de sus cualidades de dirigente. Había una cofradía con asiento en la barriada donde habitaban los padres de Vicente, cuya finalidad era agrupar a los jóvenes seminaristas de las parroquias vecinas, con el propósito de animarlos a hacer ejercicios de piedad en común y a cultivarse mutuamente. Era la cofradía de Nuestra Señora del Llanto, título que derivaba de un cuadro de Nuestra Señora que, según una tradición, había derramado lágrimas al pasar delante de ella un joven empeñado en consumir un acto de venganza. Vicente entró a formar parte de esta cofradía, primero como simple asociado y luego en los cargos directivos, y finalmente a presidirla hasta que, sacerdote ya y muy ocupado en otras faenas apostólicas, debió renunciar a ella. Su labor en la Cofradía del Llanto, primer florecimiento de su espíritu organizativo y apostólico, ocupó de lleno su espíritu; su dedicación fue completa, como lo demuestran los apuntes y la correspondencia que se conserva de este período de su vida. Llama la atención que sus compañeros y los integrantes de la cofradía -jovencitos todos- hayan guardado tantas notitas y cartas escritas por Vicente en esta época, puesto que el contenido de ellas es intrascendente; la razón de este cuidado debe hallarse, opinamos, en que sus compañeros, aún en esa temprana edad, adivinaron que Vicente poseía una personalidad excepcional y que todo cuanto se relacionaba con él tendría algún día un valor particular. Por este motivo les fue posible, cuarenta años más tarde, entregar este material al tribunal del proceso de su beatificación.

Este buen concepto de sus coetáneos era compartido por su director espiritual, el Abate Fazzini, quien manifestó a un amigo que llevaba un libro de apuntes donde iba documentando la vida de Pallotti. Desgraciadamente esta fuente, que habría sido de valor inestimable para trazarnos el cuadro completo de los comienzos de la floración de la vida interior de Pallotti, no ha sobrevivido, pues los papeles de Fazzini fueron dispersados después de su muerte. De la colección hecha por Fazzini queda una sola pieza: la Memoria redactada por Vicente sobre su madre, a instancias de Fazzini, salvada de la destrucción por acaso.

Poseemos, en cambio, el Diario Espiritual llevado por Vicente desde el período de su preparación a las órdenes sagradas hasta el fin de su vida. Este Diario refleja su diálogo con su Creador y documenta las normas y resoluciones que formulaba al finalizar los ejercicios espirituales y en otras oportunidades. Contiene también la

enumeración de las gracias singulares y las luces que de tanto en tanto Dios comunicaba en la oración a esta alma elegida. Es un documento que no ha sido redactado para que lo vieran otros; su lenguaje es sencillo y sin artificios literarios de ninguna especie; arroja una vivísima luz sobre el camino de su ascensión a Dios. Comienza el Diario en el año 1816 y finaliza con los ejercicios espirituales que Vicente realizó seis semanas antes de su muerte. Son tres cuadernos, utilizados no en forma sucesiva, sino discontinua, en el sentido de que unas veces escribía en uno y otras en otro, pero los temas fundamentales aparecen en todos ellos como una hebra de oro en un bordado. Tomados juntamente con sus obras publicadas y con las reglas que preparó para sus asociados y discípulos, es fácil formarse un cuadro completo de la naturaleza, el desarrollo y la madurez de su vida interior. El Diario, repetimos, no fue escrito para que otros lo vieran; más bien es un documento que él hace en la presencia de Dios, una declaración de lo que quiso ser y de cómo deseaba emplear su vida en el servicio del Señor. Se dice que en el lecho de su muerte pidió que estos cuadernillos fueran traídos y colocados cerca suyo, como si quisiera que perdido ya el conocimiento e impotente para seguir alabando e implorando a Dios, estos documentos fueran el mudo testimonio de su espíritu delante de la Divinidad.

La primera página de su Diario contiene este principio, que en todas sus acciones y propuestas consultará a su director espiritual, por el cual no dejará nunca de orar.

"Mi intención es, ahora y siempre, rezar muy fervientemente a Dios Uno y Trino, a nuestro Señor, el esposo bendito de mi alma, a mí más que querida Madre, a los ángeles y santos y a todos los justos, para que Dios de, en la más grande abundancia, luces y gracias a mi director espiritual para que me pueda conducir con gran rapidez por un camino infinitamente santo, seguro, perfecto y oculto a los ojos de los hombres."

Vicente acostumbraba visitar con gran frecuencia a su director espiritual, a veces hasta diariamente.

Cuando más adelante a él le tocó ser director espiritual de varios establecimientos religiosos y seminarios, tuvo el mayor empeño, a veces a costa de sacrificios personales de tiempo y comodidad, en dar oportunidades a sus dirigidos para verlo y tratar con él cuando más les convenía a ellos. Llegado el momento de formular reglas para su propio instituto, dio gran prestancia al cargo de director espiritual de sus comunidades. "El director espiritual --escribió debe ser el alma de la casa".

El camino de la santidad seguido por Vicente Pallotti, a la luz de su Diario Espiritual, no refleja grandes singularidades. El cuadro de referencia dentro del cual está enmarcado, es el de la lucha espiritual del hombre contra el pecado y la conquista de la virtud. El pecado, repetido y no purgado, lleva al vicio; el vicio lleva finalmente a la destrucción eterna. Las buenas acciones hechas bajo el influjo de la gracia y con buena

intención, llevan a la virtud; la virtud, multiplicada y hecha permanente en el alma, lleva a la santidad, que es la unión con Dios. Estamos en presencia de la más antigua idea ascética del cristianismo: el contraste entre la luz y las tinieblas, tan destacado por los antiguos Padres, que se halla señalado con tanta fuerza ya en el Prólogo del Evangelio de San Juan.

"En todas mis acciones, oraciones, estudios, enseñanzas, procuraré (dice) imaginarme con cuánta perfección estas acciones habrían sido ejecutadas por Nuestro Bendito Señor, por la Virgen y por los santos... procuraré confesar mis propias imperfecciones.

Cuando me doy cuenta que no he alcanzado a cumplir estas intenciones, realizaré algún acto de la virtud opuesta a mi deficiencia, acompañado de otro acto de dolor por mi imperfección y trataré de convencerme de mi propia miseria, usando palabras como éstas: "La tierra ha dado su fruto; confieso, Señor, vuestra infinita perfección y la perfección de todas las criaturas y mi propia grande y casi infinita imperfección e impiedad". Expresaré mi gratitud por cada prueba adicional de mi miseria e impiedad... Anotaré mis faltas por escrito para obtener de mi padre espiritual la penitencia que le plazca imponerme."

La existencia del pecado entre los hombres y la debilidad de la natura humana son hechos tan patentes en el mundo como la existencia de las tinieblas. Este convencimiento debe estar a la cabeza de todos los caminos que llevan a Dios.

"Me propongo (anota casi al principio de su Diario) ahora y siempre, y deseo formular este propósito en lo más profundo de mi espíritu, no consentir nunca a mis propias inclinaciones y a la increíblemente grande debilidad de mi maltrecha naturaleza..."

Cuando Vicente escribió la regla para sus discípulos, recalcó con insistencia solemne que el primer requisito para formar parte de su comunidad, un requisito cuya naturaleza debe ser cuidadosamente explicada al ingreso y frecuentemente repetida no sólo a los neófitos, sino también a todos los miembros sin excepción, es el "espíritu de sacrificio".

"La vida de perfecto y constante sacrificio entre los hombres consiste (escribe, en la Regla) en la perfecta, constante y universal práctica de la mortificación de las pasiones desordenadas."

Este "espíritu de sacrificio", que es la condición previa para el cultivo de todas las virtudes, debe ser adquirido, según la doctrina de Vicente Pallotti, a través de la contemplación del ejemplo de Nuestro Señor, en su Encarnación, su Circuncisión y los otros pasos de su vida; un ejemplo que, sin embargo, contiene una diferencia que insinúa Pallotti en el pasaje que recién citamos: el "espíritu de sacrificio" debe existir "entre los hombres", ya que en ellos, y no en Nuestro Señor, existen las pasiones desordenadas. La ascética pallottiana está cimentada sobre el gran principio de que la

tentación, el pecado y el vicio deben ser combatidos "entre los hombres" por medio, precisamente, de las virtudes que se contraponen a ellos y en particular por las aprendidas en la meditación de los misterios de la vida de Nuestro Señor. La mentira, por ejemplo, debe ser combatida y destruida por la veracidad; la lujuria por la castidad; la soberbia por la humildad.

Las páginas de su Diario revelan que paralelamente a esta resuelta lucha por la virtud y la santidad, Vicente manifestaba una vehemente aspiración de contribuir con toda la fuerza de su voluntad a la glorificación infinita de Dios. Este jovencito de veinte años de edad, que transitaba modestamente por las calles de Roma, yendo y viniendo de la Universidad a su residencia; que entregaba sus horas de descanso y de recreo a los menesteres de la Cofradía, que todas las mañanas esperaba a la puerta de la iglesita de barrio que las puertas se abrieran y penetrar en ella para su meditación, su misa y su comunión; que era sencillo en su trato, amable y dado a los pobres; que no demostraba ambición alguna y buscaba pasar inadvertido, este joven, ardía con la llama de una profundísima comprensión de la gloria y majestad de la infinitud de Dios y el deber de los hombres de glorificarlo aún más allá de todas las limitaciones del tiempo y del espacio.

No queremos alegar que esta actitud suya fuera totalmente singular, pues otros santos y místicos en la larga historia de la Iglesia han demostrado una similar preocupación; pero todo lector de sus escritos quedará impresionado profundamente por el ardor con que Vicente Pallotti abrazó este ideal, la constancia con que se dedicó a él toda su vida y la extraordinaria fuerza del lenguaje que empleaba para expresarlo. Fue sin duda una gracia extraordinaria. ¿Cómo explicar este estado de ánimo en este preciso momento de su desarrollo espiritual y la terminología tan singular que como se verá empleaba para su expresión?

Estaba dedicado en ese tiempo al estudio de los tratados teológicos sobre la naturaleza de Dios. De acuerdo con la práctica de los estudiantes de esa época, además de manejar los textos oficiales y los libros de consulta recomendados, Vicente acostumbraba preparar abundantes notas en las clases que luego transcribía en cuadernos especiales que le servían para la preparación de sus exámenes.

Los cuadernos de Vicente han sido conservados cuidadosamente y por medio de ellos nos es posible determinar no sólo cuáles fueron los textos empleados, sino también el énfasis especial que cada profesor imprimía a sus disertaciones y hasta el provecho especial que el alumno podría derivar de tales clases. Entre estos tratados llama la atención del lector la calidad de las disertaciones sobre la Unidad Divina y sobre los Atributos de Dios y en especial su Infinitud. Cabe aquí observar que toda persona que, en clases especiales o en estudios particulares, ha llegado a posesionarse de estas espléndidas doctrinas y ha penetrado, siquiera someramente, en sus profundidades, debe reconocer que ellas nutren la contemplación y estimulan la acción espiritual cuando la mente humana se abre a ellas con fe y con amor.

Dios es el Alfa y el Omega; el fin verdadero del hombre es la gloria de Dios. El es el Absoluto; todos los demás seres se refieren a Él; todos los seres alaban a Dios en conformidad con sus naturalezas; el ser trasciende el tiempo y el espacio y la actualidad, toda vez que estas grandes concepciones son elevadas por encima de la mera contemplación intelectual, son urgidas por la gracia y convertidas en principio de acción; en un contexto tal pueden ser entendidas y admiradas afirmaciones como las que ahora vamos a copiar del Diario de Vicente Pallotti:

"Deseo formular la intención de que todas las obras buenas que han sido, son y serán cumplidas por todos los seres, como también las que yo he cumplido, cumplo y cumpliré para la suprema gloria de nuestro Dios y Padre celestial, amadísimo e infinitamente perfecto, que todas estas acciones sean ejecutadas con perfección infinita, hasta donde esto es posible. Y no sólo en el caso de los seres que hayan actuado, sino también en el caso de todos los seres existentes y posibles, racionales e irracionales, sensibles y no sensibles."

Su espíritu ardiente no se satisfacía, empero, con este ofrecimiento a la gloria infinita de Dios, aun después de excluir de ella todas las limitaciones temporales. Su impulso interior lo llevó luego a proyectarse a una nueva dimensión.

"Me imaginaré que todos estos seres han existido desde toda la eternidad y que continuarán a existir por toda la eternidad y que cada uno de ellos se multiplica infinitamente en cada momento infinitesimal de tiempo y que estos momentos son ellos multiplicados hasta el infinito; que cada ser es multiplicado infinitamente en cada momento hasta la eternidad; que cada molécula de cada cuerpo es infinitamente multiplicada en cada momento infinitesimal de tiempo por toda la eternidad hasta toda la eternidad."

Esta declaración de su visión de la progresión de los seres hasta el borde del infinito radical no es un mero ejercicio intelectual, un juego filosófico de palabras, pues pasa luego a "intencionar" la perfección que desea para estos seres, cada uno en su orden, porque son criaturas de Dios, tanto los actuales como los posibles.

"Deseo en mi alma que cada uno de estos seres posea la perfección de todas las criaturas, infinitamente multiplicada... que posean infinita fe, esperanza y caridad, contrición, prudencia, justicia, templanza, fortaleza, humildad, mortificación..."

La enumeración de todos estos esplendores tiene una finalidad muy simple. Lo hace para poder ofrecerlos todos para la infinita glorificación de Dios. Y de esta consideración pasa a otra, que es la discrepancia entre su propia condición humana y

la grandeza del ofrecimiento que desea hacer.

“Invocando ahora la asistencia del Altísimo Dios, infinito, inmenso, sin límites, implorando la merced del Cordero de Dios e invocando la protección de mi Señora y común Madre de los hombres, María, y la de los ángeles y santos, reflexionaré sobre mi propia miseria, que es muy grande, por no decir infinita, y dándome cuenta que me es absolutamente imposible hacer todo esto, debido a mi miseria, ceguera, ignorancia, volubilidad, inconstancia e impiedad en el máximo grado, clamaré desde el fondo de mi corazón: "Señor, oh Señor, confieso a la presencia de vuestra infinita perfección y la de Jesús y María y de los ángeles y santos, y de todos los seres que mi miseria, pobreza, ceguera, ignorancia e impiedad son muy grandes, por no decir infinitas..."”

Sus deficiencias e imperfecciones, contrastadas con la excelencia y perfección divinas aparecen tanto mayores cuanto más de cerca aprecia la infinita majestad de Dios; mas, con el característico arrojo del verdadero místico, se sobrepone a su propia apreciación de sí mismo para proseguir con mayor ahínco el sendero de la perfección, que hallará no en sí mismo sino en la divinidad.

"Deseo ardientemente que una gran gloria, aún infinita, sea dada a mi celestial Padre y dado que me reconozco incapaz de darla, me humillaré en espíritu."

Para una mayor facilidad de su oración declara en su Diario que la enumeración explícita de todos estos aspectos de su deseo de glorificar a Dios será concentrada en la fórmula *Domine, Domine*, obligándose sin embargo a volver a hacer de tanto en tanto la enumeración plena y detallada.

En su formulación ardiente del deseo de glorificar a Dios en su infinitud, Vicente Pallotti obra con un sentido real tan genuino y sincero como su misma sensación de pecado y su mismo deseo de arrepentimiento. Pasa a formular la intención de proyectar esta convicción y este dolor de alma, a pesar de la limitación humana, hacia la misma región excelsa que su mente recorre al querer dar a Dios toda la gloria que le corresponde.

"Formulo la intención de pedir perdón a Dios por mis pecados en cada momento infinitamente multiplicado desde la eternidad hasta la eternidad, cargado con el dolor de todos los seres, y los de Jesús y María; imaginándome postrado como Pablo en el camino de Damasco y pidiendo perdón, junto con él y con San Pedro y con el Buen Ladrón en la cruz, y con María Magdalena..."

Todas las cosas de este mundo, tanto visibles como invisibles, sirven a Dios y pueden ser utilizadas por los seres humanos en su incesante búsqueda de la divinidad. Llega sin embargo un momento en la ascensión del alma a Dios en que estos objetos

de la tierra necesitan ser purgados de su significación material y desde entonces en adelante, vistos y usados, por así decirlo, desde el punto de vista de Dios, exclusivamente. En una oportunidad, con antelación a su ordenación sacerdotal, Vicente Pallotti resuelve desasirse de las cosas materiales. Escribió en su Diario:

"No el intelecto, sino Dios.
No la voluntad, sino Dios. No el alma, sino Dios.
No el oído, sino Dios. No el olor, sino Dios.
No el gusto y la locución, sino Dios.
No el aliento, sino Dios. No el tacto, sino Dios.
No el corazón, sino Dios. No el cuerpo, sino Dios.
No el aire, sino Dios. No la comida ni la bebida, sino Dios.
No el vestido, sino Dios. No el descanso, sino Dios.
No los bienes del mundo, sino Dios.
No las riquezas, sino Dios.
No los honores, sino Dios.
No la carrera, sino Dios. No las ventajas, sino Dios.
Dios siempre y en todo."

Siguiendo las inspiraciones de la gracia divina y los consejos de su director espiritual, Vicente Pallotti ascendía así las gradas tradicionales que llevan a la santidad: la mortificación del cuerpo, el esfuerzo para conocer, servir y glorificar a Dios en su Unidad y Trinidad, el reconocimiento y dolor por el pecado y la imperfección, la apreciación correcta de los valores de este mundo, la aceptación total de Dios como la realidad última de todas las cosas "Dios siempre y en todo".

Frente a esta extraordinaria y vivísima conciencia de la infinitud de Dios, tal como aparece en las citas que hemos dado arriba, elegidas casi al azar, bien puede el lector preguntarse si Vicente Pallotti reservó para sí este método de oración o si se esforzó en transmitirlo a las personas que habrían luego de colocarse bajo su dirección espiritual. Debe responderse que, al fundar su instituto, le dio como lema estas palabras: "Para la Infinita Gloria de Dios". En las oraciones comunes que compuso para las comunidades que siguen su inspiración, su famosa "intención" aparece frecuentemente. Aparece también en las oraciones que recomendó a las personas asociadas a sus comunidades como cooperadores externos. El instituto mismo fue intitulado "la Sociedad del Apostolado Católico" con el énfasis sobre su carácter universalista. Rechazó en su regla todo lo que pudiera parcializar su obra. Su finalidad era, como se verá más adelante, servir a toda la Iglesia y a la causa total de la religión, sin restricciones de ninguna especie. Así como no hubo fronteras en su oración, no las quiso tampoco en el apostolado que sus discípulos habrían de practicar.

En la vida interior de Pallotti había otra característica, que vamos a mencionar ahora, pues ella también se presentó con fuerza desde el principio: su entendimiento y

su compasión por los pobres y los afligidos, a quienes deseaba de todo corazón socorrer.

"Veo y escucho a tanta gente afligida y no puedo menos que reflexionar sobre su estado triste, angustiados y trabajados como están, cargados y ocupados por sus pesadas ocupaciones: los pobres artesanos y campesinos, los carreros, carpinteros, albañiles, las pobres mujeres agobiadas por sus cargas domésticas, angustiadas y enfermas por las noches en vela, por las enfermedades de sus hijos a quienes deben cuidar. Reflexiono sobre las graves aflicciones que deben llevar tantas familias pobres, las discordias entre maridos y mujeres, disputas entre hermanos y parientes, las opresiones a que están sujetas tantas doncellas, la indigencia de tantos niños sin padres, las viudas desamparadas, el abandono, el desprecio y los sufrimientos de los pobres de Cristo, los sufrimientos de los pobres esclavos y de la gente encarcelada. ¡Y hay tantas miserias más, que no enumero porque ni siquiera las conozco! Todas estas cosas pesan sobre nuestra pobre naturaleza de tal manera que si yo o cualquier otro pudiera juntarlas todas en un solo haz y contemplarlas, considero que el corazón humano no podría aguantar la vista de todo ello y se moriría de pena. Por consiguiente, trataré de excitar en mi interior una viva compasión por todas estas criaturas de Dios y socorrerlas de acuerdo con los dictados de la caridad y la santa prudencia."

"Ayudaba a los pobres". Esta fue la palabra con que resumía la impresión popular -la imagen, como se diría en el léxico contemporáneo- un viejito de más de noventa años que en su extrema juventud había sido llevado por sus padres a los funerales de Vicente Pallotti. "Ayudaba a los pobres", y ellos, muchos miles, acudieron a rendir honor a sus restos por que lo habían conocido de cerca, y detrás de las palabras y los gestos de su vida adivinaron certeramente el amor que les profesaba y la compasión que lo llevaba a sacrificarse por ellos.

La "intención" de Vicente, que lo dirigía inflexiblemente hacia la glorificación infinita de Dios, lo condujo con una inexorable lógica hacia las formas apostólicas de la vida sacerdotal. La necesidad y la urgencia de promover la gloria de Dios entre sus criaturas es el fin último de todo apostolado. Encontramos estas palabras en su Diario, escritas cuando aún no se había ordenado:

"Hay muchos pecadores, herejes e infieles, muchas almas que si estuvieran correctamente dirigidas, harían muchas obras grandes en la viña del Señor; muchas personas indoctas que si tuvieran instrucción serían grandes santos; muchos sabios que si supieran un poco menos y fueran más humildes serían santos; muchas personas que sufren enfermedades del espíritu..."

Trataré de excitar en mí un deseo grande de instruir, iluminar, santificar, perfeccionar y convertir todas estas almas, con infinita perfección (si esto fuera posible) de parte mía y de ellos, para la infinita gloria de Dios..."

Vicente Pallotti al fundar la Sociedad del Apostolado Católico, pretendía que sus discípulos transitaron por este camino hacia el cual la Providencia lo había guiado. El

culto de la infinitud divina conduce a la entrega de la totalidad del hombre a la divinidad. Todo ser humano que ha elegido este ideal debe propender, bajo las formas apostólicas, a conducir a otros seres humanos al conocimiento y al amor de Dios. Pallotti no se cansaba de afirmar que la necesidad de su tiempo era "encender de nuevo la fe y la caridad en el mundo". Necesidad que nos sigue urgiendo, con más apremio todavía, a los seres humanos de nuestra generación.

CAPÍTULO II

PRIMEROS PASOS EN EL APOSTOLADO SACERDOTAL

VICENTE PALLOTTI fue ordenado sacerdote el 16 de mayo de 1818, a las tres semanas de haber cumplido veintitrés años de edad. Su Diario refleja la minuciosa preparación espiritual que realizó antes de recibir las sagradas órdenes. El clérigo ordenado *in sacris* se consagra definitivamente a un estado nuevo, que exige de él un decoro y una observancia definidos por las leyes de la Iglesia y las tradiciones eclesiásticas; todo esto lo anota Pallotti en su Diario, pero insiste mucho más aún en el deber de santidad interior que este estado exige. Como preparación inmediata a las órdenes sagradas, con el permiso previo de su director hizo votos privados de castidad, de obediencia a su director y de pobreza de acuerdo con los consejos del mismo. A estos tres votos privados, agregó un cuarto, el de defender la doctrina de la Inmaculada Concepción, que aún no había sido proclamada dogma de fe en la Iglesia.

En la época en que Vicente Pallotti ingresó en las filas del sacerdocio, muchos clérigos se ordenaban con el llamado título de patrimonio; para un mejor entendimiento de su subsiguiente carrera eclesiástica conviene quizá que expliquemos el significado del título de ordenación para aquellos lectores que no lo tengan presente. La legislación de la Iglesia se basa en el principio de que ella no concede la ordenación a ningún sujeto que no posea los medios necesarios para su congrua sustentación, ya que al clérigo le está vedado ganar su sustento con el ejercicio del comercio o de otras artes. Esa sustentación, en el caso del clérigo secular, puede provenir del compromiso aceptado por algún obispo, el cual se responsabiliza de la sustentación del clérigo, a cambio de la obligación asumida por éste de servir a la diócesis en el cargo que el obispo le designe. Este título es llamado el de "servicio de la diócesis". En aquellos casos en que la familia del ordenado quiere garantizar una suma cuyo interés sea suficiente para mantener al futuro sacerdote en forma congrua, se permite la ordenación "a título de patrimonio". La diferencia entre los dos títulos radica en que en el segundo caso el clérigo tiene una mayor libertad en aceptar los puestos que se le quieran conferir: parroquias, tenencias, etc. En la época de Vicente Pallotti el título de patrimonio era invocado todavía con alguna frecuencia (no así en nuestros días, en que la urgencia de proveer a los puestos eclesiásticos es mucho mayor, debido a la declinación del número de vocaciones en el mundo y la multiplicación de las necesidades de la iglesia). Vicente Pallotti se ordenó con el título de patrimonio, que resultó ser providencial, pues le permitió desarrollar plenamente el tipo especial de vocación a que se sintió llamado. Sin embargo estaríamos muy equivocados si pensáramos que emprendió por propia elección las diversas obras en que se vio empeñado en el transcurso de su vida. Muy al contrario, todo cuanto realizó, lo hizo

siempre con la anuencia de sus superiores eclesiásticos y con el consejo de su director espiritual.

Su ordenación sacerdotal fue recibida en la catedral de San Juan de Letran en Roma y al día siguiente celebró su primera misa en la Villa de Frascati. Era el domingo de la Santísima Trinidad.

Dos meses más tarde rendía sus exámenes finales en la Universidad de Roma y le confirieron los títulos de doctor en filosofía y teología. Su carrera académica había sido brillante y en varias oportunidades fue distinguido con premios. Terminada su filosofía, por ejemplo, fue clasificado "entre los primeros" y en la sección Lenguas mereció el título de profesor de griego. Después que rindió sus exámenes finales y se hizo el balance de toda su carrera académica, se le confirió una pequeña pensión vitalicia "al mérito", cosa que se practicaba sólo en los casos de los alumnos muy aventajados.

Las autoridades universitarias, unos meses después de haberse recibido, se sirvieron del talentoso joven sacerdote y le franquearon la entrada a una brillante carrera docente, nombrándolo director de la academia de alumnos, donde tendría el encargo de presidir las ejercitaciones de estos en la exposición y práctica de las disciplinas teológicas que estaban cursando. Debía concurrir todos los días a las aulas, seleccionar las materias a debatir y presidir los debates y luego hacer juicio sobre ellos.

Los alumnos, así lo testimoniaron más tarde, observaron varios detalles que les llamaron la atención en el comportamiento del joven académico. Notaron, por ejemplo, que en esa era de ceremoniosidad Vicente Pallotti no llevaba de ordinario el birrete doctoral ni se ubicaba en el pupitre para presidir los debates, sino que se sentaba entre los alumnos sin exigir precedencias. Observaron también que en sus comentarios y sus intervenciones en los debates, demostraba un gran conocimiento de la doctrina de Santo Tomás de Aquino, cuyo prestigio en las academias no era entonces tan elevado como llegaría a ser más tarde.

Diez años ejerció sus talentos en esta academia; entre sus alumnos se contaron muchos que serían eminentes; varios que llegaron a ser obispos; cuatro que vistieron la púrpura como cardenales. Pero poco a poco su especial vocación se le fue revelando y se dio cuenta que la vida del docente especializado no era la suya. Finalmente renunció a su puesto en la universidad para emplear todas sus fuerzas y su talento en contactos más inmediatos con las almas. Su paso, sin embargo, por la academia dejó en su espíritu un intenso deseo de procurar siempre y en todo el bienestar espiritual del clero y esta preocupación pudo ser realizada en varias formas, como se verá más adelante.

Los perfiles de la vocación de Vicente van apareciendo en el perfil de su vida: estaba llamado a hacer revivir la fe y encender de nuevo la caridad entre los creyentes; en primer término, los creyentes de su ciudad natal, los habitantes de Roma. Poseemos una fina descripción del estado anímico de la población de Roma, hecha

justamente en esa época en que Vicente renuncia a la academia para dedicarse de lleno al apostolado directo. La debemos a la pluma del gran filósofo italiano Antonio Serbati-Rosmini, que estaba en la ciudad en el año 1829, por asuntos de la congregación del Instituto de la Caridad que recién había fundado. Rosmini describe así la escena romana:

"La persona moralmente sensible comprueba que esta es una ciudad indefinible porque todos los elementos están mezclados en ella; todo está presente y nada preocupa; la gente, por lo menos en apariencia, está sumida en la más profunda apatía. Viven sorprendidos de lo que les pasa y lo que sucede en torno de ellos; hay mucha ignorancia y mucho buen sentido: Se oyen por todas partes opiniones supersticiosas y simultáneamente se encuentra un discernimiento muy fino en materia religiosa; hay relajación popular y rigorismo popular; pueden escucharse en boca del pueblo los juicios más profundos y los más superficiales. En el Trastevere pueden hallarse Catones contemporáneos. El gobierno es el más paternal y beneficiador que pueda imaginarse. El apego a él es ilimitado pero no es expresado, porque se ha hecho habitual y forma parte, por así decirlo, de la naturaleza misma de los romanos."

A ciento cincuenta años de distancia, y a la luz de la paciente investigación de los historiadores, a la luz también de las experiencias de nuestra propia era, se impone la impresión de que los romanos en aquella época vivían casi sin cuadros directivos en su sociedad; masas del pueblo cuyas instituciones estaban envejecidas; energías que se volcaban en esfuerzos individuales, con descuido de la organización y de la cohesión sociales. ¡Cuánta razón tenía Vicente Pallotti cuando se propuso crear la Sociedad del Apostolado Católico, que sería la precursora de la Acción Católica!

Así era el pueblo en medio del cual Vicente Pallotti, el místico con toda su mente y su alma empeñada en la glorificación de Dios, el penitente profundamente impregnado por la conciencia de la indignidad humana y del pecado, habría de expender las energías de su vida sacerdotal. Formaba parte del pueblo, en todos los sentidos de la palabra, porque estaba enraizado en las clases populares y no en la aristocracia ni en las clases administrativas de la sociedad.

Mencionamos recién el ideal pallotiano: "Hacer revivir la fe y la caridad". Es que las almas sensibles de esa época se daban cuenta del cambio en las capas profundas de la sociedad italiana, cuyas manifestaciones de superficie se delataban en una creciente hostilidad a los principios sobrenaturales de la religión. El manso Pío VII, quien habría de sufrir mucho a manos de Napoleón, inclusive cinco años de cárcel, escribía así a su Nuncio en París antes del estallido de la tormenta:

"Estamos en las manos de Dios: quién sabe si la persecución que nos amenaza no sea decretada por los designios del cielo para procurar así la revivificación de la fe y despertar la religión en los corazones de los cristianos."

Su ojo avizor y su corazón de pastor habían ya determinado la raíz del mal; también sabía cuál era el remedio: hacer revivir la fe y la caridad. Sus anhelos fueron recogidos y compartidos poco tiempo más tarde por el jovencito romano, que tenía once años cuando el Papa escribió aquella carta.

Quebrado el poder de Napoleón, este Papa pudo volver a Roma; fue restablecido en su trono por el Congreso de Viena. Los consejeros del Papado vieron la necesidad de una gran reforma en la administración, no sólo de los estados papales, sino en el manejo mismo de la Iglesia. La magnitud del problema fue descrita así por el célebre Cardenal Wiseman en sus Memorias:

"La Iglesia y el Estado (escribe sobre el pontificado de Pío VII) hubieron de ser reorganizados casi del todo después de la devastación que había suprimido casi por completo las antiguas delimitaciones. Habían surgido nuevos reinos que invadían las anteriores jurisdicciones eclesiásticas. La vida conventual y la propiedad eclesiástica habían sido aniquiladas en casi toda Europa; el derecho canónico había sido suprimido en la mayor parte del continente; las fundaciones eclesiásticas confiscadas; los nuevos códigos civiles se contradecían con los códigos de la iglesia; la autoridad de los obispos quedaba sin medios de ser ejecutada: en fin, un estado de cosas que no se había dado nunca en la Iglesia hasta entonces."

Sin embargo, lo anotado por Wiseman podía ser remediado con sabias leyes, administradores capaces y una fina diplomacia. Hasta los desastres económicos y las expoliaciones podían ser saneados por hombres expertos. Pero el pueblo mismo había cambiado; con nuevas leyes, nuevos reglamentos, reformas administrativas, algo se podía hacer, pero no era suficiente. Había que llegar a los corazones de las gentes.

La reforma administrativa comenzó bajo el pontificado de Pío VII y continuó con ritmo acelerado bajo León XII. Muchas sabias medidas fueron tomadas en el orden financiero, educacional y eclesiástico. La Providencia Divina suscitó al mismo tiempo varias eminentes figuras de santidad, hombres y mujeres, que por diversos medios y en distintas medidas influían en el alma del pueblo: San Vicente Pallotti, San Gaspar del Búfalo, la Beata Ana María Taigi, la Venerable Maurizi, el Venerable Bernardo Clausi y otros.

Su director espiritual venía animándolo a Vicente Pallotti, siendo aún seminarista, para que se dedicara al apostolado en forma activa, cooperando en las obras piadosas ya existentes, necesitadas de ayuda personal. Debía proceder a la formación de otras personas y animarlas a tomar parte en esas actividades. Vamos a mencionar algunas de estas obras, a título de ejemplo.

Estaba la obra del gran Hospicio de Santa Galla, fundada en el siglo XVI por la familia Odescalchi, tan famosa en la historia de Roma. Este hospicio fue en su época uno de los más notables de toda Europa y llenaba una gran función social pues su objeto era ofrecer hospedaje y toda clase de asistencia social y religiosa a la población migratoria de Roma, a las personas y familias que por cualquier razón debían

abandonar sus pueblos y refugiarse en la capital, y también a los campesinos que con sus tropas de carros transportaban cargamentos de alimentos y provisiones y debían alojarse en la ciudad mientras descargaban sus mercaderías, quedando expuestos a la explotación despiadada y al despojo. Para todos estos el Hospicio de Santa Galla ofrecía un seguro refugio. Los fundadores de la obra quisieron también que se les ofreciera a esta gente ayuda espiritual y para eso funcionaba la Pía Unión de Santa Galla, en la cual prelados, sacerdotes de ambos cleros y seminaristas prodigaban su tiempo y su talento. La vinculación de Vicente Pallotti con la Pía Unión de Santa Galla comenzó cuando tenía veinte años y recién iniciaba su curso teológico. El director de la obra era entonces San Gaspar del Búfalo, a quien se dirigió Vicente Pallotti para ser incorporado en ella, comenzando así una amistad que finalizaría en el lecho de muerte de San Gaspar, quien fue confortado en ese trance por Vicente.

Como primera tarea en Santa Galla se le encomendó a Vicente el cuidado espiritual de los carreros que transportaban heno a la ciudad de Roma. Las enormes carretas en que se cargaba este material tenían su punto de concentración en lo que se llamaba en ese entonces el "campo vaccino", un gran espacio abierto, cubierto de hierbas, dentro de cuyo perímetro sobresalían trozos de columnas y restos de edificios antiguos. Los viejos grabados de la época reproducen la escena: las carretas, los conductores con su vestimenta típica, las ruinas circunstantes. El espacio abierto existe todavía, pero ya no está recubierto de pastos, pues se ha excavado todo el sitio, y es ahora mundialmente famoso: el Foro Romano.

El "campo vaccino" estaba cerca del Hospicio de Santa Galla y allí acudían estos carreros por la noche para alojarse en los grandes salones que se ponían a su disposición. La tarea de Vicente y sus colaboradores (pues su afán apostólico de buscar y hallar colaboración en las empresas piadosas ya se manifestaba) consistía en reunir a estos hombres en determinadas tardes, hacerles lecturas, darles instrucciones en la doctrina cristiana, rezar con ellos y prepararlos para la recepción de los sacramentos. Para mejor ordenar la tarea Vicente preparó un pequeño manual, en el que hallamos una nota característica: su recomendación de hacer uso de la organización rudimentaria que estos carreros tenían entre sí, para convocarlos a las reuniones.

Vicente demostró toda su vida una decidida inclinación a utilizar lo existente, darle nuevo sentido y nueva vitalidad, en lugar de destruir para luego crear.

San Gaspar del Búfalo, además de director de Santa Galla, era el secretario de la Cofradía de la Doctrina Cristiana de Roma, una venerable organización que debía su origen al Cardenal Baronio. Logró la colaboración de Vicente en esta obra; sobreviven varios manualitos escritos por Vicente para la catequesis de los niños de ambos sexos tanto en las cofradías como en las escuelas.

Colaboraron también los dos santos en la obra de las misiones populares, que eran una parte sustantiva en el apostolado de San Gaspar del Búfalo. A esta tarea

Vicente se sintió fuertemente atraído y en un momento pensó dedicarse exclusivamente a ella, hasta que su director espiritual le hizo ver que su vocación especial no debía circunscribirse a esa sola actividad.

También pertenece a este período de la vida de Vicente Pallotti su participación en la obra fundada por el canónigo Muccioli, en las cercanías del famoso Puente Sublicio --sobre el Tíber-, ese puente cuya historia arranca de la era romana; poco resistente a los embates de las crecidas del río, el puente ha debido ser reconstruido varias veces hasta que se desistió de la empresa inútil, dejándose en medio del río un arco del puente separado de ambas riberas. Es lo que los romanos llaman el Ponterrotto. La institución del canónigo Muccioli se denominó la Obra de Ponterrotto y tenía como finalidad dar cabida a muchachos de la clase pobre en una especie de academia donde se les enseñaban algunas artes útiles y los principios morales y religiosos. La vinculación de Pallotti a la obra de Ponterrotto comenzó en el año 1820; llegó el momento en que Mucciolo quiso retirarse de ella, dejándola totalmente en manos de Vicente, quien, por indicación de la autoridad eclesiástica, la asumió, pero con la condición de que el título de director siguiera perteneciendo al canónigo fundador. La tarea de Pallotti en esta institución consistía en la enseñanza de las materias religiosas, la predicación de ejercicios, la preparación de los niños para las comuniones generales y la organización de excursiones al campo, de las cuales Vicente, a veces, participaba. Colaboró en la Obra de Ponterrotto hasta el año 1833, cuando debió retirarse por el peso de otras obligaciones que había asumido.

Había en el Monte Janículo otra obra interesante para la juventud de Roma, en la que Vicente tuvo también actuación descollante en esta misma época. Era la Casa de Ejercicios, muy favorecida por las familias romanas deseosas de que sus hijos fueran preparados para la Primera Comunión en retiros cerrados. Periódicamente se predicaban en la Casa cursos de ejercicios para jóvenes. En el año 1823 Vicente fue nombrado director de estos cursos de ejercicios y durante varios años realizó este apostolado con gran provecho.

Importante fue la participación que tuvo Vicente en la obra de las escuelas nocturnas de Roma. Estas escuelas debieron su origen a un ebanista apellido Casoglio, quien movido por una conciencia social resolvió reunir a los hijos de artesanos en un amplio salón que obtuvo en la Vía Giulia, esa famosa arteria que atraviesa el barrio medieval de Roma. Esto era en el año 1819. Cerca del salón estaba la iglesia, ahora destruída, de San Nicolás, que disponía de un local en el cual pudo abrirse un oratorio nocturno que funcionaba como suplemento de la escuela nocturna; en este oratorio se impartía la parte religiosa de la enseñanza de esa juventud. Desde su fundación Vicente Pallotti tomaba parte en la instrucción religiosa impartida en el Oratorio de San Nicolás; era, en realidad, el encargado de ella. A través de su correspondencia comprobamos que, fiel a su costumbre, buscaba colaboradores que lo secundaran en esta tarea. Después de la muerte de Casoglio, un abogado llamado

Gigli se encargó de las escuelas y, apoyado siempre en la ayuda del oratorio, extendió la obra de las escuelas, llegando a crear dos más. Este Gigli tuvo una muerte heroica. Durante la epidemia de cólera del año 1837 abrió su casa a las víctimas y pasando de casa en casa asistía a los enfermos y moribundos, infundiéndoles ánimo y socorriéndolos en todas las formas, hasta que él mismo contrajo la enfermedad y murió. Toda la obra fue entonces recogida por Vicente Pallotti, quien, secundado por el Apostolado Católico que ya había sido fundado, no sólo saneó las finanzas de las escuelas existentes sino que amplió su número. Mantuvo la dirección de la obra hasta que, obligado por su salud quebrantada, en 1839 debió alejarse de Roma. Por consejo suyo el prelado (más tarde cardenal) Morichini fue nombrado en su reemplazo. Al asumir éste la dirección, las escuelas nocturnas abarcaban mil alumnos distribuidos en ocho establecimientos.

"Todos los enseres escolares (anotaba un periódico contemporáneo) son provistos por la organización. Los domingos y días festivos los alumnos se reúnen principalmente para recibir la instrucción religiosa y para las prácticas piadosas. Los otros días, los colegios funcionan durante una hora y media y se les enseña a leer, escribir, hacer números, los principios del diseño y geometría aplicada a las artes y el catecismo. Concluidas las clases diarias, los maestros conducen los alumnos a sus viviendas, cantando las Alabanzas Divinas..."

Desde tiempos muy antiguos las distintas artesanías de la ciudad de Roma estaban repartidas en corporaciones, denominadas con un título viejo: las "universidades". Hasta la era de la Revolución Francesa estas "universidades" poseían amplios poderes en la fijación de precios, admisión de aprendices y regulación del comercio; a partir de esa fecha les fueron quitados estos poderes y pasaron al Estado. Las "universidades" poseían cada una su propia iglesia o capilla y en los días fijados por estatuto concurrían los miembros a ellas para realizar actos religiosos en común, pero la desaparición de su prestancia económica influyó también en su prestigio religioso, de modo que en la época a que nos referimos apenas quedaban los rastros de sus antiguas glorias. Las autoridades eclesiásticas quisieron restaurar por lo menos este aspecto de las "universidades". Vicente Pallotti fue la persona elegida para esta tarea de recuperación. Convocó a una reunión del gremio de los zapateros en su casa, pasando luego a los cocheros, los panaderos y las demás corporaciones. En cada caso les predicó, o les hizo predicar, ejercicios, después de rehabilitar la iglesia o capilla de cada "universidad"; luego nombraba una nueva comisión directiva y la acompañaba hasta dejarla en pleno funcionamiento. Nuevamente nos permitimos señalar esta actitud característica de Pallotti: valerse de lo existente para infundirle nuevo espíritu, en una palabra, hacerlo "revivir".

Llevaba por lo visto una vida activísima, si se toman en cuenta todas estas actividades y además su vida universitaria, a la que nos hemos referido, y luego sus compromisos como confesor en el Seminario Romano, de lo cual hablaremos más

adelante. Por añadidura, tenía renombre como confesor y director de conciencias, ministerio que ejercía en varias iglesias y hasta en la capilla privada de su casa, por un privilegio que había obtenido de la autoridad eclesiástica. En esa época se usaba mucho llamar al sacerdote para acompañar a los enfermos graves para que estuviera con ellos hasta la hora de la muerte; Pallotti recibía muchos requerimientos de esta clase. Nunca se negó a esta piadosísima usanza, aunque a veces significaba pasarse no unas horas, sino varios días a la cabecera del enfermo.

La sabiduría popular recoge la experiencia que la persona más indicada para hacer un favor o finiquitar un problema es la persona muy atareada pues se llevan asuntos a quienes tienen capacidad y voluntad conjuntamente para ejecutarlos. Pero los apremios de tiempo imposibilitan a una persona el hacerlo todo personalmente. Vicente, atareado como estaba, era muy solicitado. Tenía la predisposición a encontrar y buscar colaboradores, no sólo con el objeto de entrenarlos en las obras apostólicas, sino también para darles ocasión de ganarse méritos. En consecuencia fue reuniendo alrededor suyo un pequeño cuerpo de sacerdotes de ambos cleros que gustosos lo secundaban, supliéndolo donde era menester, aceptando los encargos para sermones y otros compromisos que el apremio de tiempo no le permitía cumplir personalmente. Había también personas seglares que le facilitaban objetos de devoción para repartir, que le prestaban sus carruajes para los viajes, que le suministraban dinero para sus pobres; personas que se sentían honradas en ser "la mano larga" del sacerdote apostólico, en prodigar la caridad y en contribuir a encender la fe donde parecía estar por extinguirse. He aquí un presagio de lo que más tarde sería la Sociedad del Apostolado Católico.

¿Y su vida interior, en medio de tanta preocupación exterior, de tanto trajín y desplazamiento de una parte a otra? Sin duda aquella tan sutil tentación -quizá la más útil de todas-, el activismo, que ha asaltado a tantos hombres y mujeres en el momento de sus mejores realizaciones, cuando perciben claramente que sus esfuerzos están dando resultados concretos y que a mayor abundancia de tiempo y esfuerzo empleados en estas realizaciones más obras fecundas podrían realizar, esta tentación seguramente se hizo presente muchas veces en su ánimo.

Precisamente en este momento de su desarrollo espiritual su Diario refleja con gran fuerza su deseo de identificarse, él y todo lo suyo, con la persona de Nuestro Señor. Este profundísimo deseo, que es una gracia que ha de ser humildemente implorada en la oración y consolidada por la activa imitación de Cristo en la vida de cada individuo, iba a informar toda su personalidad hasta el fin. Lo dejó en herencia, la más preciosa de todas, a sus discípulos. La regla de vida que escribió para ellos tiene sus capítulos encabezados uno por uno con pasajes del Nuevo Testamento elegidos de tal suerte que establecen la unión entre quienes practican el género de vida que Pallotti prescribió y el curso de la vida de Nuestro Señor en su pasaje por esta tierra.

"Para que Cristo (escribe en su Diario) pueda ser el verdadero autor de cuanto procede de mis esfuerzos y particularmente del ejercicio de mi ministerio sacerdotal, me acordaré frecuentemente de decir, particularmente cuando comienzo alguna tarea: "Mi señor Jesús, expúlsame y colócate en mi lugar; que mi vida sea destruida y que tu vida sea la mía. Soy indigno de poseer el amor de Dios. Soy indigno del don de la observancia completa de mis deberes y de cumplir con mis obligaciones, pero ardientemente solicito este regalo, por la misericordia de Dios y los méritos de Jesús. Dios mío, soy indigno de tu misericordia y de tu gracia. Dios mío, tu voluntad sea la mía, tu vida la mía. María Santísima es la maestra de la vida interior; soy indigno de ella pero doy gracias a Dios Omnipotente porque me la ha dado para eso."

En el año 1837, cuando su labor apostólica había cobrado ya gran vuelo, anota lo siguiente en su Diario durante los ejercicios espirituales de ese año:

"Que toda mi vida sea destruida; la vida de Cristo y ella solamente sea mi vida. Que la vida de Cristo sea mi meditación y mi estudio; sea en mí el ornamento de la iglesia. La oración de Cristo sea mi oración, la palabra de Cristo, mi palabra; el amor de Cristo, mi amor; el amor de Cristo por María sea mi amor por ella."

La "Imitación" del Kempis, quizá el más grande de los libros escritos por mano humana, estaba siempre a su alcance; llevaba constantemente un ejemplar consigo. Cuando debía visitar prelados y grandes personajes y le tocaba hacer antesalas, sacaba su ejemplar del Kempis y quedaba absorto en él.

La dedicación de Vicente, su manifiesta capacidad para resolver los problemas de la vida interior y su espíritu de acatamiento a la superioridad le merecieron la plena confianza de ésta. Señal de ello fue su nombramiento en el año 1827 al cargo de director espiritual del Seminario Romano. Esto significaba que sobre sus espaldas recaía una parte muy importante de la responsabilidad por la formación del futuro clero de Roma, de cuyas filas surgirían los futuros párrocos de la ciudad, futuros obispos, nuncios, cardenales. ¡Quizá el Papa mismo! El seminario romano debía ser el modelo de todos los establecimientos de su tipo en el mundo.

Encaró su nuevo compromiso con una dedicación ejemplar. Varias veces por semana se constituía en el seminario, donde habían puesto un cuarto a su disposición y recibía a los seminaristas con gran paciencia, dándoles la impresión de que no escatimaba tiempo ni atención al atenderlos. Con mucha dulzura les enseñaba como resolver sus problemas y los animaba a enfrentar desde ya las dificultades múltiples que surgen en la vida del sacerdote, que está llamado a participar en la vida del mundo sin mezclarse en ella. Vicente consideraba que la formación seminarística se enriquece con las experiencias apostólicas y por eso animaba a los seminaristas para que dentro de sus posibilidades se ejercitaran en el apostolado activo. Esta práctica, que hoy es común en muchísimos seminarios de todo el mundo, no fue vista con ojos muy

benignos por el rector del establecimiento, pero el tiempo ha dado la razón a lo que parecía en su época una novedad de consecuencias incalculables. Trece años ejerció Vicente la dirección del Seminario Romano hasta que su salud quebrantada le obligó en el año 1840 a renunciar. La generación de clérigos que se había formado bajo su dirección continuó frecuentándole, en busca de sus consejos y su orientación, hasta su muerte.

El colegio de la Propaganda es otra de las grandes instituciones romanas dedicadas a la formación sacerdotal y misionera. El alumnado era reclutado (y lo es hasta el día de hoy) entre las naciones orientales, los pueblos de color y las naciones misioneras que proveen a la iglesia de candidatos para servirla en esas regiones remotas. En el año 1833 el director espiritual de este gran colegio pidió un ayudante porque su salud no le permitía desempeñar plenamente el puesto. Vicente Pallotti fue nombrado para suplirlo. De hecho, desde un principio asumió la función en pleno hasta que, dos años más tarde, el director se retiró formalmente y Pallotti fue nombrado en propiedad. Su espíritu obtuvo gran consuelo en cooperar a la formación de los futuros misioneros. Sin embargo, sería errado deducir que recién entonces llegó a interesarse por la obra de las misiones. La verdad es que desde su niñez sentía un profundo interés y admiración por la obra misionera y desde temprana edad comenzó a cooperar con ella.

Mientras desarrollaba todas estas actividades de carácter tan variado, comenzaron a circular versiones extrañas acerca de este modesto joven sacerdote, que cumplía con todos sus compromisos con tanta alacridad, siempre dispuesto a acometer cualquier empresa por difícil que pareciera; que tenía una capacidad de trabajo aparentemente ilimitada y quería pasar inadvertido; que no temía los reproches y los sarcasmos y hasta los recibía como si los hubiera merecido. Las personas que lo observaban de cerca llegaron a la conclusión de que dormía muy poco, pues pasaba gran parte de la noche en oración o escribiendo en su aposento. Los alumnos del Seminario Romano oyeron esta versión y se dieron cuenta por qué solía escuchar confesiones de rodillas y se ponía de pie o cambiaba de posición mientras salía uno y entraba otro: llegaron a la conclusión, muy acertada por cierto, de que estaba venciendo así el sueño. Otras cosas también se decían: que llamó a un joven que estaba haciendo ejercicios en la casa del Janículo y le instó a que se confesase inmediatamente. El joven quiso excusarse diciendo que habría tiempo más tarde, pero Pallotti insistió y el joven falleció inesperadamente esa misma noche; que un día en el confesionario, mientras atendía a una persona, pareció caer en sueño y se despertó después de largo rato: más tarde se supo que a esa misma hora había estado junto a un moribundo en un punto lejano de la ciudad; que cayó en un sopor en un momento dado del Cónclave en que fue elegido papa el Cardenal Capellari y recobrándose anunció que dicho cardenal en ese momento había sido elegido Papa, y el hecho fue confirmado una hora más tarde; que, caminando por las calles bajo intensísima lluvia,

su ropa no daba señales ni siquiera de humedad; que se había presentado inesperadamente, sin ser llamado, a lechos de moribundos a quienes luego ayudó a bien morir; que a veces daba consejos invocando conocimientos y comunicaciones sobrenaturales. Estas cosas y otras muchas se decían de él mientras transitaba por la urbe, corriendo de un trabajo apostólico a otro. Más tarde, cuando se abrió el proceso de beatificación, los testigos de todas estas cosas darían fe de lo visto y oído.

Vicente Pallotti tenía conciencia de ser el vehículo de comunicaciones sobrenaturales destinadas a ciertas personas, pues lo dice claramente en algunas de sus cartas. Sabía que algunas gracias singulares le habían sido ofrecidas, sabía que más de una vez Dios le había dado el conocimiento del futuro, sabía también que Dios estaba haciendo prodigios a través de su instrumentalidad. Esta clase de conocimientos pertenece a una categoría tremendamente grande y sólo puede ser aguantada por el ser humano si está acompañada por una profundísima humildad. He aquí un pasaje de su Diario de donde colegimos que pensaba Pallotti de sí mismo mientras se daba cuenta de ser un instrumento especial de la divinidad:

"¡Dios mío, en todas mis obras cuánto mal he hecho, cuánto bien he impedido, particularmente en el ejercicio de mi ministerio y en instrucciones tanto públicas como privadas! Tú solo lo sabes. Solamente contra ti he pecado y he hecho el mal ante tu cara. Dios mío. ¿Quién sabe cuántas almas no han avanzado por el camino de la perfección o se han perdido por mi culpa? Pero a pesar de todo, mi grande y casi inconcebible vanidad me decía y me inducía a creer que yo estaba haciendo el bien, y mejor que otros ¡Qué error, qué locura, qué falta de conocimiento! Dios mío, destruye toda mi vida pasada, presente y futura, y dame tu vida, la vida de tu Hijo encarnado unigénito y te ofrezco esta vida en lugar de la mía. Dios mío, soy un abismo de error, locura y miseria. Debo confesar que no me conozco bien ni a fondo y sin embargo mi propia estima, que siempre me ha dominado, me ha hecho creer que me conocía a mí mismo. ¡Qué error! ¡Dios mío, ayúdame! Lo que poseo no es virtud sino miseria. Yo soy el ser más pobre de la tierra en virtud; en miseria, soy ciertamente muy rico, desbordante ¡Mi Dios, mi misericordia!"

Más de un lector se asombrará por la severidad del lenguaje empleado por Pallotti al calificarse a sí mismo. ¿Cómo puede afirmar que es él el más miserable de las criaturas, cuando simultáneamente reconoce que es el vehículo de gracias extraordinarias y sabe que está luchando denodadamente por la virtud y contra el vicio? ¿No hay alguna insinceridad en todo este lenguaje? La respuesta a estas preguntas debe buscarse en la naturaleza de la santidad misma. Cuanto más cerca un ser humano se aproxima a Dios, tanto más agudamente se da cuenta de la distancia infinita entre Dios y el hombre y de la importancia que las imperfecciones mínimas juegan en separar al hombre de la divinidad, puesto que las aún más pequeñas imperfecciones impiden la anhelada unión perfecta con Dios. Por eso se ha observado de antiguo en las personas que caminan por el sendero de la santidad una gran

violencia de lenguaje en sus descripciones de los impedimentos con que tropiezan. Por eso Vicente Pallotti habló así.

Dos años antes de la fundación de la Sociedad del Apostolado Católico, Vicente compuso y publicó su primera obra: un tratado de 154 páginas dedicado a Nuestra Señora Reina de los Santos, distribuido en treinta lecturas, para ser leídas durante el mes de María por personas enclaustradas. Esta primicia de su pluma nos lleva a hablar de la naturaleza de su devoción hacia la Santísima Virgen.

En el contexto de la devoción mariana del pueblo itálico, el culto a la Virgen no ha aparecido nunca como un compartimiento separado de la vida interior de manera que el creyente deba hacer un esfuerzo para pasar de la contemplación de la Encarnación, por ejemplo, o de la Trinidad, a otro objeto no incluido, como podría ser la Santísima Virgen, algún santo, los ángeles. La Virgen, en el marco de la devoción itálica, está implícita en su Hijo y su Hijo está implícito en ella. Vicente Pallotti decía que sus imágenes preferidas de Nuestra Señora son aquellas en que lleva el niño en brazos "porque El es la razón de ella".

Dentro de este marco de pensamiento (encontramos muchas veces en sus escritos que sus referencias a la Madre de Dios son precedidas por una fórmula especial) dice que la Virgen Santísima es "su más que amadísima madre María". Cada vez que menciona el nombre de María sus palabras adquieren una viveza y un color especial; es que sugieren que estamos en presencia de un afecto y una ternura de espíritu muy singulares. Pero estos sentimientos, sin estar terminados en sí mismos, deben llevar rigurosamente al culto de Cristo:

"La devoción a la Santísima Virgen (escribe Pallotti durante sus Ejercicios para el subdiaconado) lleva en realidad a la imitación de su Hijo, y mientras aprendo de ella cómo amarla, promoveré por todos los medios a mi alcance la devoción a mí más que amadísima madre María."

Los títulos de la Virgen lo fascinaban. En sus oraciones los repasaba con gran fruición mental. En un período la invocaba preferentemente con el título de la Inmaculada; en otro, la llama la Reina; en otro, la Reina de los Santos; otras veces, la Madre del Divino Amor; otras, la Virgo Potens —la Virgen Poderosa- y, finalmente, la Reina de los Apóstoles, bajo cuya advocación colocó la Sociedad del Apostolado Católico.

"Cuando escribo o hablo de Nuestra Señora, particularmente durante la predicación, quiero dar a la Santísima Virgen los títulos más augustos. Yo soy indigno de amar a Nuestra Señora, pero por la misericordia de Dios y los méritos de Jesucristo deseo obtener la gracia de amarla y deseo amarla con el mismo amor que Dios tiene por ella."

Quizá el hecho más importante en la historia de la devoción de Vicente Pallotti por Nuestra Señora viene narrado en su diario, en fecha 31 de diciembre de 1832. Está relatando un hecho muy singular: nada menos que su experiencia de esa extraordinaria gracia que Dios confiere a ciertas almas, con relación a la Santísima Virgen, llamada por los escritores místicos con el nombre de Desposorio Místico. La expresión está fundada sobre la doctrina, tan firmemente sostenida y profundamente amada por todos los católicos, de que ningún ser humano ni angélico pudo ni podrá entrar en una relación tan íntima y estrecha con el Creador como lo logró la Santísima Virgen mientras aún estaba en esta tierra. Su mente estaba absorbida por la contemplación de la Divinidad; su voluntad estaba amalgamada con la voluntad divina en un tipo de unión superior a la unión misma entre cuerpo y alma; todo su ser estaba inundado por una abundancia de gracia mayor que la de cualquiera otra criatura. La doctrina del Desposorio Místico establece que en ciertos casos excepcionales Dios permite a algunos seres humanos entrar en una asociación estrechísima con la Santísima Virgen y gozar, a través de ella, de un anticipo de la unión beatífica.

Son estas las palabras con que Pallotti narra esta extraordinaria experiencia:

"El último día del año 1832, la gran Madre de Misericordia ha querido por un milagro de misericordia triunfar sobre la ingratitud y la inconcebible indignidad de este más desgraciado de todos sus súbditos, existentes y posibles, en el reino de la misericordia. Se ha dignado celebrar el Desposorio Espiritual con él y lo ha dotado de todas sus posesiones y le dado el conocimiento de su divino Hijo; y ella, siendo la esposa del Espíritu Santo, se encargó de transformarlo todo en el Espíritu Santo. ¡Qué misericordia de Jesús! Todo en provecho de este ser, el más desgraciado, indigno, sacrílego y pecador que haya jamás existido o que pueda jamás existir; el cual, sin embargo, sin demora escucha el pedido de la Madre. ¡Oh la misericordia de María, la Reina Inmaculada, que con tanta compasión es movida a orar, interceder y obtener auxilio para este último, desgraciado, ingrato, sacrílego pecador, el último de todos en su reino de la misericordia. El paraíso está lleno de las misericordias de María. ¡Cantaré las alabanzas del Señor para siempre! ¡Cantaré las alabanzas de María para siempre! ¡Mi Dios y mi todo."

La devoción mariana de Pallotti se conmemora en muchas estatuas e imágenes suyas, donde se le representa con una pequeña imagen de la Virgen llevada en la palma de la mano. La actitud corresponde a la historia. Era en ese entonces la práctica universal del pueblo besar la mano del sacerdote al saludarlo, pero Pallotti no se ajustaba de buena gana a la costumbre; mas no pudiendo impedir del todo que las personas se acercaran a besarle la mano, se había hecho fabricar un recipiente especial, dentro del cual iba incluido una imagen de Nuestra Señora, la cual alargaba a quienes querían besarle la mano, de suerte tal que besaban a la imagen en lugar de su mano.

Era muy asiduo en distribuir al pueblo imágenes de Nuestra Señora. Durante muchos años fue el cliente principal de un artesano que se ganaba la vida produciendo tales imágenes; a veces Pallotti compraba toda la producción. Consideraba que al distribuir estas imágenes, cumplía con uno de los imperativos del sacerdocio.

"Los eclesiásticos (escribe en su Diario) deben profesar, más que otros, una devoción especial a la Virgen, porque más que otros han aprendido las razones que hay para alabarla, y además porque su ministerio y carácter se asemejan al de ella, más que los demás. Más que otras personas, necesitan su intercesión. Mi Dios, soy indigno de la devoción perfecta a María Santísima, pero tú me la concedes por tu misericordia y por los méritos de Jesús y María."

CAPÍTULO III

**FUNDACIÓN DE LA SOCIEDAD DEL
APOSTOLADO CATÓLICO**

La ciudad de Roma tiene muchos títulos para su preeminencia entre los lugares del orbe; y no es el menor de ellos su situación de capital de la iglesia católica. Radicado en el centro de esta ciudad universal, Vicente Pallotti tenía oportunidad a diario para encontrarse con los misioneros que iban y venían de las avanzadas del catolicismo en las regiones remotas. Cobró así desde su juventud interés en los problemas de esos lugares donde se estaba desplegando la bandera del catolicismo. Vicente tenía además una elevada concepción del deber especial que incumbía al clero de Roma, del que formaba parte, en cuanto eran sacerdotes inmediatamente sujetos a la jurisdicción de un obispo que simultáneamente era el Pastor Universal, lo cual implicaba compromisos especiales para dicho clero.

¿Cómo podía ayudar a los misioneros? Comenzó con proveerles, cuando partían a misiones, con objetos de piedad: cuadros, medallas, escapularios y enseres para iglesia. Para adquirir estos objetos solía recurrir a sus amigos y de esta manera se originó una pequeña asociación, sin ningún carácter oficial, de cooperadores a la obra de las misiones; su alma y fuerza directriz era Vicente; a él acudían los misioneros y le presentaban las listas de cosas que necesitaban.

De su correspondencia y sus papeles deducimos que pudo socorrer a misioneros de muchísimos lugares. Sus cartas lo revelan buscando cuadros sagrados para la ciudad de Nueva York, breviarios y vasos sagrados para Filadelfia, planos para una iglesia de la Nueva Escocia, ayuda para los misioneros en Australia, recursos para Nueva Zelanda. Mandaba también objetos y ayuda financiera al Medio y al Extremo Oriente. Una beneficiación hecha a un misionero en el Medio Oriente está indisolublemente unida al origen de la Sociedad del Apostolado Católico.

Había un misionero en aquella parte del mundo que tenía necesidad de diez mil ejemplares de las "Máximas Eternas" de San Alfonso, redactadas en el idioma árabe. Este misionero escribió a Pallotti pidiéndole que hiciera la edición en Roma y pagara el gasto de ella. Cuatrocientos escudos romanos, o sea unos doscientos dólares en la moneda de hoy, se necesitaban para pagar todos los gastos. Este pedido llegó a Pallotti a principios del año 1835.

Pallotti tenía la costumbre de almacenar los objetos piadosos en su casa hasta que se presentaba la oportunidad de repartirlos, personalmente o por las manos de amigos. La casa había llegado a ser, en cierta forma, lugar de reunión de estos amigos de las misiones, que además de su preocupación por la obra misional se interesaban también por el panorama religioso local. Algunos de ellos eran sacerdotes, otros, laicos. Los sacerdotes cooperaban con Vicente Pallotti en las obras inmediatas de apostolado

que él les señalaba: enseñanza de catecismo donde hacía falta, predicación de sermones y conferencias, confesiones; los laicos daban recursos y servicios personales, cada uno en la medida que sus propios compromisos se lo permitían. Este grupo estaba unido entre sí por el deseo de hacer el bien de una manera eficiente y uniforme y por su amistad y veneración por el padre Pallotti. Todo estaba colocado sobre la base de la libre voluntad; el grupo no tenía nombre ni reconocimiento por autoridad alguna.

A esta altura de los acontecimientos se produjo otro hecho extraordinario en su vida interior que él mismo relata con gran sencillez en su Diario:

"Mi Dios, mi misericordia, en tu infinita misericordia tú me encargas la tarea de promover, establecer, propagar, perfeccionar y perpetuar (según los designios de tu Sagrado Corazón) lo siguiente:

1. La creación de un apostolado universal entre todos los católicos para la propagación de la fe y la religión cristiana entre los infieles y no católicos.
2. Otro apostolado para la revivificación, preservación y aumento de la fe entre los católicos.
3. Una institución de universal caridad para el ejercicio de todas las obras de misericordia, tanto corporales cuanto espirituales, para que el conocimiento de tí, que eres la Caridad misma, sea difundido lo más largamente posible. Dios mío, en tu presencia, ahora y siempre, ante la corte del cielo, ante todas las criaturas pasadas, presentes y futuras confieso que si hasta ahora no se haya hecho esta institución, la culpa es mía, porque tú no habrías negado la gracia si yo me hubiera preparado a ella. A pesar de mi falta de las disposiciones necesarias, quizás mayor que nunca, confío, más, sé por cierto, que el momento ha llegado para que tu misericordia triunfe sobre mi carencia de disposición e indignidad. Mi Dios, misericordia y gracia."

Esto sucedía el 9 de enero de 1835. Las palabras empleadas por Vicente Pallotti para describir cómo llegó a esta profundización de su vocación dan la clara impresión de que estamos en presencia de una nueva y singular gracia. "Tú me encargas ---dice---; confío, más, sé por cierto".

Al mismo tiempo llegaba el pedido del misionero en el Medio Oriente, para la edición árabe de las "Máximas". En la Providencia de Dios, los dos acontecimientos, uno externo y en el orden prudencial de las cosas, el otro interno y en el orden de la gracia, se presentan juntos.

Un año antes de suceder todo esto, Vicente Pallotti entraba un día en el negocio de un comerciante romano, llamado Salvati, para el cual era desconocido; el comerciante no estaba en casa y entonces Vicente se dirigió a su esposa, que estaba encargada del negocio en su ausencia.

"¿Ustedes me han llamado?",

La señora contestó negativamente, y luego se informó que el visitante se llamaba Pallotti, de quien había oído hablar con gran respeto, y quedó muy impresionada por la inesperada visita. La hija mayor de los esposos Salvati estaba enferma en la casa y su

estado despertaba serias preocupaciones, hasta el punto que el médico que la atendía les había advertido que podría suceder lo peor. La madre rogó a Vicente Pallotti que hiciera una visita a la niña enferma, pero éste se excusó, asegurando a la afligida madre que su hija se repondría sin más. En pocas horas la enfermedad desapareció por completo y el médico de cabecera no titubeó en pronunciar la palabra milagro.

Desde ese momento en adelante la familia Salvati se convirtió en la colaboradora más asidua y fiel de Pallotti. Cuando Vicente decidió emprender la edición árabe del libro de San Alfonso y se enteró de la suma necesaria para costearla fue a visitar a Salvati y le rogó que recolectara el dinero, un poco acá y otro poco allá. Salvati aceptó el encargo, pero con visible resquemor; al último momento, cuando estaba por emprender las visitas de puerta en puerta, su valor flaqueó y fue a visitarlo a Pallotti para explicarle que no se sentía con ánimo para cumplir la tarea. Vicente no aceptó ninguna excusa y ante su insistencia Salvati resolvió seguir adelante, pero pidió que se le diera siquiera una tarjeta explicando cuál era la misión y quién se la encomendaba. "Deme un papel para que la gente pueda ver que es en su nombre que hago el pedido". Pallotti rechazó sin embargo este pedido, que parece tan razonable, diciéndole: "Pida en nombre de Jesús Crucificado".

Así lo hizo Salvati y comprobó con asombro que la gente daba con mucha liberalidad; en poco tiempo había reunido una suma de dinero que superaba con creces la cantidad necesaria.

El producto de esta colecta y su superávit de mostraron que ya se imponía la creación de un organismo para hacerse responsable de cuanto se hacía, ya que el dinero había sido suscrito por muchas personas y la responsabilidad directa no recaía sobre ninguno en particular. Se imponía la creación de una sociedad que asumiera la responsabilidad.

"En el año 1835 (escribe Vicente Pallotti) algunas personas en Roma, movidas por la caridad cristiana deseaban imprimir 'Las Máximas Eternas' de San Alfonso en el idioma árabe para el provecho espiritual de las católicos de esta lengua en el Oriente. A este efecto un sacerdote romano animó a un celoso laico a recolectar limosnas para realizar este trabajo y al final de una horas reunió una considerable suma, con gran sorpresa suya. En vista del resultado y para evitar que la buena obra quedara expuesta a críticas infundadas, se juzgó conveniente crear una Pía Sociedad que tendría como objeto, en el presente estado de necesidad de la Iglesia, el promover la multiplicación de los medios temporales y espirituales, tendientes a hacer revivir la fe y encender de nuevo la llama de la caridad entre los católicos y la propagación de estas virtudes por todo el mundo. No se pensaba crear una nueva organización en la Iglesia, sino más bien dar nueva vida a las ya existentes. Para tener éxito, era menester superar las barreras que dividían a los dos cleros, secular y regular, e inspirar en ambos el espíritu de la emulación en la caridad y en el celo, para que emprendan las obras del ministerio con mayor entusiasmo y con métodos modernos, movidos por la generosidad y humildad verdadera, para la mayor gloria de Dios y salvación de las almas."

Pasa luego Vicente, en el mismo documento, a declarar que se proponía también alistar a los laicos de ambos sexos en la obra, para que contribuyeran a ella según sus posibilidades. Esta unión del clero y los laicos, para una finalidad apostólica, sería organizada y dirigida por una comunidad de sacerdotes que vivirían en común, cuya obra específica sería la difusión de esta organización por todo el mundo. Este cuerpo sacerdotal, la Congregación como la llamaría más tarde Pallotti, serviría como un puente entre ambos cleros. La Pía Unión tendría como título: "La Pía Unión del Apostolado Católico, bajo el patrocinio de Nuestra Señora Reina de los Apóstoles". La parte directiva adquirió con el pasar del tiempo el título: "Congregación de Sacerdotes del Apostolado Católico".

Para situar este plan de Vicente Pallotti en su marco histórico, debe hacerse una observación preliminar: había en Roma en esa época una cantidad grande de organizaciones piadosas y apostólicas -Pallotti mismo, como se ha visto ya, pertenecía a muchas y se daba a ellas con entusiasmo-, escuelas, hospitales, centros para jóvenes, para seminaristas, para el clero. Muchas de ellas eran "Pías Uniones", es decir, organizaciones dedicadas a alguna finalidad religiosa que habían recibido el reconocimiento eclesiástico, sin que sus reglamentos exigieran que los miembros cambiasen de estado por el hecho de su incorporación; el sacerdote secular o regular, miembro de una Pía Unión, continuaba con sus propios compromisos anteriormente aceptados; el laico con los suyos.

La población de Roma no era a la sazón muy grande. Al comienzo del siglo XIX era de 153.000 y en el momento culminante de la dominación napoleónica en 1813 se había reducido a 117.000. Después de esa fecha comenzó a crecer lentamente. En 1857 alcanzaba la cifra de 178.000. Hoy supera a los dos millones. Durante la vida de Vicente Pallotti el porcentaje de personas eclesiásticas y religiosas en Roma, incluidas las mujeres, oscilaba alrededor del tres por ciento. Cincuenta años antes había sido un cinco por ciento. Estos porcentajes nos llaman hoy la atención por lo elevados. Al estimarlos debe tomarse en cuenta que la ciudad de Roma es sede de la administración central de la iglesia, sitio también de la inmensa mayoría de las curias generalicias de las órdenes y congregaciones religiosas, sede asimismo de grandes y famosas basílicas, de muchas espléndidas iglesias y de importantes seminarios e institutos de altos estudios eclesiásticos, y que todas estas instituciones siempre han exigido un elevado personal eclesiástico para su debida atención.

Debemos, por lo tanto, tomar en cuenta cuando queremos formarnos una idea del plan de Pallotti que en la ciudad había un número grande de sacerdotes y religiosos formando parte de la población estable de la ciudad de Roma, y que la mayoría de ellos estaba ocupada en funciones institucionalizadas, basadas en costumbres y tradiciones que se venían heredando desde siglos. El fermento que se venía apoderando de la población civil, entre la cual vivían, afectaba poco al clero: ese fermento compuesto de

tantos elementos, incluido el anticlericalismo, la irreligión y el odio ciego hacia lo sobrenatural, que caracterizaba la propaganda de las sociedades secretas, activísimas en aquellos tiempos. Otro elemento, en este fermento, estaba dado por los restos del jansenismo que se habían filtrado en Italia y habían llegado hasta Roma misma. El jansenismo es una herejía cuyo contenido ha sufrido un proceso de minimización; para mucha gente ya no significa si no una exagerada teoría ascética, una actitud rigorista frente a la Comunión Frecuente y una opinión desfavorable de las posibilidades de salvación de las masas. Pero en realidad el jansenismo era una doctrina mucho más profunda y más completa, pues tenía su teoría propia sobre el gobierno de la Iglesia. Reclamaban los jansenistas para las iglesias locales una autonomía casi total frente a la Sede Apostólica y procuraban por todos los medios destruir el prestigio del clero regular, el cual, según ellos, debía ser excluido por completo del ministerio pastoral. Vicente Pallotti luchó denodadamente contra estos restos de jansenismo. Al fundar su Sociedad del Apostolado Católico la colocó bajo la dependencia inmediata del Sumo Pontífice; fue también un gran apóstol de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, en la cual los jansenistas notoriamente hacían hincapié. La insistencia de Pallotti en la cooperación de ambos cleros en el apostolado señala también su repudio, tanto en la teoría como en la práctica, de la posición jansenista en esta materia.

Una primera medida tomada por Vicente Pallotti, después de la experiencia mística del 9 de enero de 1835, cuyos pormenores hemos relatado más arriba, fue el llamar a sus colaboradores y confeccionar una lista de quienes estaban dispuestos a secundar la nueva faz de la obra. El primer nombre en esta lista es el de su director; segundo, el de Vicente Pallotti; siguen trece nombres más, algunos de laicos. Dos de los sacerdotes en la lista eran miembros de ritos orientales.

El paso subsiguiente fue conseguir la aprobación eclesiástica para la nueva organización, sin la cual no podía tener existencia real. Se preparó y se presentó un documento al Cardenal Vicario de Roma, es decir, al prelado encargado por el Sumo Pontífice del gobierno de la diócesis de Roma. El cargo estaba ocupado entonces por el Cardenal Odescalchi, un santo prelado que poco tiempo después renunció al cardenalato e ingresó en la Compañía de Jesús, donde murió con fama de santidad. El Cardenal Odescalchi, con fecha 4 de abril de 1835, aprobó la nueva sociedad, que se colocaba bajo el patrocinio de la Reina de los Apóstoles y proponía darse el título de "El Apostolado Católico". Inmediatamente se hizo una publicación donde se daba noticia de la constitución de la sociedad y se explicaba al pueblo su finalidad, en estos términos:

"Esta asociación, por medio de la acción evangélica, las oraciones, las limosnas, no sólo de quienes forman parte de ella, sino también de quienes deseen contribuir por una sola vez, procurará despertar la fe y la piedad de los creyentes y multiplicar los medios de preservar y propagar la religión católica."

Nótese la frase: "acción evangélica"; suena a moderno. En nuestra época estamos familiarizados con esta palabra "acción", aplicada a los movimientos organizados para establecer el tipo ideal de sociedad humana. Con el título "Acción Católica" se ha difundido por todo el mundo. Estamos también habituados a hablar de "activistas", tanto en el campo católico como en otros muy lejos de él. Pero en los días de Pallotti la palabra "acción" apenas se escuchaba en este sentido. Puede que él sea el primero que así la usó.

Unos meses más tarde Vicente Pallotti se presentó al Sumo Pontífice en persona y le entregó un petitorio para la aprobación de la Sociedad, cuyo título categórico se describe así: "La Pía Unión del Apostolado Católico, fundada en Roma bajo el patrocinio de la Reina de los Apóstoles". Y el Sumo Pontífice estampa su firma al pie del documento, y agrega estas palabras: "Su Santidad concede mil bendiciones a la Sociedad del Apostolado Católico y a todas las obras de celo y de piedad que la Sociedad emprenderá". Este documento lleva la fecha del 11 de julio del año 1835.

En posesión ya de los detalles de la fundación de la Sociedad, retrocedamos un poco en el orden del tiempo para tomar conocimiento de otro hecho en la vida de Pallotti que tuvo mucha gravitación en el desarrollo de la Sociedad. Este hecho fue su nombramiento de rector de la iglesia del Espíritu Santo, situada en la Via Giulia, en el corazón de la Roma antigua.

Tres años después de su ordenación sacerdotal, Vicente Pallotti estampaba en su Diario este voto:

"No aceptar dignidades; dejar tales cosas en manos de mi director espiritual, y por consiguiente, no aceptarlas nunca sin su permiso y consentimiento absoluto."

En dos oportunidades los superiores le habían ofrecido cargos de dignidad a Pallotti. La primera vez fue en 1829, cuando se le brindó una canonjía en el cabildo colegiado de Nuestra Señora de los Mártires -iglesia mejor conocida por su nombre vulgar de "El Panteón"- Vicente declinó el ofrecimiento. La segunda vez fue en 1833 cuando el Cardenal Vicario le ofreció el puesto de cura párroco de la hermosísima iglesia de San Marcos, que forma parte del conjunto del célebre Palacio de Venecia. También es ta vez declinó el ofrecimiento. Podemos estar seguros de que en ambos casos obraba con el acuerdo pleno de su director espiritual.

En el año 1834 se le hace un tercer ofrecimiento. La iglesia del Espíritu Santo fue erigida en el siglo XVI para los habitantes del reino de Nápoles residentes en Roma: pertenecía por lo tanto a la categoría de las iglesias nacionales, de las cuales existían varias en la urbe: los franceses, los florentinos, los habitantes de Lucca, los loreneses, los españoles, todos poseían sus iglesias nacionales. En muchos casos los nombramientos para puestos en dichas iglesias estaban en manos de los soberanos de

las respectivas naciones. Esto sucedía en el caso de la iglesia del Espíritu Santo, de los napolitanos; el rey de aquel estado (absorbido ahora por la Italia Unida) nombraba no sólo el rector de la iglesia y los capellanes, sino también los sacristanes y la servidumbre. En el caso de los puestos eclesiásticos, era costumbre escuchar la opinión y, a veces, aceptar la propuesta de la autoridad eclesiástica de la urbe.

La iglesia del Espíritu Santo estaba situada en una parte muy populosa de la ciudad; tenía una buena dotación con varios sacerdotes a su servicio y numerosa servidumbre. Sin embargo la autoridad eclesiástica venía observando desde tiempo atrás que la atmósfera espiritual que rodeaba la iglesia dejaba bastante que desear. Los clérigos no veían con buenos ojos la concurrencia de gente a la iglesia, porque esto interfería la libre disposición de su tiempo; la servidumbre, tampoco, porque la concurrencia de gente implicaba tener que preocuparse del aseo del edificio, lo que llevaría al desperdicio de ocios que podrían ser empleados más placenteramente en otras cosas. Decididamente la iglesia del Espíritu Santo estaba en franca decadencia. El Cardenal Vicario resolvió infundirle nueva vida y pensó en Vicente Pallotti para el cargo. No se puede dudar que su aceptación estuvo condicionada a la consulta con el director espiritual y a su consentimiento.

El rectorado de la iglesia del Espíritu Santo le brindaba un campo de apostolado similar al que había cultivado durante tantos años: una iglesia que necesitaba una nueva inyección de vida, que debía ser "revivificada". La visión de una sociedad dedicada a hacer revivir la fe estaría ya en su mente, pero la posibilidad concreta de crear una comunidad con esa finalidad definida no se dejaba ver. A esta altura le ofrecen una iglesia, grande y bella, con amplios aposentos en la rectoría. Parecía que la Providencia concatenaba las cosas.

El Diario de Vicente Pallotti para el período 1832-1836 es nuestra fuente principal acerca de las gracias extraordinarias que Dios le concedió en esta época de su vida: el Desposorio Místico, la certeza de su vocación para fundar la Sociedad del Apostolado Católico. Menciona otras gracias, sin describirlas: "las innumerables e inconcebibles misericordias que me has hecho". Dios le ha hecho muchas y grandes mercedes. El día 9 de enero de 1835, el día decisivo de su vida interior, Pallotti pide dos favores adicionales:

"Dios mio, creo ciertamente que tus misericordias no han sido obreviadas; creo que en realidad comienzan ahora. La primera prueba de tu misericordia que anhelo es que haya entre tus criaturas una persona que, poseída de tu espíritu, me veje, me castigue y me humille para frenar mis bajas pasiones, particularmente mi soberbia... Otra misericordia que solicito es que a través de sufrimientos, tormentos y martirios sin fin y sin medida y número, me entregues todo cuanto sea necesario para destruir todo el pecado y todo el mal que haya existido y que pueda existir en el mundo y que yo pueda promover todo bien, en todo el mundo, ahora y siempre."

Había ya mucha penitencia y mucha mortificación voluntaria en la vida de Vicente Pallotti, pero en este momento crucial de su existencia considera que no es suficiente. Desea ardientemente que Dios aumente su caudal de sufrimientos, mediante la operación de un agente que sea independiente de su propia voluntad.

¡La historia de su tenencia de la iglesia del Espíritu Santo y la primera década de la existencia de la Sociedad del Apostolado Católico demostraron que este ruego fue escuchado por Dios!

La presencia de Pallotti en la iglesia del Espíritu Santo significó que muchas personas comenzaron de pronto a frecuentar la iglesia, que había estado prácticamente desierta. Venía la gente para confesarse y para recibir dirección espiritual, para participar en las novenas y los ejercicios piadosos. Venían a asistir a la misa y a recibir la comunión. Venían para recibir limosnas o para darlas; para obtener recomendaciones, para colocar niños en colegios y asilos; para verlo a Vicente officiar; para rezar junto a él. Casi de golpe la iglesia se convirtió en una colmena de actividad. Esto no era del agrado del clero y de la servidumbre del régimen anterior, pues su tranquilidad, su reposo y su indolencia estaban seriamente amenazadas. Primero se expresaron con lamentaciones y luego con contramedidas; pero no llegaron a extremos hasta que Vicente se instaló en los aposentos que como rector le correspondían en la casa rectoral. Fue a vivir allí en el año 1837, poco después de la muerte de su padre.

¿Qué pretendían estos tiranuelos domésticos? Primero, quisieron prohibirle que escuchara confesiones por la tarde, y luego que celebrara cultos vespertinos. Para imponer su voluntad dispusieron que la iglesia quedara clausurada todas las tardes; removieron los confesionarios del templo. A veces estando Vicente ya revestido para celebrar la misa, le cerraban el paso y tenía que aguardar; otras veces escondían el agua y el vino para el Sacrificio; manipulaban los cirios de la misa de tal manera que se extinguían durante la misa y el celebrante debía esperar hasta que los reemplazaran. Se posesionaron de las llaves de la iglesia y de la casa rectoral e insistieron en que debía pagarles un alquiler por el uso de lo que en derecho le correspondía. En un momento un sirviente enardecido lo golpeó; luego hicieron una tentativa de expulsarlo lisa y llanamente. Uno de los colaboradores de Vicente no aguantó más esta persecución; sin la anuencia de Pallotti se presentó a un cardenal, el cual llevó el asunto en consulta al Sumo Pontífice. Por orden del Papa hubo una intervención de la Secretaría de Estado ante el gobierno de Nápoles, cuyo resultado fue una orden terminante a los servidores de la iglesia que dejaran inmediatamente de molestar al padre Pallotti. Los observadores de los hechos notaron que Pallotti no se quejó nunca, ni tomó contramedidas, ni se dio por aludido en lo más mínimo ante los insultos y hasta de los golpes que le propinaban. Cuando se practicaba la investigación ordenada por la Corte de Nápoles, una sola palabra de Vicente habría sido suficiente para que la conjura fuera destruida con la expulsión de los culpables, pero esa palabra no fue pronunciada.

Algunos años después de la muerte de Vicente, cuando el proceso de su beatificación ya estaba abierto, uno de los protagonistas entre los perseguidores se presentó a declarar.

"Siento en mi interior devoción y veneración por el siervo de Dios Vicente Pallotti, porque fui testigo de su virtud, particularmente de su caridad y de su mansedumbre... Puedo certificar que durante el período en que fue Rector (de la Iglesia del Espíritu Santo) todo estaba en perfecto orden. Observé en él humildad y espíritu de sacrificio. Los sacerdotes de su comunidad no sólo no me molestaron a mí y a los otros sacerdotes napolitanos adictos a la iglesia, sino que en honor de la verdad debo declarar que los sacerdotes napolitanos molestaron al Siervo de Dios... Lo he visto en medio de las tribulaciones, conservando la tranquilidad de espíritu y sujetándose a lo que Dios dispusiera. Era exacto, prudente; diligente y circunspecto en su manera de actuar... Debo también declarar que nunca dio motivo para que lo insultaran. Observé que siempre me trataba con el mayor respeto..."

La primera investigación practicada por la Corte de Nápoles no había sido suficientemente exhaustiva.

Después de la muerte de Vicente se debió practicar otra y esta vez se supo toda la verdad. Los administradores de las temporalidades de la iglesia (renglón en el cual Vicente no tenía ninguna participación por los términos de su nombramiento) habían malversado parte de los capitales del templo y fueron todos exonerados.

Sin embargo los discípulos de Pallotti miran con simpatía a esta iglesia y su casa rectoral, a pesar de la prolongada persecución que su fundador tuvo que sufrir en ella. Allí nació la comunidad; allí constituyó la casa de formación para misioneros; bajo esos techos Pallotti vivió durante ocho años; en esa iglesia ejerció su ministerio fructuoso; allí salvó a muchas almas.

La casa de formación para misioneros que Vicente instaló en los aposentos de la casa rectoral del Espíritu Santo obedecía a una necesidad de orden práctico que se sumaba a su deseo de realizar un alto ideal. El gran colegio de la Propaganda, donde fue director espiritual durante varios años, no podía por sus estatutos admitir a candidatos italianos que quisieran servir en las misiones. Vicente Pallotti consideraba que debía crearse un establecimiento en la ciudad de Roma donde pudieran recibirse aspirantes italianos que adquirirían así "el espíritu romano", tan rico en expresión litúrgica y en devoción popular. Quiso que la Sociedad del Apostolado Católico tomara la iniciativa en la fundación de un tal establecimiento. En el año 1838 formuló su idea en el siguiente proyecto;

"El supremo apostolado católico ha sido comunicado por Nuestro Señor al romano pontífice...

Para que cualquier misión tenga éxito es necesario que el Papa, como el Apóstol supremo, imparta una misión legítima al candidato a misionero. Para prepararse a una obra tan noble e importante deberán concurrir a algún colegio bien ordenado donde puedan adquirir la doctrina y

el espíritu necesarios para cumplir con una vocación tan excelsa. Así, imbuídos de las doctrinas de la cátedra de Pedro y de los sumos pontífices, podrán llevar al mundo entero los tesoros de la iglesia romana, católica y apostólica."

La congregación de la Propaganda Fide, bajo cuya jurisdicción eventualmente pasarían los misioneros, acato la propuesta con benignidad, pero puso como requisito previo que el colegio fuera dotado antes de comenzar a actuar. Vicente Pallotti no estaba en situación de ocuparse en reunir fondos en ese momento para una tal dotación, porque estaba empeñado ya en el sostén de dos establecimientos de caridad que había fundado en la Ciudad Eterna. Sin embargo quiso dar principio al colegio de misioneros, poniendo a su disposición sus aposentos en la iglesia rectoral y contribuyendo de su peculio a sostener a los candidatos. Finalmente la falta de recursos lo obligó a buscar otra solución al problema, pero no abandonó nunca la idea directiva.

Sus ansias misionales lo llevaron a tomar parte en la fundación de tres grandes sociedades apostólicas que han producido espléndidos resultados en el campo misional. La primera de ellas es la congregación sublacense de la orden benedictina, que fue organizada por el abad Pedro Casaretto, el cual en el año 1845 pasó una larga temporada en Roma, ocupado en los pormenores de su fundación. Estando allí, buscó y obtuvo el privilegio de ser dirigido en lo espiritual por Pallotti. El abad refiere esto en su declaración ante el tribunal del proceso de la beatificación de Pallotti:

"En el mes de julio del año 1846 obtuve permiso de la congregación de la Propaganda Fide para fundar un seminario monástico para las misiones en la abadía de San Julián, obligándonos a preparar a los monjes jóvenes en la observancia de la regla primitiva de San Benito y al mismo tiempo prepararlos para el ministerio de las misiones apostólicas. Fuí animado a emprender esta santa obra por mi buen director, Vicente Pallotti..."

La congregación sublacense benedictina (que se llamó, en un primer momento la congregación de la Primitiva Observancia) ha tenido una gloriosa historia misionera en la Iglesia. En la actualidad sus abadías se hallan diseminadas por todos los continentes, donde los buenos monjes alaban a Dios según las reglas del patriarca San Benito y se esfuerzan en el ministerio apostólico de la conversión de los paganos.

La segunda institución misionera cuyo origen está vinculada con Vicente Pallotti es la Sociedad de las Misiones Extranjeras de Milán. Apenas abiertas las puertas del pequeño establecimiento misionero de Vicente en la iglesia del Espíritu Santo en Roma, ingresó un joven sacerdote milanés, el Pbro. José Marinoni. Este sacerdote pasó varios años al lado de Pallotti, se empapó en su espíritu apostólico y misionero y volviendo a su región natal fundó con varios compañeros la sociedad misionera de Milán.

Un sacerdote irlandés, el Pbro. Juan Hand, quiso fundar en la ciudad de Dublín, Irlanda, un colegio para la formación de misioneros irlandeses, los cuales se dedicarían con preferencia a propagar la religión en las colonias británicas y en los países de habla inglesa. El Pbro. Hand llevó su iniciativa a Roma y entre los que le ayudaron a llevar adelante la empresa estaba el padre Pallotti. La fundación del padre Hand, que se llama el Colegio de Todos los Santos, ha dado varios miles de sacerdotes a la Iglesia en sus ciento veinte años de existencia.

El influjo perdurable de Vicente Pallotti llevó a la formación de toda una congregación misionera en Inglaterra, que también ha dado miles de misioneros a la iglesia. Es la Congregación de San José para las misiones extranjeras, comúnmente llamada "la Sociedad de Millhill", por el lugar donde su casa principal está ubicada en las cercanías de Londres. Su historia es la siguiente:

En el año 1860 el célebre Cardenal Wiseman presidía la iglesia católica en Inglaterra. El secretario del prelado era un sacerdote llamado Vaughan (que un día llegaría también él a presidir la iglesia católica en Inglaterra y a vestir la púrpura). El padre Vaughan se sentía con vocación misionera y alimentaba secretamente la esperanza de poder fundar un instituto entre sus connacionales, pero tal era la necesidad de clero en su propio país que no se atrevía a proponer un proyecto que distraería sacerdotes de la labor local. Un día, sin embargo, aprovechando un viaje que realizó en compañía del Cardenal, se aventuró a mover el tema.

"Le pregunté si sentía interés por las misiones. Pues sí me contestó. "¿Pero por qué me lo pregunta?" Yo le respondí: "Tengo una idea en mi mente, pero temo decírsela... Creo que este país debiera hacer algo por las misiones..." "Pues le voy a contar una cosa" me respondió "que hasta ahora no he contado a nadie, pero creo que el momento ha llegado. Estando yo en Roma antes de mi consagración episcopal, tuve graves angustias de conciencia y visité a un hombre con fama de santidad, el padre Pallotti, muerto ahora y declarado Venerable. Me hizo sentar frente a él, delante de una mesa cuyo único ornamento era un crucifijo. Luego que le abrí mi corazón y le conté mis dificultades, se arrodilló y después de rezar por unos momentos me dijo:

"Monseñor, Ud no conocerá la paz que anhela hasta que ud no establezca un colegio en Inglaterra para las misiones extranjeras." Estas palabras cayeron sobre mí como un rayo... Yo no tenía en ese momento interés por las misiones extranjeras... Resolví sin embargo establecer una obra en Inglaterra y por varias razones no pude emprender la tarea... y resolví esperar hasta que la persona que pudiera hacerlo se me presentara, sin dejar de rezar todos los días para conocer la voluntad de Dios y el momento de su ejecución. Ud. es el primero que se ha presentado... Ahora veo que Dios ha escuchado mis oraciones y que la obra viene de Él."

La fundación de la Sociedad del Apostolado Católico provocó gran alegría entre los discípulos y amigos de Vicente. La obra parecía destinada a extenderse rápidamente. Pero recordemos que Vicente había pedido al Señor que le mandara tribulaciones y en particular tribulaciones que partieran de personas "animadas del

espíritu de Dios". La oración de Vicente estaba impregnada de una sencillez profunda y admirable. La contradicción y la persecución de los malvados es comprensible, y por eso mismo, más fácil de soportar, porque está en la lógica común del proceder humano que los malos traten de obstaculizar a los buenos. No hay en ello ninguna *señal* descifrable. Pero la persecución de los buenos por los buenos es otra cosa, pues en tales casos estamos en presencia de una permisión divina de otro carácter; puede ser una *señal*, máxime si un espíritu selecto como Vicente Pallotti la ha implorado vivamente. ¡Por cierto, no faltó esta *señal* en los comienzos de la Sociedad del Apostolado Católico!

Algunas personas altamente colocadas comenzaron por objetar el título de la Sociedad, pese a que el Cardenal Vicario y el Sumo Pontífice lo habían aprobado. Alegaban estos personajes que ninguna institución tenía el derecho de arrogarse el apostolado *católico* pues éste no puede ser la prerrogativa de ninguna institución que no sea la Iglesia misma. ¿Quiénes son Pallotti y sus amigos para reclamar para sí el apostolado de la Iglesia, como si fuera su prerrogativa exclusiva? Tendrían por cierto toda la razón del mundo si Pallotti hubiera hecho un tal reclamo frente a la iglesia universal. La habrían tenido también, si Pallotti hubiera reclamado para sí la totalidad del apostolado en cualquier parroquia o diócesis. Pero al llamar a su obra "El Apostolado Católico" Vicente Pallotti no pretendía arrogarse la totalidad del apostolado de la Iglesia, como San Ignacio no había pretendido establecer para su fundación un título exclusivo a la persona de nuestro Señor cuando llamó a su compañía con el título "la Sociedad de Jesús". Vicente explica en estos términos cuál era el criterio que le guiaba en la elección del título:

"La Sociedad se llama "El Apostolado Católico", no porque pretenda poseer el Apostolado Católico, es decir, la Misión Católica de la verdadera Iglesia de Cristo, sino porque venera a este apostolado, lo respeta y lo ama y desea que todos cooperen en él; en el mismo sentido en que otras piadosas instituciones dicensen pertenecer a algún santo, o a Jesús, o al Redentor, no porque se quiera afirmar que las tales instituciones tengan un título exclusivo al Santo a quien están dedicadas, o a la persona del Señor o del Redentor, sino porque han sido instituidas en honor de Nuestro Señor o del Redentor, o del Santo.

La Sociedad del Apostolado Católico ha sido fundada para estimular a toda clase de personas, en todas partes, a contribuir en todas las maneras posibles a hacer revivir la fe y la caridad entre cristianos y para propagar estos valores religiosos entre los infieles."

Pero una vez que un equívoco ha surgido y algunas personas de responsabilidad lo han compartido, no es tan fácil hacerlos volver atrás. Cuando el equívoco corre sólo de boca en boca y no ofrece un blanco fijo, las personas interesadas en aclararlo se ven obligadas no sólo a dar sus justas explicaciones, sino también a individualizar a los portavoces para que las aclaraciones no se diluyan. El error tiene que ser rastreado hasta llegar a sus originadores; cosa siempre muy difícil, a

veces imposible. En cierto momento pareció que el título tendría que ser sacrificado, tan potente era la oposición nebulosa y ambiental. La prudencia lo movió a Vicente y sus colaboradores a usar preferentemente el título secundario de la Sociedad: "bajo el patrocinio de la Reina de los Apóstoles", toda vez que la utilización del otro título pudiera exasperar a los opositores.

La discusión ha sido aclarada por la marcha del tiempo. Hace varias décadas que la Iglesia está servida por una organización cuyo nombre es "Acción Católica"; esta organización ha sido aprobada, bendecida, oficializada por varios Sumos Pontífices y por los obispos del mundo católico y nadie hoy en día se atrevería a afirmar que la Acción Católica ha reemplazado, ni siquiera intencionalmente, los esfuerzos (es decir, la "acción") de las otras organizaciones católicas que la precedieron, o que han sido creadas anteriormente.

El título secundario de la organización creada por Vicente Pallotti merece ser estudiado cuidadosamente por quienes deseen conocer el espíritu y la finalidad de su fundación. Por de pronto, sería un error llegar a la conclusión que este título secundario fue elegido para satisfacer un impulso devocional, como sucede por lo común cuando se elige la designación de una iglesia o de un altar. Vicente Pallotti tenía, como hemos visto arriba, un afecto especial por los títulos de la Madre de Dios. "Quiero darle -decía- los más augustos títulos". Pero este título "Reina de los Apóstoles" no aparece en sus escritos hasta después de la creación de la Sociedad. Debe tomarse también en cuenta que en el orden establecido en su Diario, el relato de la experiencia mística del Desposorio Espiritual es seguido inmediatamente por el relato de la experiencia mística que envolvió la revelación divina inspirándole a fundar la Sociedad del Apostolado Católico. Sólo a partir de ese momento comienza a invocar a la Reina de los Apóstoles. La invocación pasa a ser el símbolo de la unión entre las dos experiencias.

Para sus discípulos, la invocación misma tiene un significado todavía más profundo, porque reúne en una fórmula la concepción pallottiana de María como Reina y la naturaleza apostólica del ideal que la Sociedad propone a sus miembros. Este ideal está concretamente expresado en la gran oración que Vicente compuso para la recitación, no sólo de los miembros de su comunidad, sino también de todos los asociados a su obra. En esta oración, que está dirigida a la Reina de los Apóstoles, se pide que Nuestra Señora obtenga la gracia del Apostolado para todos los miembros y asociados, y los méritos de las obras hechas y por hacer se ofrezcan a Dios por medio de Nuestra Señora. La Sociedad del Apostolado Católico opera, por lo tanto, a través de María y por eso es una sociedad *mariana*, y su título secundario, no menos que el primario, describe su esencia.

Había otra complicación con la que la Sociedad del Apostolado Católico se vio enfrentada. Vicente Pallotti instaba que los miembros de la nueva institución se preocuparan por los problemas locales y también por los problemas universales de la iglesia, y señaladamente por los problemas de las misiones en el mundo. Esta

preocupación llevaría a la creación de un colegio misionero y a la recolección de dinero que, entregado a la Propaganda Fide, serviría para el sostén de misioneros. Pero algunos años antes del Apostolado Católico se había fundado en Francia una obra notable de incremento misional: la Asociación de la Propagación de la Fe, creada en Lyon por Paulina Jaricot. Esta obra se difundió, con gran éxito, por toda Europa. El mecanismo era sencillo: los socios debían contribuir con una moneda semanal, entregada a un colector, el cual se encargaba de remitir la suma reunida a una oficina central. La Sociedad del Apostolado Católico puso en práctica este sistema en la ciudad de Roma, donde no había ninguna rama de la asociación lionesa. La actividad del Apostolado Católico en este sentido no fue vista con buenos ojos por algunas personas influyentes, a pesar de que no se le podía acusar de superposición, dado que la obra lionesa no existía en Roma. Pronto la displicencia iba a tomar cuerpo.

CAPÍTULO IV

LA SOCIEDAD SOMETIDA A PRUEBA

La oportunidad de lanzar un ataque a fondo contra la Sociedad del Apostolado Católico (¡ esa persecución de los espíritus rectos, que Pallotti había pedido a Dios!) no tardó en presentarse. En el año 1837 el Sumo Pontífice decidió que la obra de la sociedad lionesa debía extenderse a Roma y en una reunión presidida por el Cardenal Prefecto de la Propaganda Fide, se resolvió crear en Roma un Consejo de acuerdo con el método practicado en Lyon. La Sociedad del Apostolado Católico quedaría encargada de la recolección del óbolo misionero. En el Consejo de la nueva obra figuraba el nombre de Vicente Pallotti.

La solución dada al problema no dio resultado, porque la "oposición" deseaba excluir a Pallotti y su sociedad completamente del cuadro. Llegó el momento en que el planteo auspiciado por esta "oposición" pareció requerir la supresión lisa y llana del Apostolado Católico. Se movilizaron influencias, se buscó el apoyo de quienes objetaban el título de la Sociedad y trazó un plan que culminaría con la extinción de ella. ¡Hasta tanto llegó la furia de los buenos! El día 30 de julio del año 1837 Vicente Pallotti estaba reunido con un grupo de personas en la sacristía de una iglesia en Roma, presidiendo una reunión que había sido convocada para nombrar una comisión directiva de un nuevo centro de la obra de la Propagación de la Fe. Llega el Secretario de la Propaganda y le da a leer el proyecto de un decreto suprimiendo la Sociedad del Apostolado Católico.

El momento era dramático. Los años de esfuerzos y sacrificios estaban a punto de ser cancelados; la validez de la ejecución dada por Vicente al mandato interior recibido esa mañana de enero del año 1835 era puesta en duda.

"Un hecho tan repentino (escribió un testigo de los hechos), ni siquiera soñado por Vicente, no podía sino producir una profundísima impresión en su corazón sensible, pues él amaba a la Sociedad del Apostolado Católico. Pero en su lectura del documento no dio señal alguna de molestia o de desazón. Levantó sus ojos al Señor para dar gracias, y luego se inclinó, reverenciando su Voluntad. Sin interrumpir los asuntos que se estaban tratando, siguió adelante tranquila y plácidamente en la promoción de esa misma obra cuyos dirigente exigían la destrucción de la Sociedad del Apostolado Católico."

Presente en la escena estaba un conocido sacerdote, el padre Togni, el cual declaró más tarde: "Siempre creí que el padre Pallotti era un santo; después de lo que ha pasado, estoy convencido de ello".

La convicción profunda de ser el instrumento de la voluntad divina en alguna circunstancia concreta lleva consigo el deber de explorar las posibilidades de salvar la

obra si la autoridad competente no ha dado todavía su fallo definitivo. Una semana antes que le fuera comunicado el texto del decreto que se proponía ejecutar, un cardenal le escribió a Pallotti para prevenirle que convendría a los intereses de la Sociedad que el Sumo Pontífice fuera informado minuciosamente de la labor que ella estaba cumpliendo. El mensaje amistoso adquirió muy pronto un significado preciso; los amigos de Vicente lo rodearon, se prepararon memoriales y explicaciones, se obtuvo acceso a la persona del Sumo Pontífice, el cual, mejor informado, pronunció una frase lapidaria: "No estábamos informados de estas cosas". El decreto de disolución de la Sociedad no fue ejecutado y pasó al limbo donde reposan los documentos de ese tipo.

Se había cuestionado no sólo el título de la Sociedad, sino su esencia misma. No era un ataque anónimo, de gente enmascarada, puesto que provenía de altos y respetados personajes de una gran repartición de la Iglesia. Pallotti había pedido la persecución a manos de personas que vivían "según el espíritu de Dios". ¡Dios lo escuchaba!

Inevitablemente se impone la pregunta: ¿la fundación de Pallotti, que provocaba tanta resistencia calificada, se ajustaba a las reglas de la prudencia? Ha sucedido tantas veces en la historia de la Iglesia que personas buenas y santas, poseídas de algún plan perfecto en el orden teórico, cuya aplicación en las justas circunstancias traería un gran bien a la humanidad, se divorcien de la realidad y queden como insuladas por un muro de cristal, detrás del cual se debaten y se dejan inducir a luchar y a sufrir por una causa que está condenada de antemano al fracaso. Las tales personas lo tienen todo, menos la prudencia. ¿Sería que Pallotti era uno de éstos, santo y todo? ¿Había realmente pensado bien lo que quería hacer? ¿Había buscado y escuchado el consejo prudente de sus contemporáneos?

La historia nos suministra la respuesta. Luego que obtuvo la aprobación de la autoridad de la diócesis de Roma y la del Sumo Pontífice, y en vista del crecimiento numérico de la Sociedad, juzgó necesario publicar los métodos y objetivos de ella. Luego pasó a requerir la opinión de las personas sabias y prudentes. A ese efecto se dirigió a ciento siete personajes eclesiásticos de Roma: cardenales, rectores de colegios y seminarios, superiores y procuradores de órdenes y congregaciones religiosas, párrocos, y otros, rogandoles que le dieran su opinión al respecto por escrito. En el transcurso de los años 1837 y 1838 estas respuestas fueron llegando y fueron uniformemente favorables. ¡Entre ellas había diez cardenales de la Santa Iglesia!

Todos los fundadores de comunidades religiosas han sido hombres prudentes, no cabe duda de ello, que se habrán aconsejado de los sabios de su época. ¡Pero pensamos que fueron pocos los casos en que un fundador se haya aconsejado de ciento siete personas!

Poseemos un elemento más de juicio sobre la obra de Pallotti. Tan pronto como hubo instituido la Sociedad, procuro asociarla con las comunidades ya existentes para obtener la comunicación de méritos; es decir, una participación en los bienes espirituales de esas comunidades, en conformidad con la doctrina de que las gracias divinas son conferidas por Dios en atención a las oraciones y los sacrificios voluntariamente ofrecidos por una parte de la iglesia militante en favor de otra. Durante los años 1836 y 1837 Vicente Pallotti obtuvo esta comunicación de favores espirituales de parte de trece órdenes monásticas, dieciséis órdenes mendicantes, ocho órdenes de clérigos regulares, cinco congregaciones religiosas; entre ellos benedictinos, franciscanos, dominicos, jesuitas, redentoristas y pasionistas. ¿Serían tan incautos los superiores de estas comunidades como para impartir sus favores espirituales a una organización que provocaba dudas y resquemores?

Finalmente, se nos ha dicho con autoridad infalible, que los árboles son conocidos por sus frutos. En el año 1838 Vicente Pallotti consintió en la preparación de un documento que era ajeno a su modalidad: la narración del trabajo apostólico llevado a cabo por la Sociedad durante los tres primeros años de su existencia.

"La Sociedad nació (dice este documento) entre un grupo de personas que durante muchos años acostumbraban proveer a los misioneros de la Propaganda con cuadros, libros, rosarios y otros objetos piadosos. Desde su institución, la Sociedad ha continuado con esta práctica, proveyéndolos además con ornamentos sagrados, cálices, estatuas, reliquias para altares y otros objetos."

Estos misioneros fueron numerosos, pues en el mismo documento se consigna que todos ellos estaban autorizados para incorporar nuevos adherentes a la Sociedad del Apostolado Católico en sus tierras de misión y se menciona que había adherentes en China, las Indias Orientales y Occidentales, América, Corea, Tibet, Persia, Caldea, Mesopotamia, Siria, Palestina, Egipto, Asia Menor, Grecia, Bulgaria, Transilvania, Polonia, Albania, Francia, España, Inglaterra, Irlanda, Escocia, África y varios estados italianos.

El mismo documento se refiere luego a las escuelas nocturnas, en cuyo sostén intervenía la Sociedad; a los hospitales, donde los asociados visitaban y confortaban a los enfermos; a los cursos de ejercicios que la Sociedad mantenía; a los predicadores y confesores que se mandaban donde se solicitaran sus servicios; a los centenares de miles de libros devocionales que se habían editado, y a la labor que la Sociedad había realizado cuando Roma fue asolada por la gran epidemia del año 1837. El documento concluye con la observación de que la Sociedad se dedica especialmente a reactivar a las instituciones ya existentes y que ella está dispuesta a realizar cualquier tipo de labor que la autoridad desee asignarle.

Sabemos ya cuál fue el resultado de este documento. "No estábamos informados de estas cosas" dijo Gregorio XVI. Pero desde entonces en adelante se

observa en Vicente y sus compañeros esa cautela, en no provocar una nueva andanada de los opositores.

La finalidad de la Sociedad del Apostolado Católico fue determinada con toda claridad desde el principio, pero no se definió con la misma claridad en el primer momento cómo habría de ser gobernada. Los miembros estaban asociados por la gran virtud de la caridad mutua, pero esta virtud no constituye en sí un vínculo jurídico. Es verdad que un vínculo jurídico no tiene sentido sin caridad, y puede llegar hasta ser una verdadera tiranía. "La caridad -dijo Vicente, refiriéndose a la necesidad de que ella informara a toda la asociación- es el constitutivo esencial y sustantivo de la Sociedad".

La necesidad de constituir jurídicamente un cuerpo central, que pusiera en movimiento y coordinara las actividades de todos los miembros, se impuso. En el momento inicial este cuerpo central no se concibió como exclusivamente clerical; había también laicos en él. En formulaciones posteriores Vicente dio a entender claramente que un grupo dedicado de sacerdotes debía ser constituido para gobernar la Sociedad; un grupo dedicado y organizado en forma de comunidad religiosa. Este es el cuerpo que luego fue denominado la *Congregación* del Apostolado Católico, cuerpo central y motor de la *Pía Unión* del Apostolado Católico.

Los estudiosos de la obra de Vicente Pallotti han formulado diversas respuestas al preguntarse si la *Congregación* tuvo prioridad ideológica en su concepción de la obra, o si surgió como imperativo a la obra ya en marcha; y en este supuesto, en qué momento Pallotti decidió crear la *Congregación*. No viene al caso referirnos a esta discusión; baste dar una cita de un documento escrito por Pallotti nueve años después de la fundación de la obra:

"La Pía Sociedad, así como fue instituida, así también es dirigida por la Congregación de sacerdotes que viven en comunidad bajo una regla, pues una Pía Unión pierde su estabilidad y su eficiencia por la dispersión de sus miembros si no hay una congregación de sacerdotes que juntamente constituyan un estado de vida en comunidad."

Entre los documentos circulados por Vicente cuando requería la opinión de las personas capacitadas (esa consulta de que hemos hablado arriba) había un proyecto de estatuto que sugería una forma de gobierno para la Sociedad. Este documento declara que para asegurar el orden y la jerarquía en la Sociedad, ella estaría dividida en tres secciones: la primera, la del ministerio eclesiástico; la segunda, la del ministerio de la oración, y la tercera, la de las personas que cooperaban en el orden material. En la primera sección hallarían cabida los sacerdotes tanto regulares como seculares, sin mengua de los compromisos anteriormente contraídos. La afiliación se basaría en la prestación de servicios sacerdotales a la sociedad y sus obras. Estas obras se definirían como el ejercicio del ministerio, la predicación, la administración de los sacramentos, instrucción religiosa; la composición y circulación de buenos libros; el fomentar todo lo

que tendiera a hacer revivir la fe y la caridad. El organismo completo sería gobernado por un Consejo Central, en el cual el cajero y el administrador podrían ser laicos; los demás debían ser eclesiásticos. Este proyecto sufrió algunas modificaciones mientras todavía circulaba. Una modificación es interesante para el historiador. En la primera redacción del proyecto, se decía que los miembros de la primera sección no contraían la obligación de vida comunitaria; en la modificación posterior se dice que *no todos* los miembros de la primera sección contraen una tal obligación. De esto se deduce que a esta altura de los hechos, Vicente ya tiene en vista una calidad de miembros cuya incorporación al instituto lleva consigo la del compromiso de la vida comunitaria. En otra revisión del proyecto, que circuló en el año 1838, Vicente aclara que un grupo de sacerdotes estará permanentemente vinculado a la obra; este grupo se dará de lleno a ella, será elegido por el Consejo y hará seis meses de prueba antes de formular una promesa de adhesión a la institución, promesa que sería revocable por ambas partes.

Los datos que hemos consignado aclaran la naturaleza del plan apostólico de Pallotti, que fundamentalmente era el de asociar a ambos cleros y al laicado en una agrupación con un propósito común: hacer revivir la fe y la caridad y difundir estas virtudes en todo el mundo. Todas las personas, de todas las clases, deben ser animadas a *actuar* en común para el bien de la religión. Por eso Pío XI, el Papa de la Acción Católica, al proclamar la heroicidad de las virtudes de Vicente Pallotti, declaró que fue el Precursor de la Acción Católica, no sólo en sustancia, sino también en su mismo título.

El día de la fiesta de San Pedro del año 1839, después de una mañana de intenso trabajo en el confesionario, Vicente Pallotti tuvo una hemorragia pulmonar. No habló de ello, pero al día siguiente tuvo otra y ya no podía ocultar lo acaecido. Se llamó al médico, el cual aconsejó que saliera de Roma inmediatamente. Se retiró al monasterio de los ermitaños Camaldulenses -sito en una colina sobre Frascati-, lugar donde había ya estado varias veces, en descanso y oración. Tenía dos tareas por ejecutar que le apremiaban: el reglamento para la Casa de Caridad que había fundado para las víctimas de la epidemia -de lo cual se hablará más tarde- y el reglamento de la Pía Sociedad del Apostolado Católico, que vendría a reemplazar al reglamento provisional. Descansó, oró y ya un poco repuesto en su salud, puso manos a la obra. El 21 de agosto contesta así a la carta de un joven sacerdote que le pide noticias sobre el trabajo:

"Ayer, por misericordia de Dios terminé las reglas para la Pía Casa de la Caridad... Hoy he comenzado a escribir sobre la obra en general. Pida a la Virgen que penetre en mi mente, mi corazón y mi pluma. La Reina de los Apóstoles lo deberá hacer todo... Dios en su misericordia me ha dado la gracia de conocer la necesidad de escribirlo todo, pero debe ud. rezar, procurar las oraciones de otros, para que me sea dado luz y tiempo..."

El joven sacerdote opinaba en su carta que Vicente estaba destinado a tener una larga vida, a lo que Vicente responde:

"Que Dios me dé esa longitud de vida que El quiere, y cómo quiere. Siento que para echar bien las bases de todas las reglas y ponerlas en ejecución yo necesitaría muchos años. Pero Dios no me necesita. Si para hacer de mí un ejemplo de su misericordia quiere que yo alcance los años de San Romualdo, aceptaré este don de sus manos por la intercesión de Nuestra Señora de la Misericordia."

San Romualdo, fundador de los ermitaños Camaldulenses, alcanzó los cien años.

El resultado de esta parte de su trabajo en Camaldoli es un libro de ochenta páginas (no publicado durante su vida) en el cual recalca los principios que deben animar a la Sociedad del Apostolado Católico en todas sus ramas. Es una visión espléndida y universal de las posibilidades de la iglesia en los tiempos modernos. No hay fronteras en esta visión. En su centro está Roma, no ya la capital de una nación, ni la heredera de la cultura de Occidente, sino la Roma católica, centro energético de la religión de Cristo. Para asistir al Pontífice sucesor de Pedro en su eterna tarea de interpretar el cristianismo al mundo y de reeditar el Mensaje a los pueblos, Pallotti se propone poner en sus manos una organización nueva, que sin intentar el reemplazo de las organizaciones ya creadas, actuará juntamente con todas ellas.

Esta organización es la Sociedad del Apostolado Católico, que toma en cuenta los males y las deficiencias del mundo y se propone remediarlas en conformidad con un plan concreto. La finalidad es una, "la revivificencia de la fe y la caridad en el mundo", pero las realizaciones concretas tomarán en cuenta la diversidad de los problemas. Pallotti reparte las actividades de la Sociedad del Apostolado Católico en trece Procuras, cada una dedicada a un Apóstol (los Doce, más San Pablo). Cada Procura tiene una tarea específica.

La primera Procura viene colocada bajo el patrocinio de San Pedro y su objetivo es la promoción de la cultura espiritual, científica y pastoral del clero.

La segunda, dedicada a San Andrés, promoverá la obra de las misiones y ejercicios espirituales para el pueblo.

La tercera, dedicada a Santiago Apóstol, se ocupará de las misiones para infieles y promoverá esa obra entre el clero y el pueblo.

La cuarta, dedicada a San Juan, promoverá las asociaciones caritativas y religiosas.

La quinta, bajo el patrocinio de Santo Tomás, promoverá la educación religiosa, civil y literaria de la juventud, principalmente la juventud pobre.

La sexta, dedicada a Santiago Menor, se encargará de recolectar y distribuir objetos religiosos para incrementar la fe y la devoción del pueblo hacia Dios y los

santos.

La séptima, bajo el patrocinio de San Felipe, promoverá los intereses religiosos y morales de los trabajadores rurales.

La octava, dedicada a San Bartolomé, tratará de aliviar el triste estado de los prisioneros en las cárceles.

La novena, bajo el patrocinio de San Mateo, asistirá a los enfermos en sus necesidades materiales y espirituales.

La décima, dedicada a San Simón, se ocupará de los soldados y de los estratos superiores de la sociedad.

La undécima, bajo el patrocinio de San Judas Tadeo, propagará las formas colectivas de devoción aprobadas por la Iglesia.

La duodécima, dedicada a San Matías, asistirá a las viudas y huérfanos y a los pobres.

La decimotercera, bajo el patrocinio de San Pablo, asistirá y complementará el trabajo de las demás Procuras.

Estas organizaciones no están compuestas, según la mente de Vicente Pallotti, de clérigos exclusivamente. Los clérigos ejercerán en ellas una función directiva y serán los asesores de los laicos en las obras que se procuran llevar a cabo.

Es una larga y espléndida visión: la Iglesia al servicio del pueblo, no como una mera fórmula, sino orgánicamente; la Iglesia que toma la delantera en la organización de los seres humanos en procura de su propio bienestar en el orden moral. Es la Iglesia encontrándose con el pueblo, juntándose con él, organizándolo para el Reino. Es la Iglesia, actuando sobre el hombre moderno en toda la gama de sus intereses y sus actividades y de sus debilidades; la Iglesia que toma razón de la insistencia con que el hombre contemporáneo exige la organización como el remedio más seguro de sus malestares.

Para que una sola persona pudiera poner en ejecución la totalidad de un plan tan vasto como éste, requeriría, como lo decía Vicente Pallotti en la carta citada más arriba, toda una larga vida. Por esta razón amonestó a sus discípulos de que no debían pretender la realización inmediata de todo el plan y que había que comenzar con poner en ejecución lo que en el momento concreto se podía realizar. La activación del plan estaba siempre condicionada a su aceptación por los prelados.

Preguntará el lector en qué medida este grandioso plan llegó a ejecutarse. Vicente Pallotti por cierto se ocupó en las tareas específicas, no sólo de una, sino de todas ellas, desde el cuidado de los pobres hasta la cultura del clero. Sus discípulos, algunos en un país, otros en otro y en diversas épocas, teniendo en cuenta la visión pallottiana del apostolado, han tratado de realizarlo de acuerdo con las circunstancias de tiempo y lugar. Puede afirmarse que los ideales de Vicente Pallotti, sea por iniciativa de él, sea por la de otras almas elegidas, se han abierto camino en toda la Iglesia. No hay en el día de hoy ningún lugar donde la Iglesia no vaya al encuentro de los seres

humanos y ejerza su influencia sobre ellos en forma orgánica; lo cual, en el último análisis, corresponde sustancialmente a la visión de Pallotti.

Vicente Pallotti tiene el gran mérito de haber creado un gran festival que hasta nuestros días sigue cumpliendo la misión para el cual fue creado: el de la gran Octava popular de la Epifanía, en la ciudad de Roma. Pocos visitantes de la Ciudad Eterna durante la fiestas navideñas habrán pasado por la ciudad sin conocerla. Esta celebración combina en un conjunto toda una serie de valores religiosos, cada uno significativo por sí solo, conjunción que trae consigo un mensaje especial. En primer lugar, la Octava es una fiesta de las liturgias. Cada mañana se celebran misas solemnes en los diversos ritos de la Iglesia; no sólo en los ritos variantes de la Iglesia latina, es decir, la misa ambrosiana, la dominicana, la carmelita, sino también en los llamados ritos orientales: el bizantino, el siro-antioqueno, el cóptico, el malabarés y los demás. Luego, por la duración del Octavario, se predicán sermones especiales en los principales idiomas europeos: francés, inglés, alemán, castellano. Por la tarde el Octavario adquiere el carácter de una gran misión popular, con sermones en italiano pronunciados por los más célebres oradores sagrados de Italia. Concluyen los oficios todas las tardes con una gran procesión y la bendición con el Santísimo, impartida por un cardenal, el cual es atendido por los alumnos de los grandes colegios y seminarios de Roma, cada uno en su turno.

Esta celebración se efectúa en el barrio popular de Roma, ese mismo barrio donde Vicente Pallotti nació y pasó toda su vida. Las gentes que concurren hoy día atraviesan las mismas calles, cruzan por las mismas placitas por las cuales transitaba Pallotti en sus idas y venidas.

Las ceremonias de los ritos orientales atraen a muchos turistas porque en Occidente son poco conocidas. Vicente Pallotti empero no quería preparar un espectáculo para la delectación de los curiosos; su intención era unir en la oración litúrgica a todos los creyentes, para así demostrar en forma dramática la unidad del catolicismo en el conjunto de sus ritos más venerables. Estos ritos son más que vestigios arqueológicos, curiosidades de la historia; son las formas vivientes en que los diversos pueblos cristianos adoran al Dios universal. Los sermones en las distintas lenguas son mucho más que un homenaje a las culturas que están encerradas en esos idiomas. Vicente Pallotti quería que los extranjeros, los turistas y los peregrinos pudieran, cada uno, escuchar el mensaje evangélico de todos los tiempos durante su estadía en la ciudad universal. La misión popular predicada al pueblo de Roma reflejaba su intenso espíritu misional, el cual exigía que la conversión de los corazones viniera precedido de la presentación de las verdades de la fe. Y las grandes procesiones cardenalcias manifiestan la gloria y la dignidad que debe siempre rodear el culto público que los creyentes rinden a la divinidad.

El Octavario está cimentado sobre el concepto de la unidad de la Iglesia. En ella las diversidades rituales, lingüísticas, nacionales, no constituyen un impedimento a esa

unidad fundamental de los creyentes; al contrario, se las utiliza para demostrar que detrás de su conjunto hay una sola fe, un solo bautismo, un solo Señor.

El Octavario insiste en el tema de la renovación de la fe y la caridad como factores imprescindibles para el progreso de la religión entre los hombres. La fe es comunicada y profundizada en los corazones humanos por la comunicación de la Palabra; la caridad crece cuando los resortes de la voluntad son movidos por la gracia aceptada por quienes escuchan, en buena voluntad, el eterno mensaje divino. Este es el mensaje que los célebres predicadores, durante más de un siglo, han proclamado desde la plataforma del gran templo de San Andrés *della Valle*, donde las ceremonias del Octavario se desenvuelven.

Finalmente, el Octavario ilustra la cooperación entre los cleros, pues los prelados, el clero secular, las órdenes religiosas, los seminaristas y miembros de los colegios eclesiásticos se unen para simbolizar, no sólo en la teoría, sino en la realidad concreta, la unidad de acción que debe siempre existir en la iglesia de Dios entre todos los órdenes del clero.

"La celebración del Octavario (escribe Pallotti) no sólo promueve la propagación de la fe y muestra la identidad del dogma por la diversidad de ritos, sino que aumenta también la caridad entre los eclesiásticos seculares y regulares que concurren para tomar parte en la celebración del Octavario."

El Octavario fue celebrado por primera vez en el año 1836 y desde entonces hasta ahora no se ha omitido sino en dos oportunidades: una vez cuando la revolución romana en 1849 lo impidió; y otra vez en 1871, cuando la gran inundación de Roma la imposibilitó.

La organización del Octavario significó un gran esfuerzo para Vicente y sus colaboradores. Su correspondencia demuestra el cuidado y el empeño con que lo disponía todo: las invitaciones a los prelados, predicadores y colegios eclesiásticos, los medios de traslado que debía procurar y poner a su disposición, la recolección de limosnas para sufragar los gastos.

Pasemos ahora a dar un vistazo a las dos obras de beneficencia con que Vicente enriqueció la ciudad de Roma: la Casa de la Caridad y el Conservatorio del Sagrado Corazón. Ambos establecimientos están vinculados históricamente con la epidemia de cólera que asoló a Roma en el año 1837. Este tremendo flagelo hizo su aparición en Europa en el año 1830, extendiéndose paulatinamente desde Moscú hasta Polonia, Austria, Inglaterra y Francia. La época de mayor virulencia era siempre el verano; sus orígenes y métodos de propagación eran desconocidos y el único preventivo practicado era el cordón sanitario. En 1835 el cólera apareció masivamente en Marsella y asoló a Venecia, Florencia y Livorno. Al año siguiente atacó a Nápoles y a Ancona, región que pertenecía a los estados papales.

La primavera romana de 1837 no se presentó buena; hubo un número elevado de casos de gripe y la población presentía que algo más grave estaba en ciernes. Cundió la noticia de que Nápoles había sido víctima otra vez del *cholera morbus*; algunos pueblos al sur de Roma fueron luego atacados y los habitantes de la gran ciudad se llenaron de terror. A fines del mes de julio de 1837 algunos casos dudosos fueron denunciados en Roma misma y la urbe fue presa del rumor. La comisión sanitaria negó en primera instancia que los casos fueran realmente coléricos, pero finalmente, ante la proliferación de casos evidentes, la verdad se supo. El cólera estaba en Roma. El índice de mortalidad comenzó a ascender vertiginosamente; quienes pudieron, escaparon de la ciudad; los que no podían hacerlo, se miraban recelosamente, tratando de descubrir en los semblantes los síntomas que el conocimiento empírico asociaba con la aparición del morbo. Las autoridades prohibieron las reuniones públicas y cerraron las fábricas, excepto aquellas que empleaban un número muy reducido de obreros. El terrible termómetro del índice de mortalidad, que a fines de julio empezó a polarizar la atención aterrada de la población, alcanzó su límite máximo en agosto, con quinientos diecisiete muertos en un solo día. A partir de esa fecha comenzó a disminuir hasta que en octubre el flagelo cesó, dejando tras de sí una larga hilera de hogares deshechos, niños huérfanos, dolor y enemistades. Un diez por ciento de la población fue afectada por el cólera.

Uno de los compañeros de Pallotti nos relata que Vicente, durante todo el período de la epidemia, estuvo como asediado en el confesionario, de día y de noche, por las multitudes ansiosas de hacer sus paces con Dios mientras les quedaba tiempo. La única interrupción a esta tarea que se permitía era la de atender a los enfermos en sus casas. Conforme la enfermedad avanzaba, los llamados se fueron haciendo más numerosos y más urgentes. El mismo testigo nos refiere que Vicente se mostró completamente impávido ante la enfermedad y el peligro del contagio; nunca mostró apuro por retirarse del lado de los enfermos. Llegó un momento en que se creyó atacado por la enfermedad, pues sintió algunos de los síntomas iniciales de ella; llamó entonces a su colaborador más íntimo y le mostró donde guardaba algunos objetos, para repartir después de su muerte. La ternura y la compasión de Pallotti por los enfermos ha sido descripta así:

"Vicente actuaba hacia ellos como una madre solícita por sus hijos queridos; les administraba remedios, les daba de beber, los alzaba en la cama cuando era necesario, los animaba a soportarlo todo con paciencia, los consolaba de la manera más afectuosa: en una palabra les ofrecía todo el alivio que estaba a su alcance."

La epidemia provocó inmediatamente un problema social. Los dependientes de los enfermos y de los muertos tenían que ser alimentados; los obreros y los artesanos quedaron sin jornales y sufrían hambre. Las gentes huían de las casas apestadas y

vagaban por las calles y plazas, sin vivienda, sin alimento, sin ropa. Se intentó, por cierto, promover un sistema de ayuda pública, pero la magnitud del desastre superó a todos los cálculos. La Sociedad del Apostolado Católico se movilizó toda para hacer frente al tremendo problema, y, aprovechando los minutos que podía ahorrar al confesionario y a los llamados de enfermos, Vicente aprobó un plan de acción, que fue llevado a la práctica.

"La Sociedad del Apostolado Católico puso a la puerta de su iglesia una alcancía, a la cual todo el mundo tenía acceso. Sólo era necesario escribir sus nombres, direcciones y parroquias respectivas en un papelito y colocarlo en la alcancía; más tarde los miembros de la Sociedad visitaban las casas señaladas y dejaban cupones para pan, carne y limones (que eran considerados como específicos contra el cólera); a otros se les daba ropa y camas; a los que habían empeñado sus bienes, se les restituían sus valores; a los obreros sin trabajo se les pagaba por trabajos que podrían desempeñar más tarde. Los sacerdotes de la Sociedad atendían a los enfermos día y noche."

El sistema de cupones resultó de mucho éxito, hasta el punto de que la Sociedad lo extendió a aquellas parroquias que no lo tenían propio y así podrían disfrutar de la organización y ayudar a sus pobres. Un año después de la terminación de la epidemia, la Sociedad mantenía aún su sistema de ayuda a las víctimas.

El elevado número de huérfanos que la epidemia dejó tras de sí creó un serio problema para las organizaciones asistenciales de Roma, que no podían dar cabida a los centenares de niños que vagaban por las calles, entregados a la mendicidad; algunos por no tener otro recurso; otros, obligados a ello por parientes crueles. La vagancia infantil, aun antes de la epidemia, ya era problema. La Sociedad del Apostolado Católico se había ocupado de él, particularmente en los casos de las niñas mendigas. Vicente Pallotti ya pensaba en una comunidad de hermanas que podrían dedicarse a este apostolado, juntamente con el apostolado misionero.

La primera tentativa de la Sociedad para ayudar a las niñas sin hogar consistió en albergarlas en las casas de los asociados y luego se alquiló un edificio de alguna amplitud cerca de la iglesia de Santa María la Mayor, donde un grupo de mujeres se encargó de ellas. Además la Sociedad celebró un contrato con una dama que aceptó en su casa un número limitado de niñas; la Sociedad pagaba una pensión por ellas. A la muerte de esta mujer, las niñas fueron llevadas provisionalmente a la casa de Salvati (el mismo Salvati que hizo la colecta famosa). Luego vino el cólera. Para dar techo a las niñas sin hogar se adquirió un edificio grande y en el mes de marzo del año 1838 las niñas fueron llevadas de la casa de Salvati al nuevo establecimiento, que recibió el nombre de "Casa de la Caridad", que todavía lleva. A las pupilas se les enseñaban las materias escolares y también las artes domésticas; al terminar el curso se les buscaba ubicación. Había en el principio unas setenta plazas.

En el año 1840 la Sociedad del Apostolado Católico adquirió otro edificio en Roma, que sirvió como sucursal de la Casa de la Caridad. La nueva fundación se llamó el Conservatorio del Sagrado Corazón y después de algún tiempo la familia Torlonia se encargó de su financiación y desarrollo.

Vicente Pallotti deseaba que la Casa de la Caridad fuese dirigida por una comunidad de hermanas que respondieran plenamente al espíritu del Apostolado Católico. Pasaron varios años antes que este anhelo pudiera realizarse, pero finalmente así fue y la primera hermana de la fundación recibió el hábito de la comunidad el día 30 de marzo del año 1843. Este es el origen de las hermanas pallottinas, o hermanas del Apostolado Católico, como reza su título oficial. El ideal del comunitario de la Sociedad ha sido abrazado por varias comunidades femeninas más, de manera que son ya cinco las organizaciones femeninas que en diversas partes del mundo hallan su inspiración en Vicente Pallotti para su labor apostólica, en la enseñanza, en las misiones, en los hospitales y asilos, en la asistencia social y en otras formas de hacer revivir la fe y la caridad entre los creyentes y difundir estas virtudes por todo el mundo.

La tarea básica de sus discípulos fue fijada por Vicente Pallotti en estos términos:

"Las obras propias de la Sociedad son: el ministerio apostólico, la predicación, la instrucción, la administración de los sacramentos y animar al pueblo a frecuentarlos; la lucha contra el vicio, la propagación del espíritu religioso y la piedad; la composición y la publicación de libros para explicar, defender y mantener la religión; el fomento y la propagación de las devociones y prácticas religiosas que tiendan a reanimar la fe, aumentar la piedad y corregir el error; el ejercicio del ministerio sacerdotal no sólo en las iglesias de la sociedad, sino también donde fueren invitados."

Esto, en lo que se refiere a los países católicos. Su interés se extendía también a los otros países, y particularmente a los países de misión, para los cuales la Sociedad podía y debía colaborar en esta forma:

"En lo que respecta a los países paganos o heterodoxos en su fe religiosa, la Sociedad hará lo siguiente: cooperar en la formación de misioneros, contribuir a suscitar vocaciones para ese ministerio... establecer contactos con los misioneros, informarse de sus necesidades... cooperar con la Propaganda en Roma... producir libros y escritos sobre temas religiosos en los idiomas empleados en esas tierras... recolectar y difundir informaciones sobre el progreso de las misiones... buscar la cooperación de los obispos y otras personas prestigiosas para las misiones."

Son las tareas que desde el principio los miembros del Apostolado Católico han estado haciendo; las tareas que los hijos espirituales de Vicente hacen hoy en muchas partes del mundo.

CAPÍTULO V

UN APOSTOLADO UNIVERSAL

En el verano de 1840 la salud de Vicente Pallotti sufrió otro quebranto serio, que le obligó a alejarse de Roma por el espacio de varios meses. La crisis en los asuntos del Apostolado Católico que dos años antes se había manifestado tan amenazante, parecía haber pasado. La Casa de la Caridad, el Conservatorio y el Octavario de la Epifanía ---tres flores de su devoción- daban resultados halagüeños; no ha bía sido todavía posible fundar la casa central para el Apostolado que anhelaba; el colegio misionero que había instituido en su residencia en la iglesia del Espíritu Santo apenas marchaba; la prudencia exigía que el reclutamiento de nuevos miembros de la Sociedad del Apostolado Católico se hiciera con cuidado; y el título de la Sociedad se estaba empleando con cierta parquedad. La oposición no estaba destruída, sino detenida; cualquier imprudencia podría provocarla a lanzar una nueva andanada, que podría ser fatal para la obra pallottina.

Vicente se retiró a atender su salud y a meditar, primero en el pueblo de Cingoli y luego en Osimo, en la Marca de Ancona. Mucha gente le escribía, y esto le obligaba a mantener una extensa correspondencia, pero a pesar de ello tuvo oportunidad para escudriñar los recesos de su alma y mirar hacia el futuro con una tranquilidad y una paz que en Roma le era difícil encontrar, a pesar de sus sacrificios de sueño y descanso. Nos ha dejado dos documentos notables, escritos en este período de su alejamiento de las tareas cotidianas. El primero de ellos se halla en el Diario:

"El día 10 de octubre de 1840, en oración, después de la Santa Misa, Nuestro Señor me dió a entender cómo Él llega a ser alimento en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía; no sólo por la comunicación de su propia santidad y perfección, sino también por la comunicación de su propia vida y fortaleza, y el regalo que me hace de fuerzas para vivir dan razonable serenidad para su mayor gloria y salud de las almas, según los designios de su admirable y santa voluntad. Este sentimiento me ha llevado a una tranquila seguridad de que, sea cual fuere el estado de mi salud presente, o futura, todo será según su misericordia y no su justicia. ¡Dios mío! Mis pecados han merecido la muerte y la condenación eterna, pero Tú me concedes la vida como y cuando lo deseas, por tu misericordia y los merecimientos de Nuestro Señor, la Santísima Virgen y los santos."

El Diario registra a esta altura otra singular experiencia espiritual. Se sumergía en la contemplación del tremendo misterio eucarístico: Dios que se constituye en alimento de las almas de los hombres. Reflexiona así sobre el augusto misterio trinitario:

"Por la eterna e infinita contemplación de sí mismo, Dios engendra el Hijo, que es la viva y perfecta imagen de la sustancia divina. Yo soy infinitamente indigno e incapaz de ser semejante a Dios; sin embargo me nutre con la imagen viva de su divina sustancia y este alimento destruye toda mi indignidad, pasada, presente y futura... y Dios está dentro de mí, permanece en mí, obra en mí."

"Por su eterna e infinita semejanza, el Padre y el Hijo se aman con un amor infinito y eterno, de manera que este es el mismo amor con que Dios se ama infinita y eternamente. Dios se digna misericordiosamente a nutrirme con su amor eterno e infinito... y por medio de este amor destruye en mí toda indignidad, todo el amor terreno y profano, y hace que el amor divino viva, permanezca y obre en mí..."

El alimento eucarístico de los creyentes no está circunscripto a la materialidad del cuerpo de Cristo, pues Cristo es Dios y el creyente es alimentado por el Cristo total: cuerpo, sangre, alma y divinidad. En este punto de su contemplación del misterio, Vicente vuelve su mirada a los majestuosos atributos divinos, que tanto le fascinaron en el comienzo del proceso de su vida interior; estos atributos tienen su parte en la alimentación del alma del creyente.

"Dios es Poder infinito y eterno, infinitamente misericordioso; yo soy infinitamente débil e indigno de los dones divinos... sin embargo me nutre infinita y eternamente con su Poder infinito y eterno y destruye en mí toda debilidad, de manera que esta misma debilidad no perjudique a mi pobre alma ni a sus esfuerzos para la gloria de Dios y ventaja de las almas que Dios nos encomienda..."

Dios es Sabiduría infinita y eterna y yo soy infinitamente indigno de la luz divina y del influjo de su Sabiduría... pero al nutrirme con ella destruye mi indignidad y los efectos dañinos de mi ignorancia culpable; creo además muy firmemente que destruye la oscuridad misma de mi ignorancia.

Dios es Amor infinito, eterno y esencial, y a pesar de que yo soy indigno de poseer en mi corazón las larguezas de esta caridad... este alimento destruye en mi corazón todo amor profano y terrenal.

Dios es la Justicia esencial, y a pesar de que yo he sido injusto con Dios, con mi prójimo y con mi mismo... en la Eucaristía Dios me nutre con su Justicia y destruye en mí todas mis injusticias...

Dios es la Pureza infinita y esencial y yo soy esencialmente impuro. En la Eucaristía me nutre con su infinita Pureza y destruye mi impureza y todas sus secuelas, y, una vez completada esta destrucción, Dios, que es la Pureza infinita, esencial, eterna, inmensa e infinitamente misericordiosa, vive en mí.

Dios es la Misericordia infinita esencial y eterna, y yo soy esencialmente cruel y grosero. En la Eucaristía me nutre con su propia Misericordia y destruye toda crueldad y grosería; una vez completada esta destrucción, Dios infinitamente misericordioso mora en mí...

Dios es Eterno, me nutre con su Eternidad en la Eucaristía y destruye en mí la culpa de todo el tiempo que he malgastado, y en particular el tiempo empleado en ofenderlo...

Dios es Inmenso; me nutre con su incomprensible Inmensidad y destruye toda mi

pequeñez; una vez completa esta destrucción, su Inmensidad obra en mí, para su mayor gloria y la santificación de las almas...

La Santidad de Dios, es infinita, eterna, esencial, inmensa e incomprensible. En la Eucaristía me nutre con su propia Santidad eterna y destruye toda mi maldad; una vez completada esta destrucción la infinita Santidad de Dios mora en mí; yo no tengo santidad propia, sino que la Santidad de Dios me absorbe completamente y me destruye totalmente y Dios mora en mí. ¡Qué admirable invención del Amor divino!

La Perfección de Dios es infinita, eterna, inmensa, esencial e incomprensible. En la Eucaristía me nutre con su infinita Perfección y destruye mis innumerables imperfecciones; una vez completada esta destrucción, Dios en su infinita Perfección mora en mí; no es mi perfección, sino la Perfección de Dios en mí. ¡Oh Misericordia incomprensible! ¡Oh Amor infinito, al cual nunca he correspondido, nunca he amado...!"

El lector observará en estos párrafos la repetición constante de la palabra "destrucción". Es una palabra importante en la espiritualidad pallottiana y está ligada esencialmente a la doctrina que profesó tan firmemente al comienzo de su vida interior -el vicio en el ser humano debe ser combatido por la cultivación de la virtud opuesta-: la fuente de toda virtud es la imitación de Nuestro Señor. Esta gran doctrina Vicente la sintetizó en la fórmula *ad destruen dum peccatum* (para la destrucción del pecado) que solía colocar en el encabezamiento de sus cartas, generalmente con la sigla ADP.

La experiencia espiritual por la cual Vicente Pallotti pasó en esta ocasión estaba relacionada sin duda con su propia vida interior, pero también con la obra que la Providencia divina le había señalado: la fundación y la propagación de la Sociedad del Apostolado Católico.

El otro documento que extendió en el mismo período, cuando tenía los ojos puestos en la muerte, debía ser leído por sus colaboradores después de su deceso, como de hecho fue leído, pues fue encontrado entre sus papeles. En el documento expresaba que la Sociedad del Apostolado Católico, en cuanto a sociedad, debía seguir la mística trayectoria de Cristo, su modelo.

"Para que la Sociedad (del Apostolado Católico) fuese probada en el crisol de la tribulación, Nuestro Señor permitió que las explicaciones iniciales de su finalidad fueran demasiado someras. Por eso hubo personas que, no entendiendo claramente su naturaleza, sus propósitos ni sus planes de trabajo, la persiguieron hasta el punto que pareció morir. Esto fue necesario para que la Sociedad llevara en sí misma la imagen de Nuestro Señor Crucificado. Pero en el mismo momento en que pareció estar totalmente extinguida, comenzó a dar nuevas señales de vida, como acontece con las obras de Dios."

El cuerpo central y motor de la Sociedad no estaba en ese momento constituido formalmente. En el mismo documento Pallotti recomendaba a sus discípulos cómo debían obrar en el caso de su muerte. La gran necesidad de la época, les recuerda, es hacer revivir el espíritu de fe y la verdadera caridad; el cultivo de las virtudes morales

cristianas y un verdadero orden social integrado con la hermandad cristiana y la subordinación a la legítima autoridad. Los sacerdotes de la Iglesia, tanto regulares como seculares, deben asegurar estos valores para el pueblo cristiano; la justificación final de la Sociedad del Apostolado Católico se halla en la forma en que ella logre animar al clero a realizar esa función. Las otras obras apostólicas de la Sociedad son importantes, sin duda, pero no son más que medios para un fin. En otras palabras, la Sociedad del Apostolado Católico no es una obra apostólica más; en última instancia ella debe ser apostólica y mediadora.

Las características de la fundación de Vicente Pallotti han ido apareciendo una por una. Ella debe ser apostólica, mariana, comunitaria; y ahora pone esta nota final: es una sociedad mediadora, es decir, sacerdotal. Los años de vida que le quedaron fueron dedicados al desarrollo de la característica señalada en último término.

De retorno a Roma al fin de ese año (1840) Pallotti se vio envuelto nuevamente en sus actividades acostumbradas: el cuidado de los dos establecimientos de caridad que había fundado; la preparación y celebración de la Octava de la Epifanía; los llamados a monasterios para la dirección espiritual de comunidades; sus largas horas de confesionario; la abundante correspondencia; los llamados a enfermos; los visitantes, los pobres que pedían limosnas a todas horas, las personas que buscaban recomendaciones; de noche, las horas de oración, la paciente redacción de sus planes y proyectos.

Su preocupación principal era ahora la constitución de la comunidad de sacerdotes que llevaría adelante las varias obras de la Sociedad del Apostolado Católico.

Ayudado por un grupo de sacerdotes que compartían la vida comunitaria con él, Vicente Pallotti pudo llevar adelante y extender el esfuerzo apostólico en que estaba empeñado. Otros sacerdotes, tanto regulares como seculares, que lo conocían y admiraban, estaban siempre dispuestos a responder a su llamado y a cooperar en las tareas.

El papa Gregorio XVI, cuyo pontificado duró desde 1831 hasta 1846, se vio obligado por su política exterior y por la constante amenaza de la revolución interna, a mantener un fuerte ejército casi en pie de guerra. Para proveer a las necesidades de la guarnición de Roma, este Papa comisionó a la Orden Militar de los Caballeros de Jerusalén a establecer un hospital militar en la ciudad. Les concedió en el año 1841 un edificio que hasta entonces había servido como convictorio para sacerdotes, cerca de la iglesia del Espíritu Santo. Allí se creó el nuevo hospital, que llegó a hospedar un promedio diario de doscientos cincuenta enfermos. A fines de 1843, las autoridades del hospital rogaron a Vicente Pallotti que, secundado por sus sacerdotes, se ocupara de la asistencia espiritual de estos enfermos. La décima Procura en su plan apostólico, dedicada a San Simón, señalaba la asistencia espiritual de las personas bajo armas como un objetivo. La Providencia dispuso así como poner esta parte de su plan en

práctica.

Vicente tenía una comprensión exacta de la situación del soldado, hombre que vive bajo una disciplina en cuya creación no ha tenido ninguna intervención. Comprendía las tentaciones especiales a que está sujeto el soldado: la indolencia, el juego, la ebriedad, la impureza, la blasfemia. Sobre todo entendía las angustias del soldado enfermo, separado de su familia, envuelto en una máquina administrativa impersonal. "Hay que tratarlos con mucha caridad -decía- particularmente cuando están enfermos o encarcelados". Porque Vicente comprendía también la distinción entre el crimen común y el crimen militar,

Los Caballeros de Jerusalén no pudieron hacer frente a la administración financiera del hospital y en el mes de octubre de 1844 los soldados enfermos fueron trasladados a un pabellón del antiguo hospital del Espíritu Santo *in Sassia*. Gregorio XVI dio personalmente la orden de que la atención de estos enfermos debía seguir en manos de Pallotti y sus colaboradores.

Realizaban un apostolado fructuosísimo. De tanta importancia lo consideró Vicente que escribió una regla especial para todos los que participaban en él. En esta regla se ocupa con detención de todos los problemas que surgen en tales circunstancias: cómo tratar con el personal del hospital; cómo encontrar colaboradores y cómo elegirlos; el método de tratar a los enfermos: las reglas del hospital; el trato con los sacerdotes y religiosos que acudían al hospital; los actos religiosos, comuniones y retiros para soldados cómo inducirlos a frecuentar los sacramentos; los objetos religiosos que debían ser colocados en las salas. Es un código completo de procedimientos confeccionado con miras a tranquilizar e infundir confianza al soldado de aquella época, el cual no era un concripto sino un enrolado que muchas veces se había fugado de su pueblo natal para engancharse de soldado y ahora se encontraba enfermo, solo y sin hogar, atrapado en una vasta máquina administrativa sin cuidado por las penurias del individuo. Estos paisanos estaban más familiarizados con el sacerdote que con el médico, hijos como eran muchos de ellos de pueblitos de montaña. Al sacerdote le tocaba entonces disipar sus preocupaciones, disponerlos a morir si esa era su dura suerte, escribirles sus cartas porque muchos eran analfabetos, y proveerlos de dinero para suplementar la ración. Evidentemente toda esta asistencia tenía que estar bien organizada y a eso tendía el reglamento extendido por Vicente Pallotti.

Los soldados dados de alta volvían a sus cuarteles y hablaban con sus compañeros de este gran sacerdote y sus asociados, de manera que las invitaciones se multiplicaron para que la Sociedad emprendiera cursos de ejercicios para grupos de soldados en los cuarteles.

Su trato con los soldados le producía, desde un punto de vista, una profunda pena, porque muchos de ellos se permitían una desdolorosa soltura de lenguaje. ¿Cómo corregir y castigar la blasfemia y la obscenidad? Pallotti sugirió que en una Orden del

Día se llamara la atención de la oficialidad a este feo vicio y que la represión debía partir de los oficiales mismos. Sugirió también que los capellanes del ejército pontificio crearan una Liga o Cofradía entre los soldados y preparó un Estatuto para organizarla en los cuarteles.

Otro aspecto de la labor de Pallotti entre los soldados le ha de merecer la simpatía de todas las personas que han llorado a sus seres queridos, muertos lejos de los suyos en la dolorosa soledad de la vida militar. Organizó una cofradía para acompañar al cementerio a los soldados fallecidos, sin parientes que rodearan los restos en el viaje final, y hacer sufragios por sus almas.

Otro apostolado difícil por el cual se interesó Pallotti fue la atención espiritual de los condenados a muerte. Existía entonces en los estados pontificios la pena de muerte por ciertos crímenes alevosos, aunque en realidad se aplicaba pocas veces; un término medio de dos o tres ejecuciones al año en la ciudad de Roma. Una institución muy antigua -la Cofradía de San Juan Decapitado— solía acompañar al reo en sus últimas horas, consolándolo en tremendo trance. Esta cofradía tenía su capellán, pero en los casos muy difíciles, cuando la desesperación prendía en el alma del desgraciado, se solía recurrir a Pallotti, el cual pasaba a veces la noche entera en la celda del prisionero. Su humildad, su unción y la gracia encerrada en sus palabras ablandaba los más duros corazones y llevaba el consuelo a los más desesperados. Se quiso nombrarlo capellán de la Cofradía, pero prefirió que sus servicios a prisioneros fueran siempre voluntarios.

En el mes de agosto del año 1844 un gesto generoso del papa Gregorio XVI puso fin a la persecución esporádica que Vicente venía sufriendo durante tantos años en la rectoría de la iglesia del Espíritu Santo. Se le notificó que el Sumo Pontífice concedía a la Sociedad una iglesita en el mismo barrio, con casa anexa. Esta residencia se llamaba San Salvatore in Onda y durante varios siglos había sido la residencia del Procurador General de la orden franciscana conventual. Tan pronto como se pudo refaccionarla, los sacerdotes y hermanos de la Sociedad, encabezados por Vicente, se instalaron allí.

Crecía el número de sacerdotes y aspirantes que deseaban formar parte de la Sociedad del Apostolado Católico. Se imponía la redacción de un reglamento que definiera el tipo de espiritualidad de la comunidad y la naturaleza precisa del vínculo comunitario. En el año 1846 Vicente Pallotti escribió este reglamento, un documento extenso; pero antes de ponerlo en ejecución, requirió la opinión de algunas personas competentes; luego el reglamento fue sometido a un proceso de revisión y en ese estado se hallaba cuando se produjo su muerte. Puede ser que no haya querido imponer la regla como definitiva hasta que las experiencias colectivas fueran más abundantes.

El afecto filial hacia los fundadores de sus organizaciones ha llevado a veces a sus biógrafos a reclamar para ellos una originalidad que no está justificada en los

hechos. En realidad, nadie puede inventar nada en la iglesia de Dios. Pero es cierto, sin embargo, que las grandes orientaciones dogmáticas y las prácticas ascéticas que han existido en forma embrionaria en la Iglesia desde su fundación pueden ser, y efectivamente han sido, objeto de algún énfasis especial en algún momento determinado de la historia. El impulso que ha dado origen a este énfasis puede muy bien ser debido a las revelaciones y a las inspiraciones que Dios se ha complacido en dar a sus santos. No vamos a reclamar originalidad para las prescripciones contenidas en la regla de Vicente Pallotti, pero podemos preguntarnos con todo derecho cuál es el énfasis especial que surge de esta regla y cuál es la relación entre este énfasis y la época en que vivió Vicente y también nuestra propia época.

La vida del cristiano en este mundo, según la concepción pallottiana, es vida de lucha permanente entre el bien y el mal. Los individuos del género humano y las sociedades que los hombres crean pueden triunfar en esta lucha sólo en la medida en que adhieren a Cristo: esto es, en la medida en que imiten a Nuestro Señor en las concretas situaciones en que los seres humanos se hallan implicados. El hombre que ha compenetrado el significado de los Evangelios y adhiere a ellos sin reserva es el hombre que, en la presencia de cualquier disyuntiva, hace su elección y permanece firme en ella, a la luz del conocimiento y la elección cristianas. La vida del miembro de la Sociedad del Apostolado Católico ha de ser vida de imitación concreta de Nuestro Señor.

Vicente Pallotti exige luego que sus discípulos posean una disposición de ánimo que él denomina "el espíritu de sacrificio". Con este término quiere significar el estado permanente de alerta y la no menos constante represión que el cristiano debe mantener frente a las inclinaciones perversas que anidan en los corazones de todos los hombres. Para nuestra generación, sobresaturada de términos psicoanalíticos y psiquiátricos mal digeridos, la palabra "represión" no es simpática; pero debe tomarse en un contexto más amplio si se quiere entender lo que enseñaba Pallotti. Como se ha visto al principio de esta obra, él sostenía que el vicio humano debe ser reprimido y eliminado por el cultivo de la virtud. En realidad, nadie negará que este principio es eminentemente sano, desde cualquier punto de vista, a pesar de que no todos estén de acuerdo sobre lo que constituye un vicio o una virtud, ni sobre los métodos de llevarlo a la práctica.

Otro elemento constitutivo de la regla de vida propuesta por Vicente es el principio de la "infancia espiritual". Por cierto, no quiso afirmar que sus discípulos debían tratar de vivir como si fueran mentalmente niños, lo cual sería ridículo y en el caso de adultos, imposible. Lo que enseñó fue que las grandes virtudes de la vida cristiana, como son la obediencia, la amabilidad, el afecto, la sencillez, deben ser poseídas y cultivadas con este tipo de aprensión directa con que el niño acepta las enseñanzas de sus padres y de la sociedad en que se halla. Es un gran principio, muy necesario en nuestra época, en que el ser humano debe vivir amorosamente en un

mundo lleno de odios; sinceramente, en un mundo sobrecargado de propagandas; castamente, en un mundo sobreexcitado por la lujuria.

Otro principio de la regla de Pallotti es el "espíritu de la Sagrada Familia de Nazaret". Toda organización religiosa, igual que las demás organizaciones que los hombres crean, debe poseer su jurisdicción, sus autoridades y su subordinación, porque en la natura del hombre está el darse reglas para sus sociedades. Pero la relación entre la autoridad y los subordinados puede ser muy diversa, como se desprende a primera vista si se piensa en organizaciones tan distintas como un ejército, por un lado, y un hospital, por otro. La relación que Vicente Pallotti quiso para su organización debe ser calcada sobre el modelo de esa singular célula familiar que la piedad cristiana descubre en la Sagrada Familia de Nazaret.

Quiso también Pallotti que su Sociedad fuera una asociación activamente apostólica, es decir, una organización creada no sólo para dar testimonio, para "estar presente en la sociedad humana, sino también para gravitar por su actividad y por medios positivos sobre los hombres. "La Sociedad del Apostolado Católico -repetía constantemente debe dedicarse a la multiplicación de los medios para hacer revivir la fe y la caridad en el mundo". El criterio de selección de los miembros de la Sociedad debía ser la actividad apostólica. Puesto frente a la alternativa, el discípulo de Vicente Pallotti debe preguntarse cuál de estos dos caminos es el más conducente al florecimiento de la fe y la caridad, y decidirse por el más positivo.

Pallotti deseó que el Apostolado Católico tuviera un carácter mariano, y a ese fin lo colocó bajo el patrocinio de la Reina de los Apóstoles. No era ciertamente su intención que su sociedad se dedicara con carácter exclusivo a diseminar en el pueblo los grandes dogmas marianos, esos dogmas que inevitablemente y con rigor de lógica llevan al pueblo de Dios al conocimiento de la Trinidad y de la Encarnación. Su intención más bien era que sus discípulos hicieran su labor apostólica bajo esa inspiración mariana que la piedad cristiana de todas las edades ha cristalizado en la gran imagen del descenso del Espíritu Santo sobre los apóstoles, que estaban reunidos "con María, su madre".

Por último, Vicente Pallotti quiso que su Sociedad tuviera una función mediadora y sacerdotal. Tenía clara conciencia de que los males de la iglesia de su tiempo no eran debidos, en última instancia, a los ataques de sus enemigos, por graves y peligrosos que éstos fueran. La Iglesia nunca ha temido a sus enemigos; lo que sí teme son las disensiones, los pecados y la ignorancia de sus hijos. Un laicado separado de su clero, un clero divorciado de su jerarquía, un clero dividido en sí mismo, lleno de incomprensiones y de celos entre seculares y regulares, entre diocesanos y religiosos: estos eran los males de la época. El sacerdote debe ser el hombre mediador; debe mediar entre Dios y los hombres; debe estar presente en los momentos significativos de la vida cristiana: los bautizos, los matrimonios, las muertes de los creyentes; debe participar en todas las actividades colectivas de la sociedad en que se encuentre,

llevando a ellas el mensaje evangélico; a los sindicatos, las organizaciones políticas, los ejércitos, a todo lo social y comunitario. Así quiso Pallotti que fuera su Sociedad del Apostolado Católico, procurando en especial la unión de los cleros, para que, en una frase frecuentísima en sus labios, "rivalizaran en caridad".

Apenas Vicente se había constituido con su comunidad en la iglesia de San Salvatore in Onda cuando su bienhechor Gregorio XVI pasó a mejor vida. En su lugar fue elegido el Cardenal Mastai-Ferreti quien se impuso el nombre de Pío IX y reinaría más años que San Pedro, el reinado más largo en la historia de la iglesia. Mastai-Ferreti había pasado una parte de su juventud en Roma y lo conocía de cerca a Vicente Pallotti. Se dice que Mastai-Ferreti, antes de descubrir su vocación sacerdotal, quiso ingresar en el cuerpo de guardias nobles del papa, y habiendo comunicado su designio a Pallotti, éste le dijo una frase enigmática: "Tú no harás guardia, pero tendrás guardias". Su elección al pontificado descifró el enigma.

El nuevo pontífice, durante los cuatro años que le restaban de vida a Vicente, demostró en diversas oportunidades el gran aprecio que le tenía. Una vez concurrió al Octavario de la Epifanía que la Sociedad del Apostolado Católico estaba celebrando en la gran iglesia de San Andrés *della Valle* y subió al púlpito, pronunciando un discurso muy notable en la época, pues no era entonces la costumbre que el romano pontífice usara personalmente de la palabra durante las misiones populares. Después de la función, el pontífice pasó a la sacristía de la iglesia donde recibió el homenaje del clero que estaba presente y felicitó a Vicente cuando lo enteraron de que más de seis mil personas habían comulgado en esos días; cifra notable para la época, pues la comunión diaria no era aún una práctica frecuente.

--¿Está contento, Don Vincenzo? preguntó el Papa. Y al observar que Vicente Pallotti no lo estaba, el Papa se dirigió jovialmente a los circunstantes:

--Ya ven; yo sabía que Don Vincenzo no estaría satisfecho en ningún caso. Efectivamente Don Vincenzo no estaba contento. Tenía sus dudas y sus reservas, porque nadie conocía a sus conciudadanos mejor que él; estaba en contacto íntimo con las masas y se daba perfecta cuenta de las fuerzas ocultas que estaban operando bajo la superficie y preparaban la manera de asestar un golpe mortal al papado y a la religión católica.

Pío IX había llegado al solio con la reputación de ser un hombre de ideas liberales, que no simpatizaba con las medidas represivas y austeras de sus predecesores. Los demás príncipes italianos, presintiendo las consecuencias de la agitación popular, estaban tomando medidas, más o menos tímidas, para capear la tormenta que se avecinaba. Procuraban dar a las organizaciones representativas, en proceso de formación, una mayor participación en los gobiernos, en el control de las finanzas y en la sanción de las leyes; previsiones buenas sin duda, con tal que se impidiera con ellas el traspaso del poder a los conspiradores y agitadores que en realidad procuraban adquirir para sí el poder público, bajo la máscara de la soberanía

popular.

Pío IX debió convencerse, por la dura experiencia, de que los demagogos que se acercaban a él con hermosas palabras y promesas todavía más hermosas, no eran efectivamente los patriotas de primera agua que aparentaban ser; mas, la experiencia aciaga le enseñó que detrás de los portavoces había otras figuras tan escondidas entre las sombras que muchas personas ni sospechaban que existieran ni se imaginaban lo que estaban maquinando. Pero Pallotti no estaba engañado, pues tenía un criterio muy simple y estaba en situación, por sus contactos tan estrechos con la masa popular, para aplicarlo. Su criterio era: toda idea política y revolucionaria que atentara contra la fe y la práctica religiosa era repudiable en esa circunstancia concreta.

Pío IX decidió conceder una constitución a los pueblos del Estado Pontificio, que por una parte aseguraba los derechos de la Santa Sede y por otra admitía el principio de la representación popular. Teóricamente era una excelente solución, pero no fue aceptada lealmente por los agitadores, cuyas miras eran otras. Lo tenían todo planeado: agitación popular, represión por el gobierno, revolución, destrucción violenta del papado y anulación de la religión.

La noticia de que el nuevo papa era "liberal" atrajo a Roma y sus alrededores una cantidad de agitadores profesionales de otras partes de Italia decididos a llevar sus planes a la ejecución lo más pronto posible. Pero la ciudad de Roma poseía una policía eficiente y no resultaba tan fácil ejecutar esos planes a ojos vistas de los guardianes de la ley; por esa razón les era más fácil y más cómodo trabajar a las masas en los pueblos y aldeas que rodeaban la ciudad, pues de esos lugares la ciudad extraía sus recursos vitales y si en ellos se lograba agitar el ambiente, la agitación pronto pasaría a la ciudad misma. La primera tanda de agitadores se dedicó preferentemente a los pueblos. Pallotti conocía muy bien la mentalidad y las disposiciones de los aldeanos, por que la iglesia de la Sociedad del Apostolado Católico en Roma solía ser muy frecuentada por ellos. Desde el año 1846 en adelante -el hecho es significativo- el Apostolado Católico, a pesar de su número reducido de sacerdotes, dio una serie de ejercicios y misiones populares en los pueblos y villorrios en los alrededores de Roma. Se trataba de salvar la fe de estos paisanos que estaba amenazada por los esfuerzos de los sectarios.

CAPÍTULO VI

LOS APREMIOS

Los revolucionarios complotados, a la postre, lograron imponerse. El Sumo Pontífice se vio obligado a nombrar a varios de ellos para los ministerios más importantes del Estado Pontificio y el fin era previsible. El Pontífice, desengañado y desilusionado, se retiró al palacio del Quirinal, donde los revolucionarios lo rodearon de guardianes para impedir su posible huida.

La tarde del 24 de noviembre del año 1848 el embajador de Francia se presentó en palacio para una audiencia con el Pontífice y fue admitido por los guardianes. La audiencia duró mucho tiempo y los soldados se admiraban de su prolongación. No sabían que mientras el embajador estaba en la sala de audiencias, el Papa se retiró a sus aposentos privados, se despojo de las vestiduras pontificias y vestido de simple sacerdote salió por una puerta excusada y acompañado por un sirviente se ubicó en un coche que esperaba en una calle de poco tránsito, dirigiéndose luego por caminos solitarios hasta un lugar cerca del Coliseo donde lo aguardaba el coche del embajador de Baviera. El Pontífice subió en este vehículo, en compañía del embajador, cuyo pasaporte diplomático franqueó la salida de la ciudad; el coche se dirigió a Nápoles. Se repetía la historia de Pío VI y Pío VII, obligados a salir de la ciudad de los papas.

El enojo inicial de los revolucionarios se convirtió en regocijo cuando se dieron cuenta de que la reacción popular no los amenazaba. Los sacerdotes del Apostolado Católico sintieron muy pronto la pesada mano persecutoria de los nuevos gobernantes, cuando les fue prohibida la predicación en el hospital militar y serles impedido el acceso a los soldados enfermos. Finalmente se les vedó completamente toda entrada al hospital.

Se llegó a la proclamación de la república romana y a pesar de las declaraciones iniciales de los revolucionarios manifestando su profundo respeto por la religión, se reprodujo paso a paso el plan de persecución del clero y de los creyentes harto conocido; todo sacerdote que se presentaba en público peligraba hasta el extremo que unos treinta de ellos perdieron la vida en atentados callejeros.

Un día Vicente Pallotti tuvo ocasión de atravesar la gran plaza delante del Quirinal; había guardias y uno de los soldados levantó su fusil y disparó a quemarropa contra el sacerdote, pero, inexplicablemente, no dio en el blanco. La comunidad del Apostolado Católico se dispersó, después de hacer ejercicios por tres días. Sus amigos presionaron a Vicente para que se refugiara en el colegio irlandés de Roma, edificio extraterritorial que se presumía (equivocadamente) que sería respetado. Aquí permaneció cinco meses, empleando el tiempo en oración y en recibir a quienes, enterados de su refugio, acudían a requerir su consejo.

Mientras estaba allí, los revolucionarios invadieron un día el colegio en busca de

posibles refugiados. Sospechaban que había un cardenal oculto en el establecimiento, pero en cualquier caso se habrían felicitado con la captura de Pallotti. Recorrieron todos los ambientes pero, inexplicablemente, pasaron por alto el aposento donde estaba Vicente. Siempre se ha pensado que tanto en esta ocasión como en la otra en que el soldado le disparó su fusil, Dios intervino para impedir que Pallotti muriera a manos de sus compatriotas enceguecidos.

En las largas horas de su retiro, Pallotti escribió varias cartas para descifrar el sentido oculto y místico de la calamidad que se cernía sobre la Iglesia y los Estados Papales; exhortaba a sus lectores a mostrar una fidelidad siempre mayor a Nuestro Señor y un gran resignación a su santa voluntad. Una carta fue dirigida a los Pastores de la Iglesia, otra al Rey de Nápoles, a la sazón depositario de la persona del Sumo Pontífice; otra a sus discípulos de la Sociedad del Apostolado Católico, otra a los sacerdotes que misionaban en Inglaterra, otra a los seminaristas del colegio de la Propaganda. Escribió también a las monjas de dos comunidades religiosas desposeídas por los revolucionarios. A las monjas del monasterio de Santo Domingo y San Sixto, dijo:

"Cread ahora en vuestras almas un nuevo y más rico monasterio espiritual. Este monasterio consistirá en poseer a Dios más firmemente que nunca... Ahora podéis decir: mi monasterio es Dios, la totalidad de Dios y sus atributos divinos y su infinita perfección. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son vuestro divino monasterio. El poder infinito de Dios, su sabiduría, su bondad, misericordia, pureza y sus infinitas perfecciones son de ahora en adelante vuestro monasterio."

A las monjas del monasterio de Clarisas de San Silvestre in Capite escribió recomendándoles que aceptasen de buen agrado sus padecimientos que por la permisión divina habían sobrevenido recordándoles la mística doctrina de la conformación humana a la trayectoria de la vida de Nuestro Señor en la tierra. Les hacía ver como todo ser humano, en algún momento de su vida en la tierra, tiene la oportunidad de imitar, en su propia vida, los padecimientos del Señor. "Cuanto más somos mortificados y padecemos amorosamente para imitarlo en sus sufrimientos, tanto más Nuestro Señor nos hará abundar en gracia para realizar las obras que conducen a la vida eterna".

Los soberanos católicos de Europa decidieron por fin que el orden debía ser restablecido en el Estado Pontificio. Las tropas francesas desembarcaron en Civitavecchia y llegaron hasta las afueras de la ciudad de Roma a principios del mes de julio de 1849. Su entrada en la ciudad fue descrita en estos términos por Vicente en una carta privada:

"Se trató de impedir la entrada por medio de defensas, barricadas, armas, arengas para soliviantar el pueblo, mentiras y otras malas artes. La noche del domingo primero de julio el general francés con trescientos hombres entró en la ciudad, pero mucha gente, inclusive gente buena, y hasta mujeres armadas con fusiles, estaban alarmadas con esta venida porque se les había dicho que iban a asesinar a todo el mundo, excepto a los sacerdotes y las monjas, y saquear sus bienes."

Nótese la frase: "inclusive gente buena". ¿Quién puede estimar el poder de la propaganda? Las insinuaciones de los sectarios prendieron en las mentes de muchos y dieron su fruto.

"Algunos (escribe Pallotti) han mostrado su mala disposición apuñalando a sacerdotes y soldados y otras personas por la espalda. Todo se había dispuesto para que a su llegada el ejército francés encontrara las calles sembradas de cadáveres; por milagro no se pudieron cumplir estos planes."

Algunos de los integrantes de la comunidad del Apostolado Católico se refugiaron en Roma misma; otros se retiraron fuera de la ciudad. Corrió el rumor de que había grandes riquezas, tesoros inmensos, en la sede; la casa fue prolijamente revisada, pero no se encontró nada porque no había nada. Poco a poco la calma volvió a la ciudad, pero el gobierno provisional instalado después de la caída de los revolucionarios se mostraba irresoluto e indeciso.

"Me atrevo a escribirle (dice Pallotti a un cardenal muy influyente) sobre la necesidad de un plan de acción decidido, universal, completo y estable. Temo, en vista de ciertas maniobras, ya en marcha, que vamos a terminar con medidas a medias, las cuales siempre concluyen mal."

Vicente Pallotti tenía un plan, cuya aplicación resolvería los problemas de su época. Nos apresuramos a decir que este plan, cuyas características se hallan detalladas en su carta a los Pastores de la Iglesia, no tiene nada que ver con las temporalidades de esta tierra, porque la mente de Pallotti no estaba ocupada con los problemas financieros y económicos, ni con recomendar el mejor sistema de gobernar a los seres humanos.

Su mundo era un mundo sobrenaturalizado y de acuerdo con su pensamiento los males de su era nacían del desprecio y el olvido de lo sobrenatural. La actitud fundamental de su generación debía ser cambiada. En primer lugar ese cambio debía partir de aquellos cuya misión está esencialmente relacionada con los valores sobrenaturales: los Pastores de la Iglesia. En su carta a ellos, escrita en los días sombríos de su ocultamiento en el colegio irlandés, Pallotti enumera en esta forma los males más graves de su época.

Hace primero la reflexión que en ese momento el mundo sobrenatural está amenazado no por una sola herejía, sino por una verdadera constelación de ellas. La palabra "herejía" para muchos contemporáneos de Pallotti en la Italia de entonces significaría alguna de las viejas doctrinas rechazadas definitivamente por la Iglesia en las edades pasadas: el arrianismo, por ejemplo, o el nestorianismo. Pero mientras Pallotti escribía su carta, las herejías más radicales que el mundo cristiano ha conocido se estaban incubando en el norte de Europa. En un lugar se hallaba ya Carlos Marx en plena producción, planeando como convertir la doctrina de la existencia de Dios en la persuasión, la más universal posible, de que precisamente esa doctrina constituye el mayor obstáculo al progreso y la felicidad de los seres. En otro lugar, un hombre de temple científico excogitaba cómo excluir a la divinidad de su intervención en la larga ascensión del hombre y reemplazarlo con la selección natural y la supervivencia de los más adaptados. La espada de la verdad, decía Pallotti, está en manos de la Iglesia y es menester que la desenvaine.

El segundo mal grande de su época, dice Pallotti en la misma carta, es un mal que, a fuer de habituados, casi se nos pasa ya inadvertido: la blasfemia. Puede colegirse hasta dónde hemos avanzado hoy por este camino si reflexionamos que los soberanos de algunas de las naciones más poderosas de la tierra se han dedicado, ellos y los recursos de sus pueblos, a sostener pública y oficialmente la proposición de que Dios no existe y a propagar esta tesis por todo el mundo. Los soberanos de las naciones creyentes aceptan sin inmutarse esta tremenda negación y todo prosigue como si no se hubiera dicho y hecho nada contra la Majestad de Dios. Alguna reacción en el seno de cierto grupo de creyentes; alguna obra teológica refutando el terrible error; algunos artículos periodísticos; algún acto de reparación realizado por un grupito de fieles. Y nada más. Sin embargo, todo hombre con conciencia de Dios y de su Santidad y de su Amor siente en la fibra misma de su alma que la blasfemia es el más terrible de los pecados humanos. Así lo sentía Vicente Pallotti que en su juventud hizo voto de que besaría el suelo de su aposento en reparación por las blasfemias que podría escuchar esporádicamente en su paso por las calles. Para que otras personas compartieran con él este santo horror por tan tremendo vicio y se dieran cuenta de la necesidad que hay de hacer pública reparación por él, instituyó en diversas ocasiones cofradías y sodalicios para glorificar el nombre de Dios y hacer reparación por la blasfemia.

Otro gran mal de su tiempo señalado por Vicente es la decadencia de la *veracidad*, especialmente entre los gobernantes. "En lugar de la ley, impiedades y mentiras surgen de Sion". ¡Cuánta razón tenía! Sin embargo, no había llegado todavía la hora en que el título mismo de la gran institución a la cual estuvo vinculado por tantos años -la Propaganda, sería transformado en el letrero que cubriría a todas las mentiras sistemáticas que, tanto en las épocas de guerra como en la paz, destruyen la

caridad entre los seres humanos y envenenan de odio todas las relaciones sociales entre los pueblos.

Con libertad apostólica, Vicente denunció también la incuria y el descuido en que el oficio pastoral había caído entre obispos y superiores eclesiásticos. Estos obispos y superiores, por timidez, descuido o ignorancia no se atrevían a emplear los medios que en sus manos están puestos para cuidar de sus rebaños, como serían los sínodos y las visitas canónicas a los institutos religiosos.

Pasa luego a determinar lo que, a su juicio, sería el único remedio eficaz y permanente:

"En los reinados de los pontífices de santa memoria, Pío VI, Pío VII y al principio del pontificado de Gregorio XVI, Dios nos habló en su ira y su misericordia (es una referencia a las tribulaciones de estos papas, y a los amagos de revolución durante sus pontificados) pero las cosas no mejoraron. Una vez más Dios nos ha hablado en su ira y su misericordia (alude a la revolución romana). El tiempo ha llegado para el empleo de remedios más eficaces y más universales, para que todos los órdenes de las personas en la Iglesia de Dios lleguen al convencimiento de su deber. La manera de hacer esto es mediante la convocación de un Concilio General de la Iglesia."

No era la primera vez que un concilio general es invocado por Pallotti como la solución. Ya en 1840, en una carta a sus discípulos, escrita durante su larga ausencia de Roma por enfermedad, vuelve sus ojos a las necesidades más urgentes de la Iglesia y opina que un concilio ecuménico sería la solución más adecuada para ellas.

La concepción pallottiana del mundo tiene una limpieza y una sencillez encantadoras. El orden del mundo está cimentado sobre la aceptación y la observancia de los valores sobrenaturales. Estos valores son la clave de la felicidad en la tierra y de la salvación eterna. Si estos valores son enseñados y observados como corresponde, los hombres serán felices. Si los seres humanos honran y sirven a Dios, se honrarán entre sí y se querrán. Si los hombres reverencian a la Virgen Santísima, reverenciarán a todas las mujeres del mundo. El hombre perfecto es Jesucristo y cuanto más cerca los hombres lo imitan tanto más perfectos serán ellos. Aquí está el principio y el fin, el alfa y el omega, de la incesante búsqueda humana de la felicidad y la perfección.

Podría parecer que Pallotti, nutrido de ideas tan místicas, absorbido en la contemplación del juego de las causas últimas entre los seres humanos, estuviera viviendo fuera de la realidad concreta de este mundo, un ser estratosférico que moraba más allá de las nubes. Pero no era así. Un sector de su mente, es cierto, se dedicaba a la contemplación de estos inconmensurables, pero otro sector se ocupaba de los detalles concretísimos de la tarea diaria: cómo mandar mil coronas romanas a Londres, sin perder demasiado en el cambio; que la casa de Londres debe ser levantada con suficiente amplitud para que quepan huéspedes; si conviene mandar unos albañiles italianos allí para trabajar en la construcción de la casa; que un poder notarial sea

extendido directamente en inglés, para evitar gastos de traducción posteriores; que él personalmente se ocupará de la confección de unos rosarios, con tal que se le envíen las cuentas; su correspondencia trae muchos detalles prácticos y juiciosos como estos que hemos citado.

La Iglesia encaró la reforma auspiciada por Pallotti a través del Primer Concilio Vaticano, pero veinte años irrecuperables habían pasado mientras tanto y el concilio debió suspenderse en la mitad de su tarea porque el tambaleante Estado Pontificio tocaba visiblemente a su fin, después del milenio largo de su existencia.

Restablecido el dominio temporal de los papas por la entrada de las tropas francesas en 1849, no le restaba ya mucho tiempo a Pallotti. Reanudó sus acostumbradas tareas; los sacerdotes de la Sociedad retomaron los hilos de su apostolado en el hospital militar, en los asilos y colegios; en el corazón de todo estaba Vicente. Los aspirantes a ingresar en la comunidad crecían en número y Vicente buscaba una casa en los alrededores de Roma que pudiera servir como noviciado. Pero se aproximaba el fin y él lo presentía. Durante los tristes días del mes de mayo de 1849, escribe en su Diario que había llegado ya a los 55 años de edad: la primera vez que anota en ese libro un detalle de este tipo.

"Dios mío... por un prodigio incomprensible de tu infinita misericordia me has permitido vivir hasta este momento. Durante cincuenta y cinco años tus mercedes infinitas me han sido concedidas... ¿Dios mío, qué haré con lo que me queda de vida? No se cómo hablar ya..."

Y luego cita las palabras de la Escritura: "Ven, mi amado, ven, apresúrate, ven y no demores".

Al fin de noviembre de 1849 se retira a hacer ejercicios en la casa de los Padres Lazaristas en Roma. Serían sus últimos ejercicios.

"Dios mío (escribe en su Diario) mi infinita misericordia, vengo a tu casa lleno de confusión. No sé qué debo hacer. No sé cómo hacer estos santos ejercicios. No sé qué provecho debo extraer de ellos."

Y nuevamente recuerda que tiene ya 55 años y como si mentalmente estuviera cerrando una cuenta abierta hace tantos años cuando declaró que Dios y sólo Dios sería su objetivo; no el intelecto, ni la voluntad, ni el alimento, ni el aire, ni nada de este mundo; Dios y nada más que Dios- pasa a preguntarse si ha utilizado alguna de estas cosas como si fueran finalidades y no simples medios para un fin.

"¿Dínos, Vicente, como has aprovechado el amor infinito de Dios... Cómo has aprovechado el don del libre albedrío... Qué abusos has hecho de los poderes del alma y los sentidos del cuerpo... Qué usos has hecho de la salud... Cómo has aprovechado las enfermedades... Has usado de la luz de este mundo para contemplar y amar la inextinguible luz

de Dios... Has aprovechado del hambre y de la sed para tener hambre y sed de Dios, que es el verdadero alimento de nuestras almas... Has usado a todos los objetos creados en la forma en que Dios ha querido... Cuántas veces has usado de las cosas creadas para dañarte el alma y escandalizar a tu prójimo?"

¿Quién puede penetrar los secretos del ser humano que está muy cerca de Dios? Su Diario en este punto revela que la atracción de la divinidad se manifiesta irresistible; luego sigue otro movimiento de su espíritu en que llora su indignidad; pasa inmediatamente a glorificar a Dios porque su infinita bondad lo obliga a ubicarse por encima del obstáculo de la indignidad humana. He aquí unas líneas singularmente bellas de su Diario.

"Mi Dios, tú me permites vivir y me comunicas todo lo que tú eres, Uno y Trino, para transformarme todo en tí, hasta llegar a ser una sola cosa con el Padre, el Hijo y el Espíritu. Dios mío, porque yo soy yo y tú eres quien eres, estoy obligado a decir: aléjate de mí, Señor, porque soy un hombre pecador; pero al mismo tiempo debo decirte: ven Señor, no tardes, porque sin tí no puedo estar ni un solo instante. Y para poder expresar lo que siento debo decir al mismo tiempo que sufro contigo, porque el infinito amor con que me has amado desde la eternidad te obliga a venir hacia mí, a estar conmigo y a hacerme uno contigo. Dios mío, tu amor te lleva a excesos... Ven, mi amado, ven, apúrate; ven sin tardar. Una cosa me consuela por este exceso de amor tuyo, tan antiguo y tan nuevo, y es que en cada momento de mi vida, ahora y en la eternidad, tu infinito amor será glorificado..."

En este período final de su vida escribió una paráfrasis del Benedicite, ese gran cántico de la Sagrada Escritura que la Iglesia emplea en la liturgia.

Esta paráfrasis comienza con un pensamiento que Pallotti expresó muchas veces en sus meditaciones: la destrucción de sí mismo para hacer lugar a la persona de Cristo.

"Jesús mi Señor (escribe), expúlsame a mí y en mi lugar colócate a tí mismo. Que mi vida y todas mis obras sean destruidas, y tu vida sea mi vida."

La paráfrasis establece enseguida un nuevo término de asimilación con Nuestro Señor. En meditaciones anteriores, Vicente fundaba su deseo de asimilación a Jesucristo en los textos de la santa infancia y la vida pública del Señor. Ahora aparece el deseo de unirse con Jesús a través de la agonía, la muerte, la resurrección.

"Tu agonía sea la mía, tu muerte mi muerte, tu resurrección mi resurrección, tu ascensión mi ascensión. Que todo lo tuyo sea también mío. Que la vida de la Santísima Trinidad sea mi vida."

El pensamiento de su muerte inminente es aceptado y utilizado por Vicente como un elemento activo para satisfacer su ardiente deseo para la incorporación definitiva en Dios. Quiere que su muerte misma sea un acto de alabanza al Creador.

Toda la información recogida por sus discípulos acerca de estos meses finales de su vida, indica que tenía alguna presciencia concreta de ella. Un día va a visitar a Vicente un viejo amigo, el padre Bernardo Clausi, de la orden de los Mínimos. Bernardo viene a despedirse porque se va al pueblito de Paola en Calabria, cuna del fundador de su orden. Los dos amigos se hacen sendos regalitos de despedida: Vicente le da una tabaquera para rapé; Bernardo le da un paquetito de rapé. Hay un diálogo entre ellos, que ha sobrevivido; una de esas conversaciones elípticas entre personas que se conocen muy bien y necesitan sólo insinuar su pensamiento para que el otro entienda.

--"Vicente, yo me voy. Tú, ¿qué haces en este mundo desgraciado?"

- "Así que te vas, Bernardo. ¿Adónde vas?"

- "Me voy a visitar a abuelo y abuela". (Los padres de San Vicente de Paola estaban sepultados en el pueblo homónimo). Callaron un rato y después el padre

Bernardo dijo:

- "Acuérdate, Vicente, después de un mes y tres días nos encontraremos allá."

La muerte de Vicente acaeció exactamente un mes y tres días después de la muerte de Bernardo Clausi.

Vicente continuó con sus ocupaciones habituales en esas semanas postreras de su vida, pero sus colaboradores inmediatos notaron algunos detalles nuevos. Esta vez nombró a otro sacerdote para que fuera director de las funciones del Octavario de la Epifanía. Era la primera vez que lo hacía. Hizo una lista de los bienhechores de la fiesta, anotando cuidadosamente la dirección de cada uno; también era la primera vez que lo hacía. Y cuando terminó el Octavario y algunas personas lo felicitaron por su éxito, les dijo: "El año próximo tendrán que hacerlo sin mí". Otro día fue a visitar a un viejo amigo, que por enfermedad no había podido asistir ese año al Octavario, y Vicente le dijo, al despedirse: "No se preocupe por mí. ¿Entiende?, no se preocupe más por mí".

El día 14 de enero fue a celebrar la misa en el convento de las Hermanas del Sagrado Corazón, junto a la iglesia que remata la famosa escalinata que conduce desde la Plaza de España, tan conocida y admirada por los turistas. Durante la misa predicó a las hermanas el que habría de ser su último sermón. El tema era el de la Madre Admirable, en cuyo altar celebró la misa. Una hermana presente tomó algunas notas del sermón y ellas nos dan a conocer que Vicente señaló con especial empeño la azucena que la Virgen lleva en sus manos en el cuadro sobre el altar. Y al despedirse de la madre superiora, le dice: "No nos veremos más".

El mismo día hace una visita a las hermanas del Apostolado Católico en la Casa de la Caridad; el día siguiente reza la misa en el monasterio del Divino Amor, invocación que le era muy cara; es la invocación preferida por el pueblo romano. Estaba citado a almorzar con su amigo Salvati, aquel que le levantó tan titubeante esa colecta decisiva para la fundación del Apostolado Católico. Durante el almuerzo se sintió mal. "Dios no quiere que coma, tengo fiebre", dijo; llamaron un carruaje y lo condujeron a su casa. Eran sus visitas de despedida.

Esa tarde vino una persona, a quien había dado cita en su casa para que se confesara, y al enterarse que Pallotti no estaba bien, quiso volver otro día, pero Vicente insistió en atenderlo. "Otro día será tarde", dijo.

Al día siguiente se levantó para decir la misa en el oratorio doméstico, volvió a la cama, y llamaron al médico, que diagnosticó un ataque de pleuresía, enfermedad peligrosa para quien tenía, como Vicente, los pulmones debilitados. El médico prescribió varios remedios, a lo cual Vicente observó que no valía la pena gastar tanto en medicamentos. (En realidad un antiguo compañero de estudios, farmacéutico, obtuvo el privilegio de suministrárselos gratuitamente y se sintió honrado de poder hacerlo).

Vino a preguntar por su salud Isabel Sanna, su penitente; Vicente dijo al sacerdote que en ese momento lo acompañaba que le avisara que "pronto dejaría su cama". El sacerdote, muy contento, le llevó el mensaje a la santa mujer, quien se afligió al escucharlo. "Don Vicente quiere decirme que se va a morir, porque no podrá llevar su cama al sepulcro consigo".

Toda su vida Vicente mostró una extraordinaria devoción hacia el Sacramento de la Penitencia. Ahora, en el lecho, de la muerte, su fervor se multiplicaba, porque lo solicitaba varias veces por día.

El domingo 20 de enero recibió el Santo Viático, rodeado por los sacerdotes de la Sociedad y por sus íntimos amigos. Uno de los sacerdotes le pidió que rezara por la Sociedad. "Una bendición de bondad y de sabiduría para la Sociedad..." alcanzó a decir, y le faltó la voz. Los sacerdotes seguían acompañándole después del rito, hasta que él se acordó que era domingo y que en la iglesia habría gente esperando confesarse. Una última llamarada del espíritu apostólico que ardió en él toda la vida le urgía a decirles: "Hay gente que espera, vayan a atenderla".

Esa misma noche recibió la Extremaunción y luego pareció mejorar, tanto que pensaron sus compañeros que el peligro se alejaba y ya no era necesario que hiciera sus últimas disposiciones por los asuntos de la Sociedad, pero insistió en tomar las medidas pertinentes.

Por muchos años Vicente había tenido en su biblioteca un libro de oraciones para la buena muerte; en el año 1843 lo mostró a uno de los padres y le rogó que se lo leyese en el lecho de la muerte. Varias veces había estado seriamente enfermo, pero no mencionó el libro ni la recomendación que había hecho; pero esta vez lo hizo. El

pobre padre Vaccari -quien le habría de suceder como rector general de la Sociedad, se convenció que la última hora se avecinaba. "¿Qué será de nosotros? -preguntó en su desesperación-. Sin ud. la Sociedad desaparecerá". La respuesta de Vicente, clara, decisiva y nítida como el tañido del bronce, ha sostenido a todos sus discípulos en muchas horas críticas por más de un siglo: "La Sociedad sobrevivirá y será bendecida por Dios". Y pasó a decir que su muerte misma daría nueva vida a la Sociedad. Este padre Vaccari era hombre de sentimientos profundos y amaba tiernamente a Vicente; para seguirlo había abandonado la perspectiva de una gran carrera. El afecto que sentía por Vicente lo llevó a importunarlo. "Padre Vicente -le dijo-, si Ud. le pide a Dios que le prolongue la vida, Dios lo escuchará". Mas la respuesta de Pallotti fue decisiva, "Déjame ir donde Dios me llama".

Pocas horas antes de su muerte, Isabel Sanna vino de nuevo en busca de noticias. Le informan a Vicente de la visita y le manda este mensaje: "Dice Don Vicente que mañana es una gran fiesta en el cielo". El 23 de enero, en el calendario romano, es la fiesta de los Esponsales de la Virgen. Isabel Sanna, la santa intuitiva, entendió inmediatamente lo que Vicente le mandaba decir, y se retiró a su pobre refugio a llorarlo. "Díganle a Don Vicente que he comprendido".

La muerte de Vicente Pallotti ocurrió a las nueve y cuarenta y cinco de la tarde del 22 de enero de 1850. Tenía cincuenta y cuatro años, nueve meses y un día de edad.

Sus restos fueron expuestos en la iglesia de la comunidad durante tres días. Al velatorio concurren muchísimas personas: prelados de la corte pontificia, sacerdotes, religiosos y grandes masas del pueblo. Todos deseaban obtener reliquias, aplicaban sus rosarios y medallas al cadáver y en seguida muchas personas comenzaron a pedir su intervención, pues la segura intuición católica les indicaba que no se equivocaron al atribuirle santidad a este hombre, cuya vida transcurrió en medio de ellos, cuyas obras habían visto con sus propios ojos. "Pallotti es un santo", decían sin temor a equivocarse.

El creyente en lo sobrenatural no se sorprenderá al saber que este hombre, cuya vida estaba totalmente entregada a la sobrenaturalidad, no haya muerto sin que algún portento señalara el misterioso tránsito al otro mundo. Isabel Sanna lloraba en su piecita humilde cuando de improviso lo vio a Vicente abrazando al Crucificado, de cuyas heridas parecía partir una luz que iluminaba la cara de Pallotti. La visión duró unos quince minutos y la mujer pudo marcar con precisión el momento de su terminación, pues coincidió con los toques de la gran campana de San Pedro, que esa noche del 22 de enero llamó a las diez. A la misma hora de esa noche un padre carmelita estaba arrodillado en el coro de la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias en Roma, después de concluir los rezos de comunidad; de improviso se puso de pie y, ante el asombro de sus compañeros, pronunció estas palabras: "En este momento Don Vicente Pallotti ha pasado al cielo". Le preguntaron si había visto una visión, pero

respondió que no, pero que había experimentado una súbita convicción y se sintió urgido a expresarla.

El cadáver de Vicente, revestido de los ornamentos sacerdotales, fue colocado en una tumba preparada en el piso de la iglesia. El cuidado con que sus restos fueron sepultados, los sellos puestos en el triple ataúd, el pergamino y las actas levantadas demuestran que desde el primer momento las personas que intervinieron se dieron cuenta que todo debía ser hecho con la mayor prolijidad, porque algún día estos procedimientos formarían parte de un proceso canónico, como efectivamente sucedió.

"Vicente Pallotti -dijo uno de sus compañeros- no dejó ninguna herencia de oro ni plata, ni objetos de valor; únicamente un poco de ropa vieja y remendada de uso personal. Dejó, eso sí, gran riqueza de objetos penitenciales, que se conservan como reliquias".

Testigos dignos de fe han aseverado que por un mes después de la muerte de Vicente, el ambiente de la pieza donde murió estaba impregnado de un perfume singular, a pesar de la ventana que se dejó abierta. ¿Y por qué no? Desde ese lugar un santo había pasado a la gloria y no sería la primera vez en que el Señor de la Naturaleza y de la Gracia haya querido honrar así a los lugares donde sus almas elegidas han morado.

Los caminos de la santidad son variados. Había un profesor de Sagrada Escritura en Roma, don Giovanni Allemand, que se aconsejaba con Vicente Pallotti en los asuntos de su alma. Vicente le escribe:

"Se puede llegar a la santidad a través del cultivo de la literatura, en las academias científicas, las cátedras universitarias, los círculos eruditos, lo mismo que entre los humildes de este mundo."

El programa de Vicente exigía el empleo de todos los medios lícitos para el servicio de la religión. Estaba convencido que la Iglesia necesitaba muchos sacerdotes que supieran entrar en contacto con las almas, y llevarles la bondad. En otra parte de la carta a Allemand, ya citada, dice: "Ud puede llegar a ser santo tratando con cualquier persona, sin fijarse en su calidad, si Ud comienza con lo que interesa al otro, para llevarle después a lo que le interesa a Ud." Y si este interés no es otro que la santidad, la acción remata lógicamente en una comunicación de la bondad.

La manera de actuar de Pallotti tiene una característica que la distingue. Pensaba que los sacerdotes deben perfeccionarse en la técnica de las relaciones humanas, para la conducción a la bondad y la santidad. "Comenzar con lo que interesa a ellos, para llevarlos a lo que le interesa a Ud." ¿No sigue siendo éste el único puente viable entre el pueblo y clero, en nuestra propia época en que la divergencia entre clero y pueblo parece hacerse cada vez más honda?

La santidad, lo mismo que el sufrimiento, está rodeada por una vasta y profunda soledad. La esencia de la santidad es incomunicable a los demás hombres, como lo es también el dolor. El santo es un ser sumamente individual y personal y no hay verdaderos géneros ni especies entre los cuales ubicarlo. Sin embargo, todos los santos tienen ciertas experiencias en común y esto los ha llevado siempre al cultivo de la mutua amistad. Los santos siempre tuvieron amigos y entre esas amistades, siempre se hallaban otros santos. ¿Quiénes eran los santos amigos de Vicente Pallotti?

Primero de todos recordamos a San Gaspar del Búfalo, fundador de la Congregación de la Preciosísima Sangre, con quien Vicente Pallotti estuvo vinculado en sus primeros pasos en el apostolado activo.

Tuvo el consuelo de asistirlo a San Gaspar en su lecho de muerte e indujo a muchas personas a cultivar la devoción hacia su figura apostólica; fue un testigo importante en el Proceso de su Beatificación. Luego mencionaremos al Venerable Bernardo Clausi, quien nació en Calabria en 1787, se ordenó como sacerdote secular, ingresó en la orden de los Mínimos de San Francisco de Paola, una de las órdenes más austeras de la Iglesia, en cuya regla está incluida la abstinencia perpetua en virtud de un voto solemne. Bernardo Clausi pasó la vida en varios monasterios de su orden, incluso en el de Roma, y tenía mucha fama entre el pueblo por su santísima vida, sus predicciones sobre el futuro y su don de milagros, hasta el punto que el saber que se hallaba en un lugar determinado, era suficiente para que el monasterio se viera asediado por centenares de personas deseosas de entrevistarlo y recibir los sacramentos de sus manos. Parece que su amistad con Pallotti comenzó en el año 1830, en cuyo año Clausi estaba en Roma y concurría con frecuencia a un monasterio de la rama femenina de su orden, donde una monja, la Venerable Luisa Maurizi estaba bajo la dirección espiritual de Pallotti. Hemos ya descrito la manera en que Vicente Pallotti y Bernardo Clausi se despidieron en este mundo y la predicción de este último.

Luego recordamos a la Venerable Isabel Sanna; los detalles de cuya vida son hartos curiosos. Isabel nació en Cerdeña y en su infancia tuvo un ataque de viruela y fue víctima del tratamiento bárbaro que entonces se practicaba: le seccionaron los tendones de los antebrazos, de manera que perdió casi enteramente el uso de sus manos; no podía vestirse sola, ni llevar las manos hasta la cabeza, ni peinarse; para alimentarse debía usar una descomunal cuchara de largo mango. Nació en 1788 y a pesar de su físico, se le encontró marido, con quien tuvo cinco hijos. Después de la muerte de éste, vistió el hábito de terciaria franciscana en su hogar y en un momento dado sintió el impulso de hacer una peregrinación a Tierra Santa. Dejando sus hijos al cuidado de unos parientes, se embarcó para Génova para encontrar allí un barco que la llevara a Tierra Santa, pero no zarpaba ninguno, porque amenazaba una guerra en el Medio Oriente. Isabel decidió continuar hasta Roma y allí esperar una ocasión más favorable. Tenía muy poco dinero y gran parte del viaje desde Génova a Roma fue hecho a pie. Llegó a Roma en el mes de julio de 1831 y se instaló en una piecita cerca

de la basílica de San Pedro, en una casa ahora destruida cuyo solar está en los confines de la Ciudad del Vaticano. Allí vivió hasta su muerte. Era analfabeta, no hablaba más que el dialecto cerdeño y le costó mucho aprender el italiano. Además de los brazos mutilados sufría de una afección al cuello que le impedía mantener erguida la cabeza, de manera que debía permanentemente llevar puesta una almohadilla alrededor del cuello. Era pequeña de estatura, de semblante tosco, tez descolorida; sus ojos, muy negros, según lo recordaba un testigo en la causa de su beatificación, eran sumamente vivaces y penetrantes. Acostumbraba pasar gran parte del día en San Pedro, donde escuchaba innumerables misas. Vivía de limosnas, aceptando sólo las que necesitaba para mantenerse durante el día en curso.

Isabel Sanna se encontró con Pallotti un día en que ella acompañó una procesión desde San Pedro, cuyas inmediaciones conocía, hasta el Panteón, que le era desconocido. Estaba perdida y no atinaba a hacerse entender porque nadie sabía el dialecto cerdeño; finalmente se dirigió a Pallotti, que estaba presente, y él pudo solucionarle el problema. Isabel ya lo conocía de nombre pero le habían dicho que no podría confesarse con él porque no la entendería. Desde ese encuentro fortuito hasta la muerte de Pallotti, él fue su director espiritual. Se dio cuenta de que estaba en presencia de un alma singularmente dotada. Por intermedio de alguna persona que entendía su dialecto; le hizo dictar una explicación a su manera de orar. El documento existe, extendido en lenguaje de extrema sencillez y da cuenta del progreso de un alma a través de todos los grandes pasos de la oración, un alma que se quiere liberar de un obstáculo cuya presencia reconoce pero cuya naturaleza ignora. Isabel Sanna tenía grandes luces. La gente llegó a saber que esta pobre mendicante analfabeta tenía una visión que le ayudaba a discernir la verdad de la falsedad y comenzaron a pedir su consejo; parecía intuir el futuro, por lo menos algunas veces y sus oraciones parecían ser escuchadas. La gente se acercaba a ella mientras estaba en San Pedro, o acudían a su piecita. Era corta de genio y poco comunicativa. No contestaba a todas las preguntas que le hacían, pero siempre invitaba al interlocutor a rezar con ella. Si el encuentro se realizaba en su piecita, encendía unas velitas delante de una imagen de la Virgen que poseía la *Virgo Potens* y rezaban juntos. Mucha gente la frecuentaba: una duquesa de Sajonia; un prelado que llegó a ser cardenal, muchachas que buscaban novios, mujeres temerosas de perder sus maridos, marquesas, condesas, muchachas y jóvenes que creían tener vocación religiosa, o que temían tenerla.

Vicente Pallotti encontró en ella una obediencia que era de grado heroico y la hizo la base de su santidad. Había una gran cuestión, un interrogativo formi dable: esta mujer tenía cinco hijos. ¿Debía volver a ellos o no? Sus instintos de madre la trabajaban; por otra parte, había cobrado un invencible temor al cruce del mar. Dejó el asunto en manos de Pallotti, quien la hizo examinar por un médico y éste declaró que el viaje era imposible realizar. Pallotti le enseñó a desasirse de todo lo que no fuera Dios; la instó, a pesar de sus modales poco cultivados y su falta de trato, a visitar un

hospital todos los días y repartir limosnas -ella que vivía de limosnas y animar a los enfermos a rezar. Algunos de éstos se reían de ella; otros, que miraban más hondo, la tomaban en serio. Con mucha paciencia Vicente le enseñó nuevos métodos de orar y la indujo a hacer los tres votos de religión. Llegó a darse cuenta que tenía un excelente juicio práctico y la consultaba de tanto en tanto por los asuntos de la Sociedad del Apostolado Católico y los consejos de esta mujer que no sabía leer ni escribir eran a veces más sanos que las opiniones de los doctos.

Isabel Sanna es recordada con gran afecto por los miembros de la Sociedad del Apostolado Católico. Formó parte de ella desde su fundación y su ejemplo sirvió para demostrar uno de los principios cardinales de la asociación: que los asociados deben servirla entre los límites de las posibilidades de cada uno. Después de la muerte de Pallotti, la Sociedad estaba muy pobre, e Isabel Sanna recogía limosnas para ella. "La Sociedad tiene dos grandes protectores ---dijo el sucesor inmediato de Pallotti en el gobierno de la institución--, uno es el Cardenal Lambruschini, antiguo secretario de Estado; el otro protector es Isabel Sanna". Antes de morir, Isabel hizo testamento en favor de la Sociedad; detalle curioso, una mendicante que deja legados. En realidad, la herencia material eran unos trastos viejos, pero había un legado de otro tipo, pues el testamento expresaba el deseo de ser sepultada cerca del cuerpo de Vicente Pallotti y esta voluntad se cumplió. Mucha gente buscó su intercesión allí donde sus restos están sepultados; muchas personas piden favores frente al cuadro de Virgo Potens que está colocado allí cerca.

Así fueron los amigos de Vicente Pallotti. Las biografías de todos ellos hacen resaltar una intensísima y cotidiana sobrenaturalidad en esas vidas. Se recoge la fuerte sensación al leerlas que en esa época había mucha gente que no sólo era creyente, sino que tenía también evidencias palpables del gobierno de Dios en el mundo.

No es el caso de comparar santos entre sí, ni de establecer jerarquías entre los místicos; no estamos procurando quitarle gloria a ninguno cuando afirmamos que Vicente Pallotti sobresalió entre todos ellos por su intenso espíritu práctico, pues tendía siempre a complementar su visión del mundo y de la religión con los medios prácticos y racionales. ¿Cómo hacer revivir la fe y la caridad en la tierra? Pues, coadyuve en la difusión universal del Apostolado Católico. ¿Cómo ayudar a la Iglesia a hacer frente a los peligros que la amenazan? Por un concilio universal. ¿Cómo sobreponerse a las dudas racionalistas contra la fe? Cooperando con las obras misionales.

CAPÍTULO VII

LOS MILAGROS

En vida ya se le atribuía a Vicente Pallotti una cantidad de intervenciones portentosas en casos de enfermedad y previsiones del futuro. Mucha gente decía abiertamente que era un santo. Su actitud constante era de pasar inadvertido entre sus semejantes. "Humilde en sus modales dulces, corteses y serviciales; humilde en su porte y en su manera de caminar y en todas sus acciones; humilde en su manera de vestir, en saludar, en ser el primero en descubrirse ante las personas"..., así lo describió un compañero. En su Diario leemos estas palabras:

"Deseo amar a Dios de esta manera, que mi amor no sea conocido por nadie fuera de él, para que cuando Dios me llame a morar con Él en el cielo, nadie me conozca sino Él."

La santidad, sin embargo, no puede ser ocultada. La Iglesia necesita sus santos, porque ellos son sus argumentos humanos para convencer al escéptico, al vacilante y al intranquilo de que la Iglesia es la Esposa de Cristo. Los fieles necesitan sus santos, porque encuentran en ellos el ejemplo concreto de cómo vivir y cómo morir. Necesitan los santos porque la Iglesia es una comunión, en que los glorificados ayudan a los militantes con sus oraciones y su protección. El gran mundo alrededor nuestro, teatro de tanta confusión y de tanto desconcierto, tan inclinado a confundir vicios con virtudes, necesita los santos para que aprenda, con el método seguro del ejemplo, cómo debe ser vivida la vida cristiana.

La gente empezó a rezarle a Vicente Pallotti apenas muerto. Millares de reliquias fueron distribuidas en su entierro y sus funerales. La devoción a su persona se difundió por el mundo conforme los sacerdotes y las hermanas de la Sociedad del Apostolado Católico se extendieron a todos los continentes, a las Américas, al Oriente, Australia, Africa...

La Iglesia no permite que nadie sea llamado santo sino después de un rigurosísimo examen que alcanza hasta los más pequeños detalles de la vida del candidato. Este examen, que se instituye de acuerdo con las normas legales, se llama el Proceso de Canonización y suele durar muchos años, a veces siglos. El proceso examina no sólo la vida o la obra del candidato, sino también los milagros que se alegan como producidos por su intercesión después de muerto. Un personaje importante en el proceso es el así llamado Promotor de la Fe, cuya obligación es provocar todas las dificultades posibles en la substanciación de la causa: este es el personaje que popularmente se intitula el abogado del Diablo.

Hubo milagros, hemos dicho, en la vida de Vicente Pallotti; los hubo también después de su muerte. Cuatro de estos milagros póstumos han sido examinados judicialmente y declarados auténticos.

El primer milagro tuvo lugar cuando un jovencito romano, jugando a la pelota en el desván del departamento en el tercer piso de un edificio, perdió pie y se precipitó hasta el suelo, a una distancia de dieciséis metros. Gravemente herido fue llevado inmediatamente al hospital, donde los médicos comprobaron la fractura del cráneo y conmoción cerebral. Durante cuarenta y ocho horas estuvo sin conocimiento y los síntomas indicaban una gravedad siempre creciente. Hemorragias de nariz y boca, declinación de pulso, respiración siempre más irregular. Recibió los auxilios de la religión y su madre solicitó permiso -infructuosamente- para pasar la noche con su hijito; su última noche de vida, opinaban todos. Volvió a su casa muy desconsolada y una vecina le recomendó que rezara a Vicente Pallotti y le dio una imagen del mismo. "Pídale un milagro", le dijo la amiga.

Rezó con mucho fervor. A la mañana siguiente corrió al hospital llevándose el cuadrito y se encontró con una gran novedad. El niño Alejandro describió lo acaecido durante la noche en estos términos:

"Me desperté (después de cuarenta y ocho horas) y me di cuenta que estaba en un hospital. Tenía una bolsa de hielo sobre la cabeza y me la quité porque me molestaba. Me senté en la cama sin sentir dolor alguno."

La noticia de que el pequeño Alejandro estaba curado cundió por todo el hospital. La alegría de la madre puede ser mejor imaginada que descrita.

"Vi a un viejo sacerdote (Alejandro contó a su madre), muy calvo, que me sonrió, caminó alrededor de la cama y me acarició."

La madre extrajo de su cartera la imagen de Pallotti y se la mostró al niño.

"¡Es ése! ¡Es ése! Exclamó el niño."

En el año 1928, transcurridos veintiocho años, Alejandro Lutri fue examinado nuevamente por especialistas, quienes utilizando los más modernos instrumentos, declararon que todo rastro de la fractura había desaparecido y no habiendo indicios de los efectos secundarios de la misma. Estaba completamente normal.

Veamos ahora el segundo milagro. Margarita Sander, nativa de Ratisbona, en Alemania, había sufrido por muchos años de desmayos, temblores y dolor de piernas. Ya antes de cumplir los veintidós años pasó dos largos períodos en hospitales pero sin mejoría. A los veintiséis años de edad contrajo matrimonio y cuatro años más tarde

tuvo un hijo, pero esta alegría familiar fue anulada por el progreso de la enfermedad, que fue diagnosticada por los médicos como esclerosis múltiple, originando una parálisis espástica de las piernas, desde el año 1931 en adelante debió permanecer en cama y perdió todo movimiento, excepto en las manos. Así vivió durante dieciséis años.

Alguien le habló de Vicente Pallotti y la mujer comenzó a rezarle. Al principio pedía sólo la resignación, pero más tarde sintió una urgencia interior que la instaba a pedir su curación. Hizo cuatro novenas a Vicente Pallotti, sin resultado aparente. Luego, una noche, vio a Vicente Pallotti junto con la Santísima Virgen, en una visión. El día sábado antes de la fiesta del Nombre Santísimo de María en el año 1947 un grupo de exploradores católicos la llevaron en un cochecito andador hasta un famoso santuario cerca de su casa -el santuario de Brunni- Margarita comulgó en la iglesia y rezó muy fervientemente:

"Venerable Vicente Pallotti, pídele a Nuestra Señora que me de una señal de que seré curada y no cese de rezar hasta que la señal me sea dada."

Mientras así rezaba, le pareció que repentinamente la imagen de la Virgen del santuario de Brunni se iluminó muy brillantemente; luego, poco a poco, el resplandor desapareció y la imagen volvió a su colorido natural.

Los exploradores la llevaron de vuelta a su casa. Unos días más tarde fue a visitarla una amiga y le relató lo que había visto en Brunni; algo más tarde escuchó una voz que le decía, muy claramente:

"Porque dijiste que la imagen estaba iluminada, tienes ahora que levantarte y caminar."

Hacía dieciséis años que no había dado un paso; apenas podía moverse. Sus piernas estaban descarnadas y deformadas. ¿Cómo podía ella levantarse y caminar? Pero la voz le seguía urgiendo.

"¿Qué es lo que me está pasando? Son ya ocho días que esa voz me sigue insistiendo: "Levántate y camina ". Por la noche la insistencia de esa voz me vuelve frenética. Ya no aguanto más, y al mismo tiempo me digo ¿Cómo puedo levantarme y ponerme a caminar?'

Su amiga, de visita nuevamente, le escuchó este relato a Margarita. "Vamos a probar" le dijo. Ayudada por el hijo, que tenía dieciocho años, la vistió y la colocó en la silla de andar. Margarita tomó una imagen de Vicente Pallotti y le dirigió estas palabras:

"Vicente, dame fuerza y gracia, tú y Nuestra Señora."

El hijo, que se llama Conrado, nunca en su vida había visto a su madre de pie, y al verla que estaba por intentar lo imposible, escapó de la pieza, aterrorizado, "Lloraba de temor", recordó su madre más tarde.

Margarita intentó ponerse de pie sobre la plataforma del sillón de ruedas, y con asombro comprobó que podía sostenerse sin ayuda.

"Sí puedo estar de pie (se dijo), puedo caminar."

Bajó de la plataforma y se puso a caminar por la pieza, confundiendo lágrimas con sonrisas. Llamó a su hijo, quien no atinaba a decir palabra, tal era su emoción. Vino una vecina, la Sra. Mayer, "Mire! ¡Estoy curada!", le dijo Margarita. La Sra. Mayer observó con asombro que sus piernas deformes habían vuelto a su condición natural. Otros vecinos, enterados del prodigio, llenaron la casa y Margarita les saludaba, diciendo:

"Vicente Pallotti ha hecho un milagro."

Esa tarde vino el médico que la había atendido por muchos años y la examinó prolijamente. Declaró a la gente reunida en la casa:

"Miren a esta mujer. Durante dieciséis años ha estado paralizada, en cama, y ahora puede caminar sin bastón ni ayuda de ninguna especie. Esto es una maravilla."

El tercer milagro fue así. Una mañana de invierno un agricultor italiano, cuyo nombre es Angelo Balzarani, se disponía a partir a su trabajo en el campo, cuando se percató de que en la parte izquierda del cuello tenía una pequeña hinchazón; sin preocuparse por ello emprendió camino. Durante la jornada le acometió una fiebre y la hinchazón aumentaba; después de mediodía volvió a su casa y se puso en cama. Por la tarde (era el 31 de enero del año 1951) se llamó al médico, el que diagnosticó que el caso era grave, pues se trataba de una pústula Carbuncal, de pronóstico reservado. Comenzó un tratamiento de dosis masivas de penicilina y de suero anticarbuncal, pero el paciente empeoró y los síntomas se presentaban cada vez más alarmantes. Se llamó a otro médico, el cual dio también un veredicto negativo. Había una complicación toxémica, alta fiebre y edema del pecho. Los remedios administrados eran impotentes para detener el curso del mal.

Había en el pueblo un convento de hermanas del Apostolado Católico. La madre superiora envió una imagen del Beato Vicente con una reliquia a la casa del enfermo. La reliquia fue colocada directamente encima del carbunclo, la familia elevó oraciones fervientes al Beato Vicente, en las cuales el enfermo participó como pudo. Después cayó en un sueño comatoso y poco tiempo más tarde acaeció una cosa singular, que él

narró con estas palabras:

"Repentinamente tuve una sensación de frescura en el cuello y pecho; me desperté de golpe y me dí cuenta que ya no iba a morir. Sentía la cabeza aliviada y todo el malestar había desaparecido. Le rogué a mi mujer que me quitara la venda que tenía en el cuello; pedí alimentos y comí con apetito..."

La fiebre y la hinchazón habían desaparecido de golpe. Angelo se había restablecido; la cicatriz de la pústula y una leve hinchazón en el pecho eran las únicas señales del trance por el cual había pasado.

El cuarto milagro fue así. El padre Adalberto Turowski, rector general de la Sociedad del Apostolado Católico desde 1947 hasta 1953 sufría por muchos años de una afección al hígado que hizo crisis a fines de 1950. Su médico aconsejó como supremo recurso que se sometiera a una operación quirúrgica aunque el estado general del paciente inspiraba alguna duda del resultado. La operación se llevó a cabo el 19 de diciembre de 1950; un cálculo de gran tamaño fue extraído del hígado. El cirujano, que era una celebridad en su profesión, observó en el transcurso de la intervención que el estado del hígado no era nada satisfactorio y declaró que serias complicaciones podrían sobrevenir. Efectivamente, el paciente ya acusaba esa misma tarde una elevada temperatura; aparecieron los síntomas de colapso cardíaco y de una peligrosa anemia. Sobrevino una leve mejoría por algunas horas pero fue seguida por un notable y progresivo deterioro del estado general del enfermo. El médico previno a los sacerdotes de la Sociedad que el padre Turowski corría peligro inmediato y tan urgente pareció el caso que le fue administrada la Extremaunción, utilizándose la forma breve porque el tiempo apremiaba. Esto sucedió la noche del 21 de diciembre. El proceso de declinación del paciente tocaba a su fin. La noche del 23 de diciembre el médico avisó a la comunidad que las medicinas habían dejado de surtir efecto. "Mi obra -declaró- ha terminado".

Unos días antes de la intervención quirúrgica -el 16 de diciembre- se dio comienzo a una novena al Beato Vicente Pallotti en la iglesia de San Salvatore in Onda, la iglesia matriz de los padres del Apostolado Católico, donde reposan los restos de Vicente. La grave noticia de la enfermedad del padre Turowski fue comunicada a todas las comunidades de los padres, y a las hermanas del Apostolado Católico y se ofrecieron muchas oraciones por su restablecimiento, acompañadas de fervientes rogativas al beato fundador. Junto al lecho del enfermo se puso un reliquia de Vicente.

La tarde del 23 de diciembre, que coincidía con la conclusión de la novena, la condición del padre Turowski era desesperante. "El pulso y la temperatura estaban disociados; la presión arterial ya no registraba; su cuerpo estaba bañado por sudores fríos; las extremidades cianóticas." Este fue el momento en que el médico declaró que su obra estaba concluida.

A las 9.30 de la noche se produjo un gran cambio inesperado. El médico había permanecido al lado del enfermo y describió lo acaecido en estos términos:

"A las 9.30 observé con gran sorpresa (porque yo me había quedado al lado del padre Turowski para acompañarlo hasta el fin) que la agitación desaparecía repentinamente, el color amarillento se disipaba, la respiración se volvía honda y regular, las pulsaciones comenzaron a hacerse apreciables, los ojos asumieron su aspecto natural. Poco a poco el paciente cobró un sueño profundo y tranquilo. Su estado cambió, en mi presencia, de un momento para otro... Se había producido una ruptura completa del estado clínico precedente, sin explicación clínica."

Transcurrió una hora y el médico se retiró, para volver a la medianoche, comprobando que los síntomas seguían mejorando, inclusive la temperatura. Dos horas más tarde volvió de nuevo y encontró al paciente despierto, en plena lucidez, y contestaba a todas las preguntas que el médico le hacía. El padre Turowski narró su versión de lo acaecido en estos términos:

"Alrededor de las 9.30 caí en un sueño tranquilo, hasta las 2.15 del día 24 de diciembre y luego me desperté. Me sentía bien y le dije a la hermana enfermera que si no fuera por la herida de la intervención quirúrgica me habría levantado."

El médico y las enfermeras apenas podían dar crédito a sus ojos. ¡Aquí estaba este paciente, que prácticamente había entrado en agonía, restablecido casi instantáneamente! Como medida de precaución insistieron que el enfermo debía permanecer unos días en cama. El padre Turowski tuvo la seguridad de que había sido agraciado con un milagro y dispuso inmediatamente que los hechos fueron documentados.

El proceso para la canonización de Vicente Pallotti fue comenzado dos años después de su muerte en 1850, con la apertura de lo que se llama el proceso diocesano, esto es, la investigación preliminar que se hace bajo la autoridad del obispo de la diócesis pertinente.

El próximo paso fue la introducción de la causa ante el tribunal de la Congregación de Ritos, en Roma, la cual toma conocimiento de todo el material recogido y decide si la causa debe proceder o no. Este paso fue tomado en 1887.

En el año 1895 otro paso esencial fue dado: la Aprobación de los escritos de Pallotti. En el año 1906 se abrió la tumba donde su cuerpo descansaba, se quitaron los sellos y se examinaron los restos: un procedimiento ordenado por los jueces del proceso. Luego fueron sellados de nuevo y devueltos a su lugar.

En 1932 el papa Pío XI promulgó el decreto certificando que a tenor de los testimonios fehacientes, Vicente Pallotti había ejercitado las virtudes cristianas en grado superlativo durante su vida.

En 1950, previa comprobación de los primeros dos milagros que hemos descrito arriba, Vicente Pallotti fue declarado Beato, en una gran ceremonia realizada en la iglesia de San Pedro. Su cuerpo fue extraído del sepulcro, colocado en una urna preciosa y puesto debajo del altar de la iglesia matriz de los padres de la Sociedad del Apostolado Católico. A partir de entonces y previo el permiso de la autoridad competente, sus imágenes y estatuas pueden ser expuestas al culto público en las iglesias y recintos sagrados. El día de su fiesta puede celebrarse en las iglesias de la Sociedad con una misa compuesta en su honor.

Llegamos ahora a la culminación del proceso, la canonización de Vicente Pallotti, el hombre humilde que quiso vivir sin ser conocido y ser olvidado después de su muerte. Su Sociedad no lo ha olvidado; la Iglesia no lo ha olvidado. Vicente Pallotti dijo en su lecho de muerte que su Sociedad viviría y sería bendecida por Dios. Hay tres mil miembros de la rama masculina de la Sociedad: sacerdotes y hermanos ocupados en las diversas tareas del apostolado en todas partes del mundo: en colegios, parroquias, misiones. Las hermanas pallottinas, repartidas en cuatro ramas, llegan casi a tres mil. Centenares de miles de personas de buena voluntad pertenecen a la obra de Vicente Pallotti en calidad de asociados y cooperadores en el apostolado que él ideó para los tiempos modernos.

La gran visión de Vicente, clamando por la remoción de la barrera de separación entre el clero secular y regular, que él consideraba como el síntoma más grave de su época, y su dramática sustitución por "la emulación en la caridad", ha trascendido los ámbitos de la Sociedad y se ha convertido en un tema dominante en toda la Iglesia. "Durante los últimos cuarenta años —declaró Juan XXIII a los superiores religiosos de Italia en la alocución del 15 de noviembre de 1960— nuestros predecesores han expresado repetidas veces su anhelo por un apostolado sincronizado y convergente, libre de desacuerdos dañosos basados en el pretexto de campos exclusivos de labor, o, lo que es peor todavía, provocados por la intolerancia del bien hecho por otros". De acuerdo con la mente del Soberano Pontífice, la verdadera colaboración debe fundarse en la cooperación de ambos cleros, secular y regular, obrando armónicamente bajo la dirección del obispo.

La otra gran visión de Vicente -un apostolado mundial, se ha verificado concretamente en su Sociedad al difundirse por los cinco continentes. La idea básica que le llevó a urgir este apostolado que el laicado debe tomar conciencia de su responsabilidad y organizarse para el apostolado- , esa idea que pareció tan revolucionaria y discutible cuando primero la propuso, es aceptada ahora en todas partes sin ninguna discusión. Al proclamar Pío XI que la Acción Católica es la participación del laicado en el apostolado jerárquico de la iglesia, formulaba la esencia del pensamiento pallottiano. Y el gran Pontífice tributó un justiciero homenaje a Pallotti al declararlo el precursor de la Acción Católica, al adivinar no sólo su esencia, sino también su nombre mismo.

El ideal misionero de Pallotti es hoy compartido por la Iglesia en todas partes del mundo y es llevado adelante con el mismo sentido de urgencia que le imprimió Pallotti. "Caritas Christi urget nos" (la caridad de Cristo nos urge), el lema que eligió para su comunidad. Esa caridad de Cristo para con los moradores entre las tinieblas ha impulsado a sus hijos más fieles a cruzar los mares para llevar las buenas nuevas a esos otros hijos del Señor.

De su lugar junto al trono divino, San Vicente Pallotti nos bendice a todos; a sus hijos espirituales, los hombres y mujeres del Apostolado Católico; a los niños, los hombres, las mujeres que en muchas maneras están asociados a su obra y han participado de las riquezas de su espíritu, y también a los incontables miles a quienes la Providencia ha inspirado a vivir y morir por el ideal que siempre le animó y que está en su corazón en las moradas de Dios.

CAPITULO VIII

SUS ESCRITOS

Dos fuentes importantes para valorar la personalidad de Vicente Pallotti son sus escritos y su biblioteca que ha sido conservada intacta.

Sus escritos son extensos. Nos hemos referido en varias oportunidades en este libro a su Diario, a las diversas reglas que compuso, a los apuntes explicativos de la naturaleza y los propósitos del Apostolado Católico, pero todo lo que hemos mencionado no es sino una pequeña fracción de su producción total.

Al considerar sus escritos, debemos trazar una obvia distinción entre lo que preparó para la publicación, lo que consignó por escrito para uso propio y personal y lo preparado para ser leído por algún corresponsal, el caso de sus cartas.

Sus primeras publicaciones fueron tres manuales para propagar la devoción del mes de María en Roma. Un manual estaba destinado a las comunidades religiosas, el segundo a los sacerdotes y seminaristas, el tercero a los fieles en general. El contenido de estos libros es, naturalmente, devocional; el lector queda impresionado por la densidad doctrinal y la austeridad del estilo. Luego preparó para la imprenta un comentario sobre el primer artículo del Credo, bajo la forma de treinta meditaciones, intituladas: "Dios: amor infinito". Es un trabajo basado en profundos conocimientos teológicos que desarrolla ordenadamente la doctrina del alma humana como imagen de Dios. La discusión está entablada en los dos órdenes, el natural y el sobrenatural y cada uno de los atributos divinos es objeto de una meditación especial, tendiente a demostrar que todo hombre debe establecer y aumentar en su propio interior la imagen de los majestuosos atributos divinos. Esta obra no fue publicada durante su vida; su planteo sugiere que forma parte de un diseño mucho más vasto.

Vicente también preparó para la imprenta una relación de los últimos días y la muerte de un clérigo en el año 1843, a quien él atendió durante sus días finales. Las circunstancias que rodearon su muerte fueron muy discutidas entonces y quizá la acritud de la discusión haya influido para que la obrita no viera la luz. Fue sin embargo publicada más tarde.

Aconsejado por su director espiritual, Pallotti preparó una memoria de la vida y obra de Don Carlos Torlonia, de la familia ducal de ese nombre. Estaba lista para la publicación en 1848, pero el proceso revolucionario hizo que se postergara hasta después de la muerte de Vicente. Escribió también una memoria del profesor de Sagrada Escritura, Allemand, cuyo nombre hemos recordado en otra parte de este libro. La memoria sobre Allemand circuló en manus cristo hasta que eventualmente ella también vio la luz de la publicación. Vicente también preparó cuidadosamente sus declaraciones en las causas de beatificación de la Venerable Luisa Maurizi y de San Gaspar del Búfalo, las cuales han sido impresas en los respectivos procesos.

Pertenece asimismo a esta categoría —obras publicadas o preparadas para su difusión, las varias declaraciones sobre la naturaleza y la finalidad del Apostolado Católico, que no alcanzaron a ser publicadas durante su vida, pues la controversia suscitada sobre el título de la Sociedad aconsejó una paciente espera antes de darlas a conocer. Lo mismo sucedió con la primera regla, ese documento que preparó en el Camaldoli de Frascati. Es la "Regla de la Pía Sociedad del Apostolado Católico". La segunda regla: la "Regla de la Congregación del Apostolado Católico", estaba aún en revisión al tiempo de su muerte. Un breve compendio de ambos documentos, que se ha intitulado "Los Treinta y Tres Puntos", porque está dividido en ese número de secciones en homenaje a los años de Nuestro Señor, vio la luz después de su muerte y ha sido reeditado muchas veces. Todos estos documentos acusan gran fidelidad histórica y están escritos en estilo sencillo y agradable y demuestran la acción de una mente cultivada, acostumbrada a la exposición ordenada. Tienen un delicado sabor de humildad y modestia y a la vez revelan una gran seguridad y poder de convicción.

Los documentos que escribió para sí mismo reflejan otra modalidad. Son los escritos de un hombre urgido a consignar al papel una gran multitud de sentimientos y de aspiraciones que le llenan la mente y el corazón y que fluyen de su pluma plenos de calor y de vehemencia. No buscaba este escritor la forma literaria, la frase hecha o la elegancia de estilo. No tenía la preocupación por la forma, sino la urgencia de reducir al símbolo escrito el movimiento, el ímpetu, la vehemencia y la agonía de un alma, que, sola ante Dios, quiere expresar cuanto siente y desea en la presencia del Infinito y Eterno.

El epistolario de Vicente Pallotti también arroja bastante luz sobre su personalidad. Son las cartas de una persona que no tiene tiempo para perder y escribe con un objeto definido: aclarar una duda, sugerir un procedimiento, agradecer algún servicio. Han sido redactadas con dulzura y cortesía. "Me atrevo a explicarle..." "Tomo la libertad de presentarle...", "Le ruego que tenga la caridad...", "Deseo que tenga el mérito de esta buena acción...", son documentos llenos de unción y de sinceridad. Bien se entiende que los destinatarios las conservaron, no sólo por ser manuscritos de Pallotti, sino también por la belleza intrínseca de ellas mismas.

Muchas de sus cartas contienen dirección espiritual suplementaria: consejos a personas sobre la manera de poner en práctica lo que ya se les ha sugerido; explicaciones ulteriores de cosas ya dichas; avisos de peligros que deben prevenirse; exhortaciones a acelerar el progreso espiritual. La correspondencia por su gran paciencia. Ciento cincuenta de sus cartas fueron dirigidas a una sola persona: un sacerdote escrupuloso, al servicio de la Iglesia en una función diplomática en el extranjero, que necesitaba ser tranquilizado en cada paso que daba. Treinta cartas tienen como destinatario a un noble venido a menos, que constantemente lamenta su mala suerte e importuna a Pallotti para que lo ayude a mejorar su situación y la de su familia. Vicente hace cuanto está a su alcance pero el conde no está nunca satisfecho

y oscila rítmicamente entre sus penas personales y las de su familia. Hay una nota de humor inconsciente en la constante recomendación que Pallotti le hacía en favor de la paciencia: virtud que indudablemente el conde le estaba ayudando a Vicente a practicar.

Luego está el caso de la madre abadesa, quien por amor a la humildad quiere renunciar a su dignidad e ingresar en otro convento en calidad de hermana lega. Vicente Pallotti estimaba la humildad, no hay porque dudarlo, pero conocía las formas sutiles de la soberbia también. Escribe a la abadesa:

"Su idea de pasar a otro monasterio en carácter de hermana lega no suplirá por su indignidad, porque la condición de hermana lega es un estado demasiado elevado y sublime para ud. Deseche esta idea y tenga en cuenta que en su vida religiosa debe haber más obras que palabras, por consiguiente, pocas palabras y muchas obras; obras buenas y bien hechas."

Un hermano, miembro de una congregación religiosa, pensaba dejar su comunidad para prepararse al sacerdocio, a pesar de haber sido desaconsejado. Se dirige a Pallotti para obtener su aprobación para el paso que piensa dar y Vicente también lo desaconseja. "Permanezca contento en el estado en que se halla; no se dedique a buscar otro instituto, trate más bien de hacer todo el bien que pueda donde está". Y pasa a tocar el nervio del asunto con esta recomendación: "Docilidad, docilidad, docilidad". Comunicaciones francas y saludables; así lo pensaron quienes las recibieron porque las conservaron cuidadosamente durante muchos años y después las agregaron al proceso de canonización.

Las cartas de Vicente Pallotti tienen, todas ellas, una finalidad concreta e inmediata. No fueron escritas por la satisfacción de comunicar sus ideas ni para solaz de su espíritu. La comunicación de noticias, excepto en cuanto tenían que ver con el tema de la carta, no era nunca el móvil de su correspondencia.

Veamos ahora sus libros. Se dice, con mucha razón, que podemos formarnos una idea bastante exacta de cualquier persona si examinamos los libros en sus estantes. Evidentemente una preponderancia de literatura imaginativa en la biblioteca de un profesor de ciencias, por ejemplo, o de estudios técnicos entre los libros de un profesor de letras arrojaría alguna luz sobre sus respectivas personalidades. La biblioteca de Vicente Pallotti, nos apresuramos a afirmar, no contiene ningún problema fundado en diversificaciones de este tipo. Sus libros demuestran una gran homogeneidad. Ya a primera vista se impone la conclusión que esta colección fue formada por una persona cuyos intereses eran exclusivamente religiosos. Hay pocos libros de carácter histórico, casi ninguno de carácter informativo general, nada sobre filosofía política ni sobre temas científicos. Las excepciones son un libro sobre astronomía y algunos folletos sobre los temas políticos del momento, que se hallan aquí, una sospecha, por alguna casualidad. Son libros religiosos y la mayor parte de

ellos son de tipo devocional; casi todos en italiano, unos pocos en francés, y alguno que otro en castellano y alemán. Pallotti poseyó seguramente un conocimiento adecuado del francés, que en la época de su juventud debía cultivarse en todos los establecimientos de educación bajo la dominación napoleónica. Pero en su biblioteca no aparecen rastros de la cultura francesa.

He aquí una página del catálogo de su biblioteca, elegida casi al azar:

50. Enquiridion sobre la Misa extraído de las obras de Benedicto XIV.
51. Preparación a la muerte, del Cardenal Bona.
52. Vida de San Antonio de Padua.
53. Extractos de Blosio sobre la Pasión del Señor.
54. Lirio de pureza, de Scupoli.
55. Meditaciones sobre la agonía del Señor, de Suso.
56. Devoción al Santísimo Sacramento, de Lanzi.
57. Novena en honor de Santa Rita de Cascia.
58. Cronología de los Papas.
59. La Imitación, de Kempis.
60. La práctica de la presencia de Dios.
61. El purgatorio abierto a la piedad de los fieles.
62. Los misioneros chinos de la Compañía de Jesús
63. Obras espirituales del Padre Pinamonti, SJ,
64. Meditaciones de La Puente,
65. Mes de María, para personas seglares.

Es la biblioteca de una persona cuyo interés -no su interés preponderante, sino su *único* interés- es la religión. No es una biblioteca acumulada para una especialización, como podría ser el estudio de la sagrada escritura, por ejemplo, o de teología, u otro renglón de las ciencias sagradas; con esta observación: el dueño de esta biblioteca sentía la conveniencia de tener a mano muchas obras sobre ascética y mística y manuales de dirección espiritual. Hay, sin duda, libros sobre sagrada escritura, pero no son de carácter exclusivamente científico; hay libros sobre derecho canónico, pero del tipo que se utilizan para la solución de problemas.

Sobre la mesita de su cuarto, junto a la cual rezaba largas horas, están los libros de más frecuente consulta: los "libros de cabecera":

1. La mística ciudad de Dios, o, Vida de la Santísima Virgen.
2. La vida del Siervo de Dios Fernando Trevisani.
3. La Doctrina Cristiana, de Belarmino.
4. El maná del alma, de Segneri.
5. Compendio de Teología, de Charmes.
6. La esencia de la teología moral, de Busembaum.
7. Mes de María para religiosos, por Pallotti.

Es una pequeña biblioteca de consultas, no especializada, pero con el énfasis sobre lo ascético y místico. La formación de Vicente Pallotti, en materia filosófica y teológica era la mejor de su época: la misma formación que recibió el erudito Cardenal Wiseman. Pallotti poseía un diploma de profesor de griego, era doctor en filosofía y teología, un grado académico que alcanzaron pocos de sus contemporáneos. Durante diez años se había ocupado de asuntos académicos. Sin embargo, la ciencia por la ciencia misma, la enseñanza como tal, aun de las ciencias sagradas, no formaban parte de su vocación especial.

Hay una anécdota relatada por un compañero suyo que arroja luz sobre su pensamiento íntimo en este respecto:

"El célebre Abate Chatome solicitó y obtuvo una entrevista con Vicente con el objeto de informarle de un proyecto para organizar en Francia una unión de sacerdotes para altos estudios teológicos, sin participar en obras del ministerio. Vicente le contestó que mejor sería fundar una casa de altas virtudes y de profunda humildad..."

Nos apresuramos a aclarar que Vicente de ninguna manera se oponía a los estudios superiores para el clero, al contrario, inculca en su regla que los sacerdotes deben estudiar siempre, y que su eficiencia dependerá de su capacidad y de su conocimiento. Pero la ciencia, aun la ciencia teológica, debe estar al servicio del apostolado.